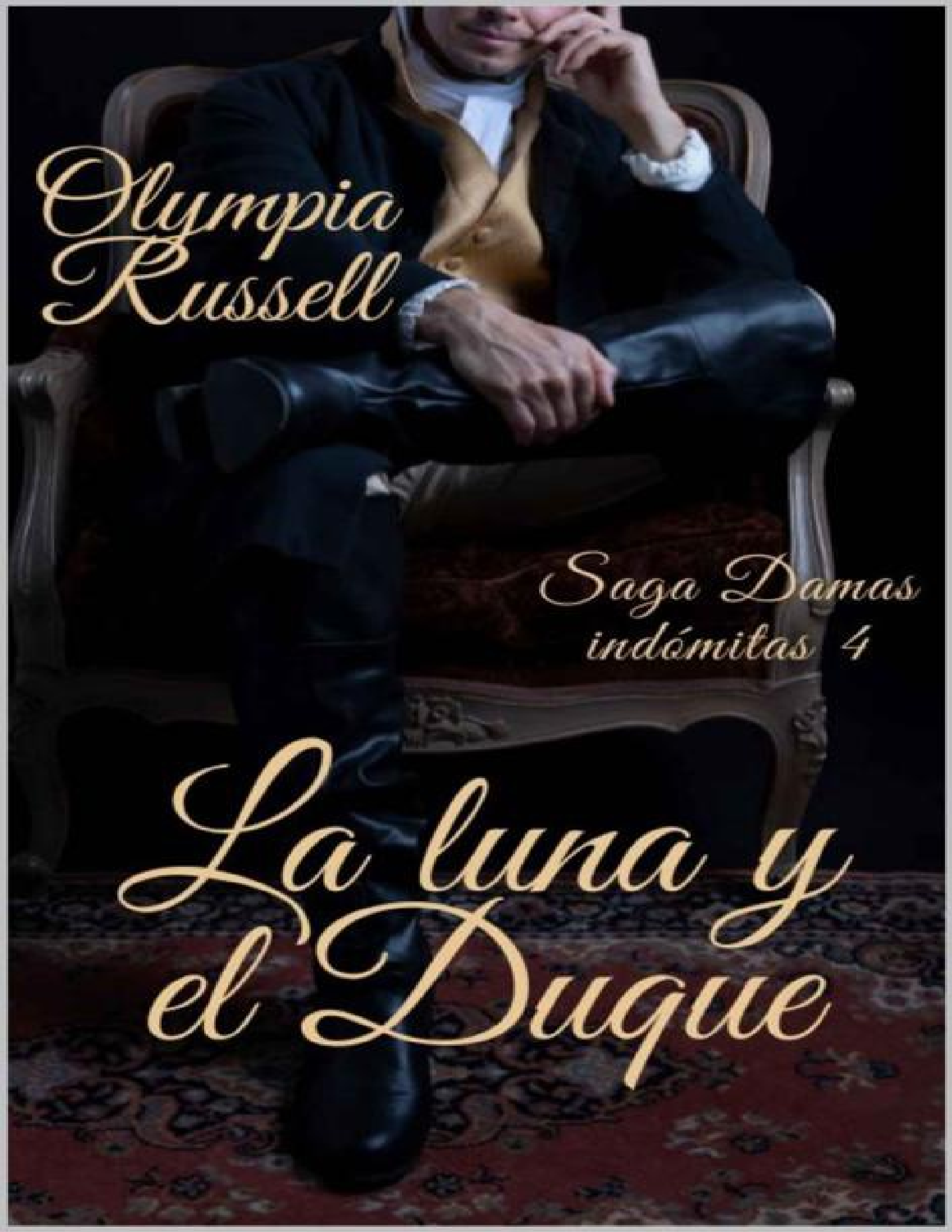


A man in a black suit and white shirt is sitting in a chair, with his hand near his face. The background is dark and the lighting is dramatic.

*Olympia
Russell*

*Saga Damas
indómitas 4*

*La luna y
el Duque*

LA LUNA Y EL DUQUE

© La luna y el duque.

© Olympia Russell. M. Jiménez 2025

© Fotografía de la portada: Kathy Servian: www.servianstockimages.com

Todos los derechos reservados.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o por cualquier medio sin permiso escrito de la propietaria del copyright.

Esto es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

NOTA INTRODUCTORIA:

En esta novela se cuentan hechos que se desarrollan en novelas anteriores. Se pueden leer de manera independiente, pero si quieres empezar con las novelas anteriores, puedes encontrarlas aquí: [Espiendo a un Duque](#) , [Una Rosa para un Vizconde](#) y [Miss Turner contra el Conde](#).

Capítulo 1

El ruido hizo que todas las cabezas giraran hacia donde estaba él. Y se hizo el silencio en el gran salón.

Había intentado pasar desapercibido, largarse de allí sin que nadie se diera cuenta. No era una tarea fácil, ya que, normalmente, llamaba la atención.

Porque Ackerly Cameron, Duque de Milburn, no había pasado desapercibido jamás en su vida.

Era alto, más alto aún que su gran amigo Nicholas Shaw, Conde de Skyland. También era fuerte. Tenía unas espaldas anchas, unos hombros marcados y unos brazos que más parecían de un leñador escocés que de un Duque, miembro de la cámara de los lores.

Sí, lo cierto era que su presencia física, que estaba coronada con una cabellera rojo fuego, llamaba la atención y daba la sensación, si no te fijabas mucho, de rudeza.

Pero eso solo era por su poderoso físico, en cuanto mirabas un poco más detenidamente, veías que Acky, como le llamaban sus amigos, vestía con una elegancia que solo las personas más distinguidas podían permitirse, una elegancia que no casaba en absoluto con la imagen de alguien tosco y rudo. Pero no solo eso, Acky también tenía unos modales exquisitos y su voz, grave y masculina, era aterciopelada y distinguida.

Esa combinación entre un físico rotundo y varonil, un poco salvaje, y sus modales de clase privilegiada volvía locas a las mujeres.

A todas.

Desde la criada más insignificante, hasta la mismísima reina.

Por eso había sido tan difícil la empresa que se había propuesto diez minutos antes:

escapar de la fiesta en la que se celebraba el matrimonio de su mejor amigo: Nicholas Shaw.

Teniendo en cuenta que prácticamente todas las mujeres que se habían reunido en aquella fiesta habían intentado llamar su atención, teniendo en cuenta que cada vez que levantaba la mirada, se encontraba con un par de ojos femeninos clavados en él, la empresa había parecido imposible.

Pero lo había conseguido.

Había escogido el momento en el que nadie iba a reparar en él: justo cuando su amigo y su recién estrenada esposa, Lizzy Turner, comenzaban a bailar ante la mirada atenta de todos.

En cualquier otra ocasión habría habido alguna jovencita encaprichada de él que hubiera preferido seguir sus pasos antes que los de los recién casados, pero con Lizzy y Nicholas aquel riesgo no había existido. Su matrimonio desigual e inesperado unas semanas antes había levantado mucha curiosidad y aquello iba a hacer que en ese momento estelar de inauguración del baile todas las miradas se fijaran en ellos.

Pero no había mucho tiempo que perder, antes de que acabara el baile, alguna joven, seguro, le iba a buscar con la mirada.

Y vería que estaba escapando del baile.

Y no, eso no podía ocurrir, sobre todo, no podía ocurrir que su amigo viera que estaba escapando de uno de los momentos más importantes de su vida.

Pero todo se había torcido de la peor manera posible.

Cuando ya estaba a punto de atravesar la puerta de entrada al salón, justo a pocos pasos de la puerta de salida del palacio de su amigo, Ackerly había chocado con alguien y se había desestabilizado. No mucho, pero lo suficiente para levantar un brazo y con ese gesto, tirar un jarrón, enorme, que había a su derecha.

Un jarrón que él conocía perfectamente, ya que era la pieza de adorno más cara que había en el palacio de su amigo. Un jarrón que su madre había comprado a un marchante de arte chino y que, por lo que sabía, tenía cientos de años de antigüedad. Un jarrón que era el mejor recuerdo que su amigo tenía de su madre fallecida.

Un jarrón que cayó ante sus ojos sin que pudiera hacer nada para detenerlo, que se estrelló en el suelo y se convirtió, en un segundo, en miles de piezas.

Un jarrón hecho añicos que había soltado, al destruirse, un ruido escandaloso que hizo que todos callaran.

La música también.

Y todas las personas que había en aquel hermoso salón fijaron su mirada, asustada al principio, horrorizada después, en él.

Capítulo 2

—¡Ha sido esta criada estúpida!

Después de unos segundos de silencio, su voz grave fue lo único que sonó en el salón.

Y produjo un efecto aún más impactante que la caída del jarrón.

Porque Ackerly Cameton nunca había actuado así, de manera tan poco educada. Tan descortés.

Aunque tuviera razón, aunque la causa de la caída del jarrón hubiera sido aquella criada a la que él estaba señalando ante todos.

Pero aún quedaba lo más impactante por suceder. Lo que ocuparía la mayoría de cotilleos y murmuraciones las siguientes semanas.

Porque la suya no fue la única ni última voz que se escuchó después de la caída del jarrón.

Después de un par de segundos de profundo silencio de nuevo, otra voz se hizo presente.

También grave. También aterciopelada. Aunque, esta vez una voz femenina:

—No soy criada. No he tirado el jarrón. Ha sido usted.

Capítulo 3:

Había pasado un día desde el desastre, pero Ackerly seguía sin asimilar lo que había ocurrido

Estaba acostumbrado a levantar admiración entre las damas. Era algo tan habitual que apenas se daba cuenta de que ocurría, era como el murmullo de un riachuelo, que siempre estaba ahí y, por eso, no se percibe.

Alguna vez había tenido que lidiar con el enfado de alguna dama, pero siempre había sido dentro del marco de la admiración. De hecho, bien joven, Ackerly había confirmado que era más fácil, y menos peligroso, librarse del puño de un varón enfadado que de una mujer despechada.

Sobre su ceja izquierda llevaba un recordatorio permanente: una cicatriz que la partía ligeramente y que se la había provocado una de sus primeras amantes, al lanzarle un vaso contra la cara cuando se había enterado de que no era la única.

Y de que no tenía ni una intención de casarse con ella.

Una cicatriz, por cierto, que no había hecho más que aumentar su atractivo, ya que le daba un toque canalla que, junto a su apostura, lo hacía aún más irresistible para todas.

Por eso lo ocurrido el día anterior había sido tan perturbador para él y para el concepto que tenía de sí mismo.

Una mujer se había enfadado con él, pero de una manera totalmente nueva. No había alzado la voz. No le había arrojado nada a la cara. No había llorado, suplicado o insultado.

Ella se había enfadado, pero lo había hecho manteniendo la calma. También mirándolo con una frialdad que a él, que no le asustaba nada, le había dejado momentáneamente paralizado.

Pero lo peor de todo no había sido eso, lo peor había sido que había detectado en ella, sin ninguna duda, indiferencia.

Total indiferencia.

Hacia él.

La mujer que le había parecido una criada, pero que no lo era, le había parado los pies, dejándole en evidencia delante de todo el mundo e, inmediatamente, le había dado la espalda y se había alejado de él.

Como si no fuera el hombre más atractivo de aquel lugar.

Como si no fuera nadie.

En cualquier caso, aquello no era lo único que le había mantenido en vela durante la noche, lo ocurrido a continuación había sido perturbador también.

El ruido del jarrón al caer, su reacción extemporánea y la respuesta de ella habían hecho que todo el salón se lo hubiera quedado mirando.

Ackerly se había fijado sobre todo en su amigo Nicholas, que lo había mirado de hito en hito, sin asimilar lo que había ocurrido ante sus ojos en uno de los días más importantes de su vida.

Pero ese mismo amigo había hecho que todo se recondujera de nuevo sin demasiadas consecuencias.

Le había pedido a la orquesta que tocara de nuevo y se había acercado a él dando grandes pasos pero con una sonrisa de oreja a oreja, para darle a entender a todo el mundo que no había ocurrido nada grave, que todo estaba bajo control, que lo ocurrido incluso podría entrar dentro de lo organizado, como si de una representación teatral se tratara.

Por supuesto, nadie creyó eso, pero si el anfitrión se mostraba relajado y amable, nadie debía dar importancia a lo ocurrido. Gracias a la actitud de Nicholas, poco a poco se pusieron todos a bailar de nuevo y se olvidaron de lo ocurrido.

Mientras, Nicholas había llegado a su altura y, sin dejar de sonreír, le había dicho:

—Vamos a dar un paseo por el jardín.

Ackerly había asentido y, una vez fuera, Nicholas había abandonado su actitud amigable y, frunciendo el ceño y muy serio, le había dicho:

—¿Se puede saber a dónde ibas? ¿Se puede saber qué te ocurre?

Nicholas había ido al grano de lo que le molestaba, obviando lo que había provocado el escándalo, que era la caída del jarrón que a él en realidad le importaba un bledo. O, al menos, le importaba mucho menos que el hecho de que su mejor amigo se escabullera de la fiesta de celebración de su matrimonio:

—Este sitio no es para mi, Nick — le había contestado Akckerman, utilizando el diminutivo que solo él usaba con su amigo.

—¿Cómo que no es para ti? Es mi palacio, que conoces tan bien como el tuyo y donde has pasado gran parte de tu vida.

—Sí, lo sé, no me referiero al lugar, sino al momento.

—¿Quieres decir que la celebración de mi matrimonio no es para ti?, ¿eso quieres decir? —le había dicho entonces Nicholas, con la mirada relampagueante y poniendo el dedo en la llaga, en actitud desafiante.

—Si...no... —había titubeado Ackerly, sin terminar de decidirse a contarle a su amigo al verard. Pero después de un segundo en el que ambos habían permanecido en silencio, mirándose retadores, había decidido confesarle lo que en realidad su amigo ya intuía.

—Si Nick, no me siento cómodo con tu boda. No es lo que habíamos acordado tú y yo desde niños —Se había callado un momento y, dándose cuenta de que había quedado casi infantil, había intentado arreglar el asunto —. Me acabaré acostumbrando, Nick, pero tienes que darme tiempo. Hasta ahora hemos sido uña y carne, hemos compartido todo, y nunca te he oído hablar de amor, ni, mucho menos, te he visto enamorarte de nadie. Y, de repente, apareces casado con una desconocida, una mujer sin historia y sin familia...

—Estás hablando de mi mujer...

El tono de su amigo había sido gélido y Ackerly se había dado cuenta de que había traspasado una línea.

Y de que su amigo ahora tenía a alguien que era más importante que él.

—Lo siento, Nick, tienes razón, estoy perdiendo mi educación y, sobre todo, te estoy molestando en el mejor día de tu vida.

—Efectivamente —Le había contestado Nicholas, sin bajar un ápice la intensidad de su mirada heladora.

Ackerly se había pasado una mano por su rebelde cabellera roja antes de contestar, esta vez más calmado.

—Ha sido tan inesperado y, sobre todo, tan diferente a lo que veníamos planeando desde niños, que se me ha hecho imposible de asimilar. Pero tienes razón, Nick y te prometo que no va a volver a suceder. Me acostumbraré a ver a mi amigo enamorado —y al decir esto último, había puesto una sonrisa un poco irónica pero afectuosa —y me acostumbraré a compartirte con Lizzy. Ah, y también aprenderé a querer a Lizzy: si mi mejor amigo la ama, es porque debe ser una persona excepcional,

Nickolas se había ido relajando a medida que Ackerly iba hablando y cuando terminó ya tenía una sonrisa plena:

—Lo es, Acky, lo es. Si no, no me habría enamorado de ella y, como bien dices, no habría puesto mi vida patas arriba.

Lo había dicho con un orgullo y una emoción contenida que terminó de desarmar a Ackerly.

—Lo siento, Nick —había dicho tan solo, pero su amigo había entendido.

—Tranquilo, seguramente a mi me habría pasado lo mismo. Es difícil de entender si no lo vives. Ya te llegará a ti, ya verás, cualquier día de estos caerás enamorado.

—Lo dudo —había respondido, sonriendo ampliamente también y retomando entre ellos el tono afectuoso y bromista que siempre habían mantenido.

—¿Quieres apostar?

—No, no, no quiero perder —había zanjado el asunto, soltando una carcajada.

—Te aseguro que si perdieras esa apuesta, ganarías lo mejor de tu vida —le había

contestado Nickolas, volviendo al tono emocionado que le salía cuando pensaba en Lizzy.

—No estoy preparado para creer algo así —había zanjado el asunto Ackerly.

Y no había mentido. Entre los varones de la alta sociedad, un matrimonio por amor era casi tan raro como encontrar pepitas de oro en el Támesis. Nadie, salvo contadas excepciones, se casaba por amor. Los matrimonios eran un contrato en el que lo único importante era qué ganaba cada uno de los contrayentes. Pero es que el amor tampoco solía encontrarse entre las preocupaciones y deseos de los jóvenes nobles. El sexo sí, encapricharse de una mujer también, pero, ¿el amor?. La mayor parte de los nobles ni creía que era algo deseable ni perdía el tiempo en intentar encontrarlo. La vida tenía otras motivaciones, como la caza, el ser exitosos en los negocios, el buen sexo o la compañía de los amigos. Con eso bastaba y sobraba.

Por eso le había costado tanto a Ackernan asimilar lo ocurrido con Nickolas.

Pero el conflicto había acabado ya. Solo tocaba despedirse por esa vez, dejar a Ackerly marcharse y que Nicholas volviera al gran salón junto a su esposa e invitados. Y los siguientes días retomarían su nueva forma de relacionarse: distinta, pero llena de afecto, como siempre.

Y así fue como, después de darse la mano, Nick le había dicho a su amigo que se quería ir ya, pero no sin antes decirle otra cosa importante:

—Te pagaré el jarrón.

Sin embargo, la respuesta de Nickolas no había sido la esperada:

—Déjate de tonterías, el jarrón me importa un bledo, lo que si vas a tener que hacer es disculparte ante Lizzy.

—¿Disculparme ante Lizzy? No irás a contarle lo que he dicho antes sobre ella, te aseguro que ya he cambiado de opinión... —le había dicho, contrariado.

—No, claro que no, como se entere de cómo has hablado de ella no ibas a tener opción de disculparte jamás, me refiero a otra cosa.

—¿A que?

A como has tratado a Moon.

—¿Moon? ¿Qué es moon?

—”Qué”, no, “quién”. Es la joven a la que has insultado delante de todos. Que, casualmente, es la mejor amiga de Lizzy. Ya puedes ir pensando en una disculpa que explique tu grosero comportamiento o mi mujer no te va a dejar entrar en nuestro palacio nunca más.

Lo había dicho en un tono distendido, casi como una broma, pero por lo poco que conocía Ackerly a Lizzy, pensó que podía llegar a suceder. Lizzy no tenía título ni familia conocida, pero le sobraban arrestos y energía para enfrentarse a cualquiera, aunque fuera el mejor amigo de su marido.

—De acuerdo, sí, lo haré — le había dicho con tono resignado —pero ahora déjame irme, más que nada, para que no estropee más el mejor día de tu vida.

Nicholas había sonreído, esta vez más ampliamente y tras dare un abrazo a su amigo, le había dicho:

—Sí, vete, duerme, descansa y vuelve cuando seas de nuevo Acky, mi mejor amigo.

Capítulo 4

Veinticuatro horas después de lo sucedido , Acky seguia dandole vueltas a todo lo ocurrido.

Por suerte, la parte del conflicto con su amigo se había solucionado. No tenía ni una duda de que volverían a retomar su amistad y, aunque no iba a ser igual, tampoco tenía ni una duda de que su amistad iba a salir fortalecida.

Le preocupaba más la relación con su esposa, con aquella Lizzy de pelo tan rojo como el suyo y de carácter indomable. No había conseguido sintonía con ella aún y creía que le iba a costar. Al fin y al cabo, Lizzy le miraba a él como él la miraba a ella: con desconfianza y sospecha.

Él había sido descortés al decirle a su amigo que Lizzy no tenía títulos ni dinero, que no era nadie en su círculo. Se había tratado de un comentario clasista muy desafortunado, pero Ackerly veía en Lizzy lo mismo que él había hecho con ella: distancia y desprecio de clase.

Nick no le había contado nada, pero él había averiguado que Lizzy Turner, antes de casarse, se había movido por círculos revolucionarios y que tenía fuertes principios contra las clases privilegiadas.

Estaba claro que Nick había puesto en contacto a dos personas que, si él no estuviera en medio, se habrían llevado mal. Muy mal.

Aquello le preocupaba algo, pero lo que le había impedido dormir era otra cosa.

Era Moon.

Sí, había empezado a llamarla para sí mismo por aquel extraño nombre. Tan extraño como su físico y lo que le había ocurrido con ella.

Moon. Como el astro misterioso que iluminaba la noche. Una noche tan oscura como la piel de la joven. Una joven silenciosa, casi felina.

Una joven que lo había ignorado como hombre.

Todo en ella era misterioso, extraño, pero, también, atrayente.

Quería saber más de ella, quería saber quién era y, sobre todo, quería saber por qué era inmune a su encanto.

Y, finalmente, había otro tema que le había torturado.

Su descortesía con Moon.

Nunca se fijaba en los criados, formaban parte del paisaje de cualquier palacio noble. Pero nunca los trataba mal. Nunca había tratado mal a nadie en su vida. Era cortés hasta la exageración y, aunque frío y distante con quienes no eran de su clase, jamás perdía las formas y el respeto.

Y con Moon lo había hecho.

No era una criada, pero aunque lo hubiera sido, lo que había hecho con ella estaba mal. Rompía la idea que tenía de sí mismo como un perfecto caballero.

Y aquello, junto la extraña atracción que sentía por aquella extraña joven, le estaba alterando como pocas cosas habían hecho antes.

Demasiadas emociones para un hombre que, hasta entonces había tenido una vida previsible, una vida fácil en la que todo había salido como lo esperado.

Aquello sólo tenía una solución.

Cuando lo decidió, eran ya las once de la mañana, una hora perfecta para hacer lo que tenía que hacer.

Se puso su mejor abrigo de paño, un sombrero de copa y salió a hacer lo único que le podía traer un poco de calma.

Aunque le costara.

Aunque no fuera fácil.

Capítulo 5

—El señor no está, pero la señora le recibirá enseguida.

La criada, esta vez sí, una criada, le había dicho aquello educadamente y le había dejado de nuevo solo en la salita de espera del palacio de su amigo.

Solo y contrariado.

Eran seguramente las palabras que menos había esperado escuchar y le desagradaron profundamente, pero ya no había marcha atrás.

Después de lo que había ocurrido el día anterior, lo que faltaba era que anunciara su visita y luego desapareciera sin dejar rastro. Aunque eso era precisamente lo que le apetecía hacer.

Había estado tan disgustado desde el día anterior y había dormido tan poco, que cuando había tomado la determinación de volver al palacio de su amigo se le había olvidado que Nicholas ya le había dicho que al día siguiente tenía que marcharse temprano hacia Escocia, a cerrar un negocio.

Un motivo más para autoflagelarse, ya que no podía echarle a nadie más la culpa de la situación en la que se encontraba.

Iba a tener que enfrentarse a Lizzy solo, por primera vez desde que le había conocido.

Ya sabía que lo que iba a hacer iba a ser desagradable, pero había supuesto que la presencia de su amigo iba a limar las asperezas que había entre él y su mujer. Ahora ya no existía esa posibilidad, ahora tenía que hablar directamente con Lizzy, sin Nicholas.

Y tenía que hacerlo bajándose de su posición permanente de superioridad, la única en la que se encontraba cómodo.

Pero no había otra opción, se dijo finalmente para asumir la situación que, esperaba,

pasara pronto.

Para entretenerse se puso a dar vueltas por la pequeña salita, pero lo cierto es que aquello no le entretuvo demasiado, ya que la salita se recorría con tres pasos de los suyos.

El palacio de Nicholas era uno de los más grandes de Londres, casi a la altura del suyo, que era magnífico, pero aquella salita era francamente pequeña, mucho más que la estancia que se dedicaba a la misma función en su palacio. Aunque lo cierto era que aquello no importaba mucho, ya que aquel lugar solo servía para que los visitantes esperaran antes de ser recibidos y la gran sala que la que se recibía en el palacio de Nicholas estaba a la altura de las mejores.

Esperaba que no tardaran mucho en llevarle allí.

Pero esperaba en vano, ya que los minutos fueron pasando y allí no aparecía nadie. ¿Dónde estaba Lizzy? ¿Le estaba haciendo esperar a propósito?

Él no tenía buena sintonía con ella , pero también había tenido claro desde el principio que ella tampoco la tenía con él.

Justo cuando su impaciencia empezaba a convertirse en enfado, se abrió la puerta.

Pero la apertura tampoco tuvo nada que ver con lo que esperaba .

No fue una apertura tranquila, sino que la puerta se abrió de par en par, con energía, casi con fuerza. Y tras ella no apareció la criada que le había recibido, lo esperable, o cualquier otro sirviente, sino la propia Lizzy.

Vestida con sencillez, pero elegante, sonriente y con aquel pelo igual al suyo, pero que en una mujer era mucho más inquietante.

—Hola Acky, qué sorpresa. ¿Qué te trae por aquí? Nicholas no está.

Se había dirigido a él como si fueran amigos de la infancia o hermanos y se acabaran de encontrar en una situación relajada. Con una familiaridad que no tenía con ella. Ni con ninguna mujer, porque las mujeres no se dirigían así a los hombres. Llamándole Acky, algo que solo hacían tres personas en este mundo: sus dos mejores amigos y su difunta madre.

Eso formaba parte de lo que le desesperaba de ella, ese desconocimiento de las mínimas reglas sociales y de cortesía, pero no solo eso, sino su actitud ante ese desconocimiento. A Lizzy

Turner le daban igual las normas de protocolo y lo que pensarán de ella por romperlas. Ella se movía por la vida como si fuera la mismísima reina. No, la reina tampoco actuaría así.

Desconcertado, echó mano de lo único que podía hacer, comportarse, él sí, educadamente:

—Buenos días Elizabeth. Si, la sirvienta ya me ha dicho que Nicholas no está, pero, si no es molestia, me gustaría hablar contigo.

Nada más empezar a hablar ella frunció el ceño y cambió su expresión animada y alegre por una francamente oscura.

—No vuelvas a hacer eso.

Su voz sonó gélida, como un cuchillo y Ackerly se desconcertó aún más, sin entender nada, pero ella se lo aclaró inmediatamente, volviendo a sonreír, como para quitarle hierro a lo que fuera que acababa de pasar —soy Lizzy, no Elizabeth.

Ahí estaba otra vez, la falta de las mínimas normas. Vaya tontería. Su nombre, por supuesto, sería Elizabeth. Estaba claro que a ella no le gustaba, pero lo normal, lo educado, era que un hombre que no tenía trato de confianza con ella lo utilizara, en vez del diminutivo que a ella parecía gustarle.

Pero bueno, no había ido a enredarse en algo como aquello, bastante desagradable estaba siendo todo, así que decidió obviar lo que acababa de pasar y esperar a que ella le llevara a la sala de las visitas para contarle lo que había ido a hacer.

—Bien, y ahora cuéntame qué te trae por aquí.

Dio un pequeño respingo que no pudo controlar. Esta vez no le había asombrado el lenguaje vulgar y falto de protocolo, ya se estaba acostumbrando, sino que ella pretendiera que la conversación tuviera lugar en aquel lugar diminuto y de paso.

La miró de hito en hito, pero ella seguía sonriéndole como si la situación fuera absolutamente normal, hasta que él se dio cuenta de que sí, de que aquello iba a transcurrir así. Lizzy no tenía la menor intención de llevarle al interior del palacio, pensaba recibirle en aquella salita diminuta, como si fuera cualquier cochero que había traído un paquete.

Estaba claro que la falta de sintonía que había tenido con ella desde el principio estaba justificada, pero él no se iba a poner a su altura, así que carraspeó, se puso más recto aún de lo que normalmente estaba y, mirando a las dos sillas que había en la habitación y luego a ella, dijo con su voz más grave y formal:

—¿Nos sentamos?

—Ah, sí, claro, siéntate si quieres, yo estoy bien de pie.

Se puso lívido. Aquello era ya una provocación en toda regla. O una venganza por lo ocurrido el día anterior.

Y no, no se iba a sentar él solo en una de aquellas sillas que, entonces se dio cuenta, eran diminutas y, por tanto, se iba a quedar en una postura ridícula con sus largas piernas sin terminar de encajar y con ella sacándole dos cabezas, a pesar de lo pequeña que era.

Y no, tampoco iba a caer en su provocación y le iba a mostrar lo disgustado que estaba, se iba a controlar. Para eso era un Duque educado de la mejor manera posible.

—De acuerdo, Lizzy —empezó, ahora con la voz mucho más acerada que antes —he venido a pedirte disculpas por estropear tu baile de celebración de matrimonio y, sobre todo, por destrozar el jarrón. Fue sin querer, pero debería haber tenido más cuidado.

Ya está, ya lo había soltado. Era la primera parte de lo que había ido a hacer allí, la que más le iba a costar, pero no había sido para tanto. Sentía además una especie de alivio. Él era una persona muy altiva y orgullosa y no estaba acostumbrado a pedir perdón. La última vez que lo había hecho, no tendría más de ocho años y lo había hecho presionado por su padre, no porque lo sintiera realmente, pero ahora que había roto esa barrera, se daba cuenta de que no era para tanto. De que incluso producía cierto alivio. Incluso sensación de superioridad, ya que Lizzy era tan altiva como él y con sus disculpas él, de alguna manera, le estaba mostrando que era más generoso que ella.

Mejor que ella en definitiva.

Sin embargo, en ella no pareció tener el mismo efecto y le contestó tranquila y como si hubiera escuchado llover:

—A mi el jarrón me importa un bledo, Acky.

Ackerly Cameron, Duque de Milburn, bufó. Había estado manteniendo la compostura ante todas las faltas de educación de ella, pero aquella había colmado el vaso.

De acuerdo, Lizzy le había contestado lo mismo que Nicholas el día anterior, pero ella no era su amigo del alma. Y, sobre todo, él no había usado el tono y la expresión ordinarios que usaba ella.

Lo malo es que en aquella guerra subterránea que mantenían ambos, ella acababa de ganar una nueva batalla, porque su bufido le mostraba que lo estaba desesperando.

Estuvo claro que ella lo interpretaba así, ya que vio en sus ojos relampaguear una expresión de diversión. Y de victoria.

Pero no podía mandarla a paseo, como le apetecía, ni ponerla en su sitio. Ni decirle lo mucho que lamentaba que se hubiera casado con su amigo. No podía hacerlo precisamente porque quería seguir manteniendo a Nick como su mejor amigo. Así que, una vez más, se tragó su orgullo y decidió decirle lo segundo que había ido a decirle aquel día. Lo más importante.

Y lo hizo ya sin preámbulos: ya que ella ignoraba las normas de cortesía mínimas, él iba a hacerlo tb,

—Quiero hablar con ella.

Inesperadamente, aquello descolocó a Lizzy por primera vez. Contra todo pronóstico, había dado con la forma de desconcertarla él a ella y no al revés: ponerse a su altura.

—¿Con quien?

Dijo cautelosa ella, y, por primera vez, titubeando.

—Sabes de sobra de quién te hablo.

¿Por qué andarse con tonterías?. Además, de nuevo, consiguió desconcertar a Lizzy, que dio incluso un pequeño paso hacia atrás antes de contestar. Eso sí, con el ceño fruncido y cara de pocos amigos.

—¿Te parece que no fuiste lo suficientemente maleducado con ella ayer? —le dijo entonces, confirmando que había entendido perfectamente de quién hablaba —déjala en paz,

Acky. No, no te voy a decir cómo encontrarla.

Y entonces él, como si aquella última frase de Lizzy hubiera abierto una puerta para desarmarlo del todo, dejó de lado su tono acerado y su animadversión hacia ella y se mostró sincero por primera vez:

—Necesito hablar con ella Lizzy.

Lizzy dio otro respingo y le miró fijamente antes de responderle. Utilizó también un tono más suave del que había utilizado hasta entonces con él. Estaba claro que ser sincero era también una estrategia para desarmarla:

—¿Por qué quieres hablar con Moon, Acky? —Dijo finalmente, pero no con animadversión, sino con genuina curiosidad.

—No puedo quitármela de la cabeza desde ayer. Fui terriblemente descortés con ella y eso no es compatible con ser un caballero, que es lo que debería ser. Tan solo quiero pedirle perdón.

—¿Porque es amiga mía? ¿porque te lo ha pedido Nicholas?

La sombra de la desconfianza apareció de nuevo en el rostro y el tono de Lizzy, pero para borrarla Ackerley no tuvo nada que hacer más que seguir diciéndole la verdad:

—No, Nicholas no tiene nada que ver, no me lo ha pedido. Y tampoco tiene que ver con que sea tu amiga. Lizzy, vamos a dejarnos de eufemismos, hasta ahora ni a ti ni a mi nos ha importado mucho ser descorteses uno con el otro.

—En eso tienes razón — contestó ella y, por primera vez, gracias a la sinceridad, aunque sea para decirse cosas no muy agradables, empezaron a sentir cierta sintonía.

—Solo tiene que ver con ella, Lizzy —continuó él, ya que ya no le importaba reconocer lo que le ocurría. —Me hizo sentir..., me hizo sentir algo que no he sentido nunca —siguió sincerándose del todo —Y también necesito pedirle perdón.

Lizzy se lo quedó mirando de hito en hito en un primer momento, pero luego algo ocurrió con ella, fue como si se diera cuenta de algo. Su expresión cambió, ya no era fiera ni desafiante, sino curiosa. Un nuevo brillo apareció en sus ojos, pero en este caso no era de burla y,

finalmente, su voz cuando respondió sonó más alegre y cantarina de lo que Ackerly le había escuchado nunca:

—De acuerdo, te ayudaré a hablar con Moon —y sonrió —Pero como le hagas daño, aunque sea mínimamente, Ackerly Cameron, te arrepentirás de haberme pedido ayuda.

Capítulo 6

—No, Lizzy, por ahí no paso, no va a entrar un solo hombre a pasearse por el refugio.

La voz de Mary Cooper sonó firme y dura, se podría decir que por primera vez en su vida dirigida así a Lizzy, pero lo que su pupila favorita le acababa de pedir iba en contra de su convicción más fuerte. De su sentido de vivir.

Lizzy, en cualquier caso, no había nacido para dar una sola batalla por perdida, así que, sin alterarse, como si hubiera oído llover, le dio la réplica a Mary:

—Claro, por eso tenemos un hombre paseándose por el refugio todos los días como si fuera su casa. O quizá debería decir, paseando por tus habitaciones.

Aquello no era del todo correcto, Charles McKay jamás había entrado en la pequeña aunque luminosa habitación que Mary tenía en el refugio, pero sí se movía como pez en el agua en la zona donde estaba el despacho de Mary. Y en el resto de las zonas comunes del refugio. Lizzy, sin embargo, no había utilizado la palabra “despacho”, sino “habitaciones”. Y lo había hecho adrede. Aquello había sido un golpe bajo y Mary lo acusó así, poniéndose roja como la grana.

McKay no era un hombre cualquiera entre los pocos que habían entrado en el refugio de mujeres libres, era, junto con Mary, su fundador. Era normal que tuviera acceso al refugio, lo había impulsado él. Por eso todas las chicas le llamaban “la excepción”. Con ese tema no había ni un problema, pero Lizzy, utilizando la palabra “habitaciones”, había querido transmitir otra cosa. Había querido dar a entender que entre Mary y Charles había algo más que una excelente amistad y un proyecto común.

Lizzy, por supuesto, lo había hecho adrede. Hacía años que sospechaba que entre Mary y

Charles había algo más que amistad. Ni por asomo había pensado que hubieran pasado ninguna línea de decencia y daba por hecho que ese “algo más” se estaba quedando, al menos de momento, en el plano platónico, pero no había dudado en utilizar esa intuición para conseguir su propósito de doblegar a Mary. No estaba acostumbrada a que nadie se interpusiera en sus deseos y ahora mismo su deseo era que Ackerly y Moon se volvieran a ver.

Pero al ver cómo reaccionaba Mary, se arrepintió.

No sabía por qué se había puesto así Mary, pero estaba claro que había pasado una línea que no había querido pasar.

Después de unos segundos de silencio y desconcierto, Mary empezó a hablar, pero lo hizo, para mayor susto de Lizzy, balbuceando:

—Lizzy..., yo..., no....

Y Lizzy decidió cambiar de tema y que lo que acababa de soltar se quedara enterrado en el olvido. Quería a Mary y no quería hacerle pasarle mal.

—Nicholas me domó, Mary, si lo recuerdas, gracias a su visita intempestiva al refugio, acepté casarme con él ,¿no te parece que es una razón estupenda para dejar pasar a un hombre más al refugio?

Aquello funcionó, Mary volvió a retomar el color natural de su piel y recuperó su voz segura:

—No te domó lo suficiente, Lizzy — lo dijo añadiendo una mirada acerada, que hacía referencia, tanto al proverbial carácter indomable de Lizzy, como a lo que acababa de ocurrir. Y sirvió para que ambas soltaran una carcajada y la tensión que había habido entre ambas un momento antes desapareciera del todo.

—Entonces... —empezó Lizzy cuando terminó de reír, pero Mary le cortó antes de que concluyera la frase.

—Que me ría no quiere decir que me hayas convencido, Lizzy, pero estoy dispuesta a escucharte y a considerar lo que me pides. Eso sí, ya puedes darme buenas razones.

Lizzy sonrió y se dispuso a darle esas razones:

—La primera y fundamental es que Acky es completamente de fiar.

—¿Acky? —frunció el ceño Mary al escuchar el diminutivo.

—Si, Ackerly Cameron, Duque de Milburn, es el mejor amigo de Nicholas y, por eso mismo, totalmente de fiar. No te preocupes, que no voy a traerle aquí hasta que no me jure por lo más sagrado que no le va a contar a nadie qué es el refugio.

—Bien —dijo Mary, después de soltar un suspiro —que sea amigo de Nicholas es una garantía, pero no total —entonces levantó el dedo hacia Lizzy y, como si le estuviera acusando de algo, terminó —Como nos traiga problemas, como perjudique al refugio, Lizzy Turner, no va a haber lugar en el que te puedas esconder de mi ira.

Lo había dicho en tono de broma, pero Lizzy sabía que no lo era. El refugio de mujeres libres era el proyecto de vida de Mary, era el altar en el que había sacrificado la posibilidad de tener una vida como cualquier mujer, con esposo e hijos. Pero no solo era eso, era también el hogar en el que multitud de mujeres, como ella misma, habían podido ser libres y realizarse haciendo lo que les gustaba. Un lugar maravilloso. También para ella, así que no le resultó difícil responderle:

—Mary, si Ackerly no se comporta como debe, si no respeta la confidencialidad que le voy a hacer jurar, seré yo quien le persiga a él y quien le haga pagar por destrozar nuestro tesoro.

Con esa respuesta, Mary se tranquilizó respecto a lo que más le preocupaba, pero seguía sin estar convencida del todo.

—Bien, esa es la primera condición innegociable, pero no es la única, hay otra.

—¿Cuál?

—¿Qué dice Moon de permitirle la entrada? supongo que estará de acuerdo...

—No sabe nada —le cortó Lizzy, para añadir a continuación —ni lo va a saber, quiero que sea una sorpresa, porque si se entera se va a negar.

—¡Ah no, Lizzy Turner, eso sí que no!, No voy a dejar entrar a ningún hombre en el refugio que no sea aceptado por la chica que lo tiene que recibir, faltaría más.

—Mary, va a ser bueno para Moon, como lo fue para mí, recuerda que Nicholas también

se presentó en el refugio sin que yo lo supiera.

Mary frunció el ceño, en un gesto que mostraba que estaba intentando hacer memoria.

—Ummmm, sí, es cierto, lo había olvidado..., pero él se presentó sin avisar, por su propia iniciativa y sin que yo hubiera dado el visto bueno. Acabó bien, es verdad — reconoció —pero no tiene nada que ver con lo que me estás pidiendo, que es hacerlo de espaldas de Moon.

—Hay algo más que se te ha olvidado, Mary.

Mary apretó los labios, de nuevo Lizzy estaba llevando la conversación por un terreno pantanoso que no le gustaba nada.

—No sé de qué me estás hablando.

—Fue Moon quien dejó entrar a Nicholas, Mary.

Mary abrió los ojos como platos, pero, enseguida, su expresión cambió.

—Umm, había oído algo... —reconoció finalmente.

—Cuando Moon me anunció la visita de Nicholas, me dijo que “iba a ser algo bueno para mi” y acertó, plenamente. Ahora quiero devolverle el favor.

Mary se quedó en silencio un momento antes de contestar.

—¿Me estás diciendo que Moon se va a casar con un Duque?

—No, no, no estoy diciendo eso —reaccionó inmediatamente Lizzy —pero he tenido una intuición, como las que tiene ella, y creo que va a salir algo bueno del encuentro entre los dos.

Mary la miró con intensidad y una media sonrisa irónica. Estaba claro que sospechaba que la indómita Lizzy Turner, la mujer que había luchado contra las convenciones sociales, como el matrimonio, se podía haber convertido en una casamentera, pero por esta vez dejó pasar el enfrentamiento. Y aceptó que otro hombre entrara en el refugio de mujeres libres. Al fin y al cabo, eran pocos, pero todos los que habían traspasado el umbral del lugar solo habían traído cosas buenas para sus moradoras.

Capítulo 7:

Ackerly miraba por la ventanilla que le estaba acercando al lugar donde le habían dicho que vivía Moon Smith. La conversación que había tenido un rato antes había sido una de las más extrañas que había tenido en su vida y aún estaba dándole vueltas.

La había tenido con Nicholas, su mejor amigo, aunque en realidad había sido una continuación de la que había tenido el día anterior con su esposa, Lizzy.

Se podría decir que Lizzy era muchas cosas, pero no faltaba a su palabra, ya que le había prometido que le pondría en contacto con Moon y estaba a punto de conseguirlo.

Eso sí, los detalles de la visita los había dejado en manos de Nick, al que había encargado de explicarle todo a él.

Y ahí es donde radicaba lo extraño de todo: en aquellos detalles.

Para empezar, cuando se habían reunido en el club de caballeros para hablar del asunto, lo primero que había hecho Nick había sido hacerle jurar que no contaría nada de lo que ocurriera con la entrevista con Moon. Nada. Y nada significaba que, para empezar, no podía contar dónde se había reunido con ella, qué lugar era, qué ocurría en aquel lugar.

—Pero eso..., ¿por qué?, ¿qué ocurre, Nick? —se había resistido él un poco al inicio, pero Nicholas no había transigido y hasta que él no se lo había jurado, por su título, por su familia, por todos sus antepasados y sus futuros hijos, no había transigido en darle más detalles.

Si no fuera porque conocía de toda la vida a Nick, habría sospechado que era espía, pero no, no era eso lo que le había contado, sino algo mucho más increíble.

—¡¿Un refugio de mujeres libres?!! ¿Pero esas tres palabras pueden ir juntas en la misma frase?

Nick frunció el ceño, en cualquier otra ocasión le habría hecho gracia la ironía de su amigo, pero en este tema estaba siendo intransigente. Y extraño.

—¡Claro que pueden ir juntas!

—Pensé que me estabas tomando el pelo —se disculpó Ackerly, y luego se quedó en silencio terminando de escuchar a su amigo.

Finalmente, después de explicarle todo, Nicholas le había dicho cuándo y de qué manera iba a encontrarse con Moon.

Y ahí estaba, a pocos pasos del lugar, a punto de encontrarse con la mujer más extraña que había conocido en su vida, en el lugar más extraño.

Porque Nick le había contado que en Londres, efectivamente, existía un lugar en el que vivían mujeres solas y que el objetivo de vivir juntas era que pudieran ser ellas mismas, sin la tutela de ningún varón.

Nick había tenido que repetirle varias veces aquello hasta que él había aceptado que tenía que ser verdad. Aunque pareciera increíble. E, incluso, desagradable, ya que chocaba con la idea que tenía él de cómo debía organizarse una sociedad decente y el lugar de la mujer en ella.

Cuando el coche por fin se paró, en una calle tranquila y elegante de Londres, aunque no en su centro, Ackerly se bajó y se dirigió a la puerta de entrada del lugar.

Y se llevó la primera sorpresa agradable.

El edificio era de piedra señorial, la puerta de entrada, grande, de madera maciza, perfectamente barnizada en un elegante color azul prusia. El pomo de la puerta era de bronce, perfectamente bruñido, al igual que la placa que estaba situada junto a la puerta, a la altura de sus ojos, y donde se podía leer en una caligrafía delicada: “Centro religioso para mujeres devotas”

Casi se le escapó una expresión de alegría, que contuvo, ya que no quería llamar la atención.

Lo que su amigo le había dicho que era un lugar donde las mujeres podían hacer lo que

les viniera en gana, no era más que un centro donde se reunían alrededor de su fe religiosa.

Había más centros como ese en Londres, no había estado nunca en ninguno, pero lo sabía, ya que su madre pertenecía a una de esas congregaciones. La idea era rezar juntas y, sobre todo, organizar pequeñas iniciativas de caridad. Nada escandaloso. Al contrario, algo muy respetable. Era el equivalente a los clubes masculinos, pero sin el componente ligero y, a veces, desvergonzado, de los clubes de varones. Con la decencia y el decoro que se suponía que tenían que tener siempre las mujeres.

De nuevo, tuvo que reprimir un suspiro de alivio.

Sabía también, porque su madre se lo había contado, que esos centros se organizaban según el tipo de mujeres que se reunían en ellos . Según su estatus social. Su madre, por supuesto, había pertenecido al centro más elitista de Londres, acorde a su condición de duquesa. Aquel frente al que él estaba de pie no pertenecía a la flor y nata de ese tipo de centros, al fin y al cabo, estaba en un barrio elegante, pero alejado de la zona más distinguida de Londres, pero tampoco estaba en un barrio pobre. Seguramente las mujeres que acudían a él pertenecían a la burguesía: esposas e hijos de comerciantes, de banqueros...

Nicholas era un exagerado. O, mejor aún, estaba influenciado por Lizzy. Sí, seguro que era eso lo que había pasado. Lizzy había pasado una temporada de su vida en aquel lugar y lo había idealizado de manera acorde a sus delirios revolucionarios.

Lo cierto era que aquello era lo único que no le encajaba en la idea que se acababa de hacer: que Lizzy hubiera pertenecido a uno de esos clubes. No encajaba en ella en absoluto. No parecía especialmente religiosa y, sobre todo, no se la imaginaba relacionándose con mujeres del estilo de su madre.

Pero enseguida apartó esa idea. Necesitaba hacerlo para recobrar la tranquilidad de espíritu y poder enfrentarse a lo que había ido a hacer: pedirle perdón a la joven del jarrón y, después, recuperar su paz de espíritu y volver a su vida tranquila y previsible.

Tocó en la puerta, tal y como le había dicho Nicholas, con tres golpes secos, seguidos de dos más espaciados, y menos de dos segundos después , la puerta se abrió.

Y se llevó la primera sorpresa.

Había esperado que la puerta la abriera una mujer. Se la había imaginado incluso: una mujer mayor, vestida completamente de negro, con un pañuelo cubriendo su cabeza y una expresión seria pero amable: una versión de su rígida madre, pero vestida con más sencillez.

Había incluso pensado que podía abrir la puerta la joven del jarrón y eso le había puesto un poco más nervioso. Pero lo que no había imaginado en ningún caso es que la puerta la abriera un caballero.

Y, menos aún, un caballero que él conocía.

Capítulo 8:

—¿Charles?

La pregunta sonó tal y como él estaba sintiéndose, asombrada e incrédula.

Al otro lado de la puerta estaba Charles McKay, alto, grande, distinguido, tan imponente como él, pero con una historia a sus espaldas, que casi lo convertía en una leyenda.

McKay no era noble, ya que era hijo ilegítimo, pero no le había hecho falta tener ningún título para ser respetado como el noble más ilustre del reino. Su padre, si era noble, era Fitzjames Dankworth, Duque de Silesmount. Se había encargado de que su hijo, aunque no podía heredar ningún título, fuera respetado y tenido en cuenta entre la alta sociedad. También había conseguido que entrara en la cámara de los lores, algo insólito, que no había ocurrido nunca ni volvería a ocurrir. Pero Fitzjames Dankworth había sido el mejor amigo y consejero del anterior rey, al igual que Charles lo era del actual.

Pero la leyenda que rodeaba a Charles no era debido a aquellas anomalías tan sólo, sino también a quién era su madre.

Faith McKay también era una leyenda, sobre todo en su Escocia natal, ya que era la primera y única mujer que había conseguido ser jefa de un clan. Uno de los más poderosos de Escocia.

Ambos, tanto el padre como la madre, aún vivían y se mantenían en perfectas facultades, como mantenían a la perfección la distancia que los separaba, no sólo física, sino también sentimental. A pesar de que habían engendrado un hijo, nadie se explicaba cómo había sido posible, ya que eran enemigos declarados. La madre de Charles no solo luchaba por la independencia de Escocia, sino que era declaradamente progresista, en contraposición de las

posturas claramente conservadoras y tradicionales del padre.

Se habían enfrentado treinta y ocho años atrás, cuando ambos eran veinteañeros, y había sido en la cámara de los Lores. Ella se había presentado sin previo aviso, rompiendo todas las reglas establecidas, entrando en aquel lugar casi sagrado, no solo no siendo un Lord, sino siendo mujer.

Todos los caballeros allí reunidos se habían quedado paralizados ante la imposibilidad de aceptar que aquello estuviera ocurriendo.

Todos menos dos.

Uno, el lord de origen escocés que había maniobrado para que ella pudiera entrar, saltándose todas las barreras que lo impedían.

El segundo, el Duque de Silesmount, que, en cuanto ella se puso a hablar en el estrado, defendiendo la negativa de los clanes escocese a pagar los últimos impuestos que se habían acordado en esa cámara sin su consentimiento, se puso en pie , todo lo alto que era y soltó con su voz grave y autoritaria:

—¡Calla mujer!

En ese momento, los testigos de lo ocurrido cuentan que se extendió en toda la cámara el silencio más profundo y frío que se pudiera imaginar.

Tan gélido como la mirada que le soltó ella a él antes de contestarle:

—¡Calla, hombre!

Luego vino un intercambio de palabras entre ambos, respetando escrupulosamente los turnos y sin gritar, pero, a pesar de la aparente educación, el debate más duro y difícil que todos los presentes habían presenciado.

Al final todo había acabado con una victoria parcial, o derrota parcial, de ambos, ya que Faith McKay logró no pagar todos los impuestos, pero sí tuvo que pagar algunos.

Al día siguiente ella había partido hacia Escocia, pero se había llevado algo más consigo: nueve meses después dio a luz un niño con su misma cabellera roja , pero con las mismas facciones y corpulencia que su padre.

Cómo aquellas dos personas tan diferentes y distantes habían podido engendrar un hijo,

había sido un misterio que había llenado muchas tardes de murmuraciones y cotilleos, pero ahora todo el mundo lo aceptaba, aunque el misterio persistía.

Tampoco nadie había sido testigo nunca más de un encuentro entre ambos, no al menos un encuentro con testigos, pero estaba claro que algún tipo de comunicación había habido entre ellos, ya que el Duque había reconocido a su hijo ilegítimo y, al ser el único hijo que tenía, ya que no se había casado nunca, había maniobrado para que tuviera la vida más digna posible.

Charles había vivido con su madre hasta los dieciocho años y ahora, aunque vivía en Londres, mantenía correspondencia diaria con ella, además de visitarla muy a menudo.

Con su padre también tenía relación, aunque de manera mucho más discreta.

Se sabía que varias veces al año comía con él y había sospechas de que viajaban juntos también, más a menudo de lo que parecía.

¿Qué pensaba Charles de todo aquello?. Nadie lo sabía, pero lo cierto es que lo llevaba con naturalidad y, aunque citaba a menudo a su madre y mucho menos a su padre, también lo hacía .

Ackerly era más joven que Charles, pero ya llevaban varios años compartiendo sesiones en la cámara de los lores. Se conocían, aunque no se habían enfrentado jamás en la cámara y habían hablado muy pocas veces y siempre con algún lord más de testigo.

Se respetaban, pero había una clara relación desigual, porque, aunque Ackerly era Duque, Charles tenía mucho más poder.

Era, por tanto, la primera vez que estaban uno frente al otro sin nadie más con ellos. Y no podía haber sido en una situación más extraña, por eso había reaccionado de manera tan impulsiva diciendo su nombre de pila, algo totalmente improcedente.

Pero Charles no solo no parecía estar asombrado, sino que tampoco le dio importancia a su expresión, demasiado amistosa para el tipo de relación que tenían.

Al contrario, sonrió y le dijo, como si estuviera en su palacio y fueran amigos de toda la vida.

—Pasa, Ackerly, te estábamos esperando.

Capítulo 9:

No era el centro de recogimiento religioso y buenas obras que había supuesto, no tenía nada que ver con el lugar que había frecuentado su madre. Se dio cuenta de aquello durante el breve paseo que dio dentro del edificio, acompañado de Charles Mckay. Iban los dos en silencio, Charles seguramente sabía la impresión que él estaba sintiendo y se mantenía callado mientras le llevaba al lugar, donde, esperaba, iba a encontrar a Moon..

Nada más atravesar la puerta de entrada, Ackerly se había encontrado frente a un patio interior lleno de plantas. Era un lugar precioso que encajaba más en la decoración de algún país exótico y cálido, que en la húmeda y fría Inglaterra.

Pero no fue eso lo que más le llamó la atención, sino las personas que estaban desperdigadas en la zona.

Las mujeres, en realidad, ya que los únicos hombres que había en el lugar eran Charles y él mismo.

Para empezar, había muchas, durante el trayecto dentro del edificio vio fácilmente veinte mujeres distintas.

Y eso era lo segundo que le llamó la atención: lo diferentes que eran entre ellas.

Las había de todas las edades, desde una muchacha que hacía poco había dejado de ser una niña, hasta mujeres de la edad que habría tenido en ese momento su madre.

También se veía que eran muy diferentes por la forma de vestir. Algunas llevaban ropas muy sencillas, como las de las personas de origen humilde, otras, más suntuosas, aunque no había el lujo al que él estaba acostumbrado, pero lo más llamativo es que ninguna de ellas se movía por el lugar como las mujeres que él había conocido hasta entonces.

Todas andaban con seguridad y con un halo de independencia que casi se podía tocar.

Él estaba acostumbrado a que las mujeres siempre transmitieran debilidad y subordinación, incluso la propia reina. Siempre que había un hombre delante, se palpaba quién llevaba el mando y siempre era el varón.

En aquel lugar no ocurría aquello. Ni siquiera cuando alguna de ellas se fijaba en ellos, seguían su camino sin hacerles caso.

Era todo muy sutil, pero también palpable.

Y entonces se dio cuenta de que no era del todo cierto que nunca hubiera conocido a ninguna mujer que transmitiera aquello. Si las había conocido. Dos. Lizzy Turner y Moon Smith.

Nada más darse cuenta de aquello, Charles, como si hubiera oído sus pensamientos, se paró en seco. Ackerly le imitó y entonces se dio cuenta de que estaban ante una puerta:

—Ya hemos llegado —escuchó entonces la voz de Charles quien, nada más decirlo abrió la puerta con seguridad.

Y al otro lado de la puerta abierta él solo vio una cosa. Una persona. Una en la que acababa de pensar.

Y no era Lizzy Turner.

Capítulo 10:

No estaba sola, aún así, Ackerly, en un primer momento, solo la vio a ella. Y lo cierto es que la vio por primera vez.

Dos días atrás, en la fiesta del matrimonio de Nicholas y Lizzy ,se había chocado con ella porque no la había visto. Y luego sí, se había fijado en ella y en su actitud, pero había sido esto último lo que realmente le había impactado y le había impedido descansar los días siguientes.

Pero ahora, cuando Charles abrió la puerta de par en par, fue su físico lo que captó toda su atención.

Y lo que hizo más incomprensible que le hubiera pasado desapercibida antes.

Era imposible que pasara desapercibida. Era una mujer impactante y no solo por su piel oscura, aunque también.

Ackerly había viajado por el mundo, había visto personas con pieles de colores diferentes, rasgos diferentes, pelos diferentes, pero seguramente no había visto nunca a nadie con la piel tan oscura. Era puro ébano. Y era lisa y brillante también. Era una piel que le producía un deseo infinito de tocar. Y de ser tocado por ella.

Pero no era lo único que llamaba la atención en ella. Su pelo era como el de todas las personas de origen africano, muy rizado y abultado, como espuma de mar, pero en un color caoba . Y no lo llevaba recogido, sino corto , formando una corona suave y esponjosa alrededor de su cara.

Los labios eran carnosos, perfectamente dibujados y en un color rosa suave delicioso. Y los ojos, grandes, muy grandes, tenía un color miel claro que contrastaba con su piel. Eran

intensos y estaban fijos en los ojos de él, en una expresión de asombro que le dio a Ackerly la pista de que ella no lo esperaba, de que la apertura de la puerta y lo que había al otro lado le había sorprendido tanto como a él.

Y entonces ella empezó a moverse, hacia él, sin apartar su mirada de la de él, con tranquilidad, pero con decisión. Y entonces él, fascinado, se dio cuenta de que tenía la forma de andar más elegante que había visto nunca, una seguridad y una agilidad fascinantes. Era casi como si flotara.

Era como una gacela.

Era como una pantera.

La tenía a menos de un metro de él y ella seguía avanzando, de frente, como si fuera a fundirse con él, no chocarse, sino fundirse. Y en su mente apareció una idea extraña: “ojalá lo haga”, escuchó dentro de sí con su propia voz.

Pero ella no lo hizo. Cuando estaba a pocos centímetros de él, desvió ligeramente su trayectoria, de manera casi imperceptible, con la misma elegancia y ligereza con la que se había movido hasta ese momento, y consiguió esquivarlo y no tocarlo.

Excepto en un punto.

Capítulo 11:

Más adelante, cuando saliera de allí, otra idea volvería a obsesionar a Ackerly: ¿lo había hecho adrede o había sido un pequeño error de cálculo? Seguramente no lo sabría nunca, pero el hecho fue que, mientras pasaba a su lado, el dorso de la mano de él acabó en contacto con el dorso de la mano de ella. Una parte mínima de la piel de ambos, pero se tocaron. Sus pieles se rozaron y, aunque apartaron las manos ambos, inmediatamente, como si hubieran tocado unas ascuas ardiendo, ese instante, mínimo, fugaz, lo cambió todo.

Capítulo 12:

—Era de esperar.

La voz de una mujer rompió el hechizo. Era una voz enérgica que provenía del fondo de la habitación.

Ackerly aún estaba impactado con lo que acababa de ocurrir, aún le ardía la piel en el punto en el que se había rozado con la piel de ella, pero aquella voz logró captar su atención y dirigió la mirada hacia la zona de la que había provenido.

Y entonces también se fijó en la estancia. Era un despacho sobrio y elegante al mismo tiempo. El típico despacho masculino, con pocos muebles pero de buena calidad. Con una gran mesa presidiendo la estancia, con una librería con pocos objetos de adorno, que en este lugar eran instrumentos de navegación. Pero lo que rompía la impresión de masculinidad era la mujer dueña de la voz que le había llamado la atención. Que era la mujer que estaba tras la mesa del despacho, es decir, aquel era su despacho.

Ackerly la miró y entonces ella se levantó y se acercó a él hasta ponerse a su altura y extenderle la mano:

—Soy Mary Cooper, la administradora de este lugar.

Ackerly debería estar acostumbrado a que todo lo que estaba ocurriendo desde que había tirado el jarrón era extraño y desconcertante, pero es que cada cosa que pasaba era más rara. Mary Cooper era una mujer de unos cuarenta años, agradable y educada, pero iba vestida con pantalones. ¡No solo regentaba aquel lugar extraño, sino que vestía con pantalones!

En cualquier otra situación aquello debería haberle hecho reaccionar de alguna manera, pero ahora se limitó a estrecharle la mano también, como si todo fuera lo más normal, aunque no

lo fuera.

Lo cierto es que la actitud de Charles, que se había situado al lado de la mujer con absoluta tranquilidad, hizo que él también empezara a aceptar lo inaceptable.

—Yo soy Ackerly Cameron, Duque de Milburn, y le agradezco que me haya permitido venir a su centro hoy, pero necesitaría hablar con la señorita Smith y ella se ha ido.

Decidió que lo mejor era ser amable, pero, al mismo tiempo, hablar de lo único que le interesaba.

—Ya, lo sé, el problema es que Moon, como todas las mujeres que vivimos aquí, toma sus propias decisiones y, al parecer, ha decidido no hablar con usted. Como he dicho hace un momento, era de esperar, ya que ella no estaba avisada de su presencia. Está claro que en cuanto le ha visto ha decidido abandonar la habitación. Y, desde luego, ni yo ni nadie le vamos a forzar a que vuelva. Acepté que viviera usted aquí y que Moon no fuera avisada de su visita por la insistencia de Lzzy, y porque ella me prometió que usted no contaría nada de la naturaleza de nuestro refugio, pero ahí acaba toda la ayuda que puedo prestarle, señor Cameron.

No había sido desagradable ni claramente hostil mientras le decía aquello, pero tampoco se podía decir que hubiera sido amigable.

Distante y cortante, podía ser la definición. Utilizando tan solo su apellido y no su título, algo que lo rebajaba. Y, claramente, le había cerrado la puerta a preparar un nuevo encuentro con la joven Moon, pero Acky no se rindió:

—Por supuesto, señora Cooper, puede contar con mi discreción absoluta, además de mi agradecimiento por haber propiciado este encuentro. No quiero molestarle más —Mary abrió los ojos, no esperaba un tono tan agradable y conciliador y se le notó. Ackerly pensó que había acertado con su actitud, así que continuó hablando y utilizó su último cartucho para conseguir lo que quería —Sé que no tiene por qué decírmelo y aceptaré su negativa, pero ¿tiene usted una idea de donde puedo encontrar de nuevo a la señorita Smith? Será tan solo un breve encuentro, tan solo quiero transmitirle mis excusas por un mal comportamiento con ella y luego la dejaré en paz para siempre. Puede confiar en mí.

Y a Mary le ocurrió algo parecido a lo que le había ocurrido a Lizzy el día anterior. Vio algo inesperado y sintió que tenía que ayudar a aquel hombre...., aunque fuera para que saliera de su refugio:

—Está en la librería de al lado.

Capítulo 13:

Mary no lo sabía seguro, no había visto a dónde había ido Moon, podía haberse refugiado en su habitación, donde no pensaba dejarle acceder al Duque, pero había una posibilidad de que en vez de haberse ido a la habitación, hubiera ido a la librería que, junto al refugio, regentaba una de las chicas que vivía en el alojamiento: Judith Stein, amiga de Moon y también de Lizzy.

Se lo había dicho un poco por quitárselo de encima, pero también por ayudarle. Por alguna razón que se le escapaba, a Mary le había ocurrido lo mismo que a Lizzy el día anterior: había visto algo que le había empujado a ayudar a Ackerly a juntarse con Moon.

Y Charles también había visto algo:

—Si no lo veo no lo creo.

—No sé a qué te refieres — le contestó Mary poniéndose tensa y digna, aunque sabía perfectamente a qué se refería su amigo.

—Le has recibido refunfuñando, casi contra tu voluntad y solo porque te lo ha pedido Lizzy, a la que no niegas nada...

—Claro que le niego cosas — le cortó ella a media frase.

—Mary, no cambies de tema —dijo él, mirándola irónico y divertido antes de continuar —como decía, le has recibido sin ganas y acabo de ver cómo le pones una alfombra roja para que vuelva a ver a Moon, cuando está claro que ella no quiere verlo a él. Interesante... —terminó, poniendo cara de circunstancias pero con un brillo divertido en el fondo de sus ojos.

—No he forzado nada, Charles, solo le he dicho donde podía estar Moon para quitármelo de encima.

—Ya... —dijo él sin cambiar la expresión, pero con un tono más escéptico aún —Quién iba a decir que Mary Cooper se iba a convertir en casamentera —acabó, y soltó luego una carcajada que no paró, aunque ella le tiró un fajo de papeles que tenía sobre la mesa.

Capítulo 14

Ajeno a lo que estaba ocurriendo dentro del refugio, Ackerly se encontraba en la puerta de la librería que le había señalado Mary, sin terminar de entrar.

Cuando había llegado al refugio, media hora antes, no se había fijado en el establecimiento que estaba al lado, pero ahora le llamaba la atención que no lo hubiera visto antes. En Londres había varias librerías a las que él solía acudir, pero todas estaban en el centro. Ackerly estaba sorprendido de que un establecimiento de ese tipo pudiera prosperar en un barrio alejado del centro. Era un local sencillo, pero no pequeño: ¿tendría clientes suficientes para poder prosperar? Por lo que él sabía, la lectura era un placer reservado para los privilegiados de la sociedad, no solo porque entre las clases humildes había menos alfabetización, sino por el precio de los libros. Al fin y al cabo, eran un artículo de lujo. Así que Ackerly tenía dudas de que un negocio así tuviera futuro en una zona tan alejada de donde se movía el dinero.

Por eso se había quedado mirando el local con interés y asombro. Asombro que aumentó al ver la cantidad de libros que se veían dentro del local: se trataba de una librería que en nada desmerecía a la mejor librería del centro.

Pero, superada la sorpresa inicial, se recordó a sí mismo que no iba a comprar libros, sino en busca de Moon Smith: ¿estaría dentro, como le había dicho Mary Cooper?

Se acercó a la puerta acristalada del establecimiento e intentó vislumbrar quien estaba dentro. Solo vio libros y más libros y ni una persona,

Y entró.

La puerta tintineó con un sonido chispeante y alegre gracias a las campanillas colocadas encima, para avisar en cuanto entraran clientes.

Quizá por el efecto que hacía ese sonido alegre, el interior de la librería le pareció más luminoso de lo que le había parecido desde fuera.

El espacio estaba lleno de libros, incluso encima de la mesa que hacía de mostrador y tras la cual no había nadie, amontonados y en aparente desorden, pero el efecto no era desordenado, sino atrayente. De hecho, aunque estaba nervioso por volver a ver a Moon Smith, por un momento olvidó qué estaba haciendo allí y se fijó en un grupo de libros. Cogió uno al azar y vio su título:

“*La guerra peninsular*”, se titulaba, y estaba firmada por un noble que él conocía y que había servido en aquella guerra como general.

Justo cuando empezaba a ojear sus primeras páginas escuchó un carraspeo.

—¿Si? ¿Qué desea?

Una mujer joven y menuda, de pelo y ojos oscuros, le miraba con interés. Había salido de una puerta tras el mostrador, en la que no se había fijado hasta entonces. Debía ser la dependienta del lugar. Pero Ackerly dejó de interesarse en ella inmediatamente, ya que tras ella apareció una figura que ya conocía bien: Moon Smith, felina, como siempre, le miraba fijamente en silencio, hasta que lo rompió con aquella voz grave que tanto efecto le causaba:

—¿Qué quiere de mí, lord Cameron?

Capítulo 15

Parecía que le estaba esperando. Ackerly sabía que no era así, porque ni él mismo sabía cinco minutos antes que se acercaría a aquel lugar, pero ella le había hablado como si llevara tiempo esperando aquella visita, como si no le hubiera dejado plantado un momento antes.

Seguramente había asumido que no merecía la pena escaparse más, ya que él estaba decidido a hablar con ella. Y Ackerly decidió no desaprovechar la ocasión.

Además, la joven bajita se había escabullido de nuevo, discretamente, tras la puerta detrás del mostrador, para darles intimidad.

—Veo que sabe quién soy.

De repente, Ackerly se sintió él mismo de nuevo, con el aplomo y la seguridad que había tenido siempre. Aquella joven y todo lo que la rodeaba le desconcertaba, pero su educación de nacimiento le salía sin esfuerzo.

En cualquier caso, ella no se sintió intimidada y le contestó con el mismo aplomo que él, si no más.

—Sí, claro, Lizzy me lo dijo anteayer, después de su salida de tono y falta de educación. Pensé que ya había tenido suficiente con mi respuesta, por eso le he dejado plantado hace un momento, pero veo que además de maleducado es persistente. Como no tengo ganas de encontrarlo más veces, le doy la oportunidad de decirme qué hace aquí y por qué me está persiguiendo. Eso sí, es una oportunidad corta, a la mínima falta de respeto pienso dejarle plantado de nuevo, no estoy dispuesta a tolerar que me menosprecie de nuevo.

A Ackerly ninguna mujer le había hablado así en su vida. Tampoco le había hablado así ningún hombre. Había tenido desacuerdos y disputas, algunas de ellas agrias y duras, pero

siempre, siempre, se había palpado en el ambiente su superioridad de clase.

Moon Smith le había hablado como si fuera ella quien mereciera un trato especial.

En cualquier otro momento, con cualquier otra persona, él habría sacado su parte más fiera y fría y le habría dejado en su sitio a quien se atreviera a humillarle.

Porque era lo que Moon Smith acababa de hacer con él: una persona que no era nadie amonestando a todo un Duque.

Pero con ella no podía.

Era como si ella desactivara algo en él, o lo activara de otra manera.

De hecho, solo podía mirarla fascinado, sin ser capaz de contestarle nada.

Estaba admirando su postura recta y digna, su cuerpo flexible y felino, la mirada viva y orgullosa, sus labios carnosos, entreabiertos, sus pómulos altos, su barbilla perfecta y redondeada, desafiándolo.

Era difícil de creer que una mujer sin título, una mujer que no era nadie, se atreviera a tratar así a todo un Duque. Pero lo estaba haciendo y a él, en vez de provocarle rechazo o enfado, le estaba provocando más atracción hacia ella.

—Tiene usted razón, señorita Smith, mi comportamiento con usted en la fiesta fue inaceptable. Esa ha sido precisamente la razón que me ha impulsado a buscarla con tanta insistencia, como usted bien se ha dado cuenta: he venido a ofrecerle mis más sinceras disculpas.

Otra cosa que le estaba ocurriendo a Ackerly era que, por muy desorientado que se encontrara con Moon Smith, y con las reacciones que provocaba en él, estaba siendo capaz de responder de la mejor manera posible en cada momento.

Quitando el desafortunado incidente que había provocado todo, claro.

Esta vez, como ya le había ocurrido antes con Mary y Lizzy, la clave que vino a distender todo fue su cuidada educación. Y una sinceridad inesperada.

En cuanto Moon le escuchó decir lo que era la verdad, su actitud cambió.

Parpadeó varias veces, su postura se volvió menos tensa y sus labios se curvaron de manera suave, mostrando su desconcierto.

—Ah..., oh..., de acuerdo..., no esperaba esto, Lord Cameron, pero le honra.

Después del desconcierto inicial, ella también fue capaz de responderle de la manera adecuada. También ella con la verdad.

Moon no podía evitar tener prejuicios. Ella era de extracción muy humilde y jamás se había relacionado con personas del rango de Ackerly hasta que Lizzy se había casado con Nicholas. Nicholas había sido, de hecho, la primera persona noble con la que había hablado directamente en su vida.

Pero apenas habían sido unas frases de cortesía y poco más. No le había desagradado, pero seguía viéndolo como alguien muy alejado de ella y sus circunstancias, por mucho que estuviera casado con su amiga

Sin embargo, con aquel Duque había tenido un intercambio mucho más intenso, de alguna manera, mucho más cercano, y no podía haber sido más desagradable.

Aquello había reafirmado su idea de que cuanto más lejos se encontrara de “aquella gente”, como llamaba a los nobles para sí misma, mejor.

Y, sobre todo, cuanto más lejos se encontrara de aquel Duque presuntuoso en concreto.

Pero lo que él acababa de decirle la había desarmado por completo.

De repente, había olvidado lo alejada que se encontraba de él. De repente, había olvidado que era un impresentable clasista que la había ridiculizado delante de todo el mundo.

De repente, veía lo que todo el mundo veía cuando lo veían a él, sobre todo, lo que veían las mujeres: un hombre poderoso y atractivo.

Muy atractivo.

E hizo algo que hacía muy pocas veces.

Sonrió.

Una sonrisa plena que cambió completamente su expresión.

Tenía unos dientes blanquísimos, perfectamente alineados, aquello contribuía al cambio de su expresión, pero no solo. Porque no era sólo la blancura de los dientes lo que acababa de iluminarle, la luz venía también de su interior. Había personas a quienes sonreír les cambiaba

mucho, pero nunca había visto a nadie a quien le cambiara tanto. Parecía otra persona, pensó Ackerly.

Era la misma chica felina y misteriosa, pero ahora era también una chica atractiva, terriblemente atractiva.

Entendió de repente su nombre: Moon. Luna.

Sí, Moon Smith era como la luna llena en plena noche, era oscura y era luz y no eran dos características incompatibles, eran lo que le hacía ser ella.

Única.

Especial.

Al menos para él.

Todo debería haber acabado ahí. Un desgraciado incidente en el que él había perdido los papeles y se había comportado como no debía, un incidente que le había hecho enfadarse consigo mismo, por la decepción que se había llevado con su comportamiento. Todo se había reconducido gracias a su educación y saber estar. Había sido capaz de pedir perdón de forma educada y de aquella manera recuperar el control de lo que era: todo un caballero.

Y había sido capaz de hacerlo con alguien en principio hostil a él. Muy hostil.

Y no solo eso, sino que había conseguido, sin mucho esfuerzo, captar la atención de la joven y que le sonriera y estuviera entregada a él, como todas las mujeres con las que se había cruzado en la vida.

No podía haber más triunfo con solo un par de frases. Ella satisfecha y embelesada con él, él más satisfecho aún, al demostrar su clase y al solucionar la inquietud que no le había dejado descansar los dos últimos días. Volvería a dormir tranquilo. La olvidaría en cuanto saliera de la librería...

Pero, ni sintió eso ni lo siguiente que dijo fue en esa dirección:

—Dentro de dos semanas voy a organizar el baile que doy todos los años en mi palacio. Era una costumbre de mi fallecida madre: dar una fiesta en el inicio del invierno y, como homenaje a ella y para recordarla, yo he seguido manteniéndolo. Me gustaría invitarla al baile,

señorita Smith. Por supuesto, entiendo que no puede venir sola, así que le propongo incluirla en la invitación que cursaré para Nick y Lizzy, si le parece bien.

Moon abrió los ojos como platos, haciendo que su expresión fuera aún más encantadora, y se quedó un momento en silencio, no le quedó claro a Ackerly si porque estaba valorando decir que no o porque se había sorprendido enormemente.

Pronto quedó claro que había sido esto último, ya que cuando recuperó la voz, con un entusiasmo difícil de disimular le dijo:

—Sí, sí, me encantaría.

Capítulo 16:

¿Por qué había dicho que sí cuando claramente debería haber dicho que no?

Moon había vuelto a su habitación poco después de haber aceptado aquella inesperada invitación y no paraba de dar vueltas en el pequeño habitáculo, al igual que las vueltas que daba su mente alrededor de aquella idea.

No se arrepentía exactamente, simplemente, no terminaba de entender por qué había aceptado.

Su respuesta entusiasta y sin sombra de duda. Su mirada embelesada y su sonrisa encantada, ella, que apenas le sonreía a nacie. Ella, que parecía estar por encima de todo, sin implicarse en nada ni en nadie..., ¿a qué venía todo aquello?

Pasó cinco minutos en aquel estado de agitación hasta que una vocecita dentro de su cabeza le dio la respuesta: “te gusta”.

“Te gusta mucho”, repitió la vocecita.

Y entonces se sentó sobre la cama y lo aceptó.

Se había puesto nerviosa y agitada, pero en realidad lo había sabido desde el primer momento, como sabía que su imagen exterior, lo que todos pensaban de ella, no era la realidad.

Moon había venido al mundo en unas circunstancias muy desfavorables. Su madre había sido prostituta en el puerto de Londres. En una de las partes más degradadas además.

Su padre..., no tenía ni idea de quién era, más allá de que habría sido uno de los miles de clientes esporádicos de su madre y de que era de quien había heredado aquella piel de ébano, ya que la de su madre era clara, asombrosamente clara en comparación a la de ella.

Las circunstancias de su nacimiento y también aquella piel oscura habían hecho que su

madre la rechazara. No de una manera violenta y evidente, ya que se había quedado con ella, no la había abandonado como hacían la mayoría de sus compañeras, y tampoco la había maltratado físicamente durante los quince años que había convivido con ella, pero aquel rechazo silente y sutil había sido terriblemente destructivo para la niña que había sido Moon, más destructivo que si la hubiera abandonado en un orfanato y le hubiera dado de aquella manera la posibilidad de caer en manos más compasivas.

Moon, por tanto, había nacido y pasado su infancia en el lugar más inmundo de la parte más degradada de Londres, con la compañía de una persona que no solo no le había cuidado, sino que había minado la confianza que pudiera tener en sí misma o en un futuro mejor.

Su madre le había dado alimento y un techo bajo el que refugiarse, pero alimento escaso, muchas veces había tenido que mendigar para conseguir llevarse un bocado más, y un techo que solo era eso, porque el cuchitril en el que había vivido junto a su madre era maloliente, sucio y frío y, además, a veces estaba ocupado por los amantes fijos de su madre, que, sin excepción, habían sido todos borrachos violentos.

Pero, aunque pareciera mentira, todo aquello no había sido lo peor. Lo peor habían sido los constantes desprecios y los comentarios despectivos de su madre hacia ella. Comentarios en los que abundaba la referencia despectiva hacia su piel. "No me toques que me manchas", "sucias" y "negra" eran los que más había utilizado, a diario, pero había otros peores, todos referidos a su color de piel.

Es decir, Moon no sólo no se había sentido querida y cuidada, sino claramente despreciada.

Rechazada por circunstancias que no podía cambiar.

Rechazada por ser ella.

Aquello había formado su carácter y la había hecho reservada, introvertida y desconfiada.

Aunque algo no había cambiado en ella, y era su carácter profundamente bondadoso, su ingenuidad incluso y su enorme sensibilidad. Pero esas partes no las conocía nadie.

Muy pequeña, para sobrevivir a su desgraciada vida, había tomado la decisión de aislarse del mundo, de hacer como que no le importaba nada, y ocuparse ella de sobrevivir, sin necesitar a nadie.

Eso la había vuelto autosuficiente y le había servido para llegar a sus veintitrés años entera y fuerte.

Con quince años había abandonado el cuchitril en el que vivía con su madre y se había trasladado a vivir a un lugar, el refugio de mujeres libres, que una compañera de su madre que había dejado la prostitución le había recomendado.

No había vuelto jamás a hablar con su madre, y solo la había visto alguna vez que se había acercado al puerto, de lejos, tan solo para comprobar que su madre cada vez caía más en la cuesta de la degeneración y la autodestrucción. Aún así, se había ocupado de mandarle mensualmente , de manera anónima, algunos chelines que sacaba de la asignación que su amiga Judith le daba por ayudarle en la librería. Mary Cooper le daba todo lo necesario para sobrevivir: un techo, comida y ropa humilde pero decente, no necesitaba el dinero para nada más.

No quería vivir con su madre, que, al fin y al cabo había sido su maltratadora, pero no podía evitar preocuparse por ella. De alguna manera, alejada y sin querer estar con ella, la quería, porque ¿cómo podía no quererse a una madre, aunque fuera horrible como la suya?

La entrada en el refugio había marcado un antes y un después en su vida. Había sentido como si hubiera estado ahogada toda su vida, sobreviviendo con un hilo de aire, siempre insegura, siempre al borde del abismo del abandono y el desamparo y, de repente, nada más entrar en el refugio, había sido como si sus pulmones se llenaran del aire más fresco y maravilloso del mundo.

Y había ocurrido nada más poner un pie en el lugar. La puerta de entrada, de un azul intenso, y, al traspasarla, aquel patio lleno de verdor y belleza, habían llenado su corazón de alegría y esperanza.

Esperanza, un sentimiento que se había prohibido hasta entonces, ya que su vida, siempre, siempre, había ido a peor.

Excepto a partir de aquel día.

Y no había sido solo el lugar, limpio y acogedor, sino las personas que había en él. Empezando por todas y cada una de las chicas que vivían en el lugar, todas, con historias duras o complicadas de vida, como la suya, y terminando con la administradora del lugar: Mary Cooper y su gran amigo Charles McKay, que eran dos ángeles en la tierra.

Moon se había sentido acogida y cuidada por primera vez en su vida, todo había mejorado, su vida había empezado a ser eso: vida.

Pero había algo que no había cambiado y que empañaba un poco el gran cambio acontecido

Para sobrevivir a sus condiciones de vida con su madre, Moon se había refugiado bajo una coraza inexpugnable, una armadura que su piel oscura no hacía más que reforzar, ya que para todo el mundo ella era extraña, diferente. Aquella coraza le había salvado la vida, pero al llegar al refugio ya no era necesaria. Sin embargo, no había sido capaz de derribarla.

Había querido hacerlo, sinceramente, pero eran demasiados años construyendo aquella coraza indestructible, demasiados años escondida tras ella. No sabía cómo eliminarla, no sabía cómo sacar a la verdadera Moon refugiada tras ella.

Además, había ocurrido algo que no había hecho más que alejar aún más a la gente de ella. A alguien se le había ocurrido contar que Moon tenía artes adivinatorias y que adivinaba el futuro de cosas negativas.

Aquello no era cierto.

Moon no creía que aquel cuento lo hubiera creado nadie con intenciones de hacerle daño, seguramente alguna chica con demasiada imaginación la había visto tan negra y distante que había supuesto cosas que no eran. Pero el rumor había tomado fuerza y vida propia enseguida y, ayudado por su piel negra y su hermetismo defensivo, ya no había ni una chica en el refugio que no creyera aquello y no se lo contara a las chicas que llegaban nuevas.

Aislándola aún más.

Sí, tenía dos amigas íntimas, que la querían y la cuidaban: Lizzy y Judith, pero ellas

tampoco la conocían del todo. Y ellas también daban pábulo a aquel rumor.

Ella siempre se había dicho a sí misma que no le importaba demasiado, que lo importante era que ya estaba protegida, y tenía un hogar digno de llamarse así, y tenía amigas que la querían y personas que se preocupaban por ella, pero en el fondo de su alma seguía sintiéndose sola, porque nadie había llegado a la verdadera ;Moon.

La verdadera Moon era una chica dulce, igual a cualquiera, más sensible incluso.

Y era igual a cualquier chica de su edad en cuanto a los afectos.

Y era igual a cualquier chica de su edad en cuanto a los sueños.

Quería ser feliz, tener a alguien que la quisiera.

Tener una familia incluso.

Ella nunca había sido como Lizzy o muchas chicas del refugio, que rechazaban la opción del matrimonio, pero su coraza y la leyenda que circulaba alrededor de ella hacía que nadie supiera de aquellos sueños.

Sin embargo, por primera vez en su vida, aquella coraza se había desprendido y había dejado asomar a la verdadera Moon. Había sido solo durante un instante, cuando el Duque de Milburn la había invitado a su baile.

De repente, la Moon dulce y soñadora, la Moon romántica, había aparecido, esa era la Moon que le había sonreído a él y la que le había dicho, ilusionada, que sí.

Estaba asustada, por eso daba vueltas y vueltas en su habitación, pero tras unos minutos, cuando se sentó sobre la cama, una idea vino a su mente y sustituyó totalmente a sus dudas y reticencias: sí, quería ir. Quería volver a ver a aquel Duque. Quería tener esperanza....

No iba a declinar su invitación con una escueta nota , como había valorado al principio. Había aceptado porque quería ir, e iría.

Al tomar la decisión sintió una ligereza y una alegría repentinas que le confirmaron que había tomado la decisión correcta. Aunque de repente, una pequeña sombra apareció en su mente: no tenía sentido que todo un Duque, un hombre que jamás se habría fijado en ella, más allá del impacto que provocaba su piel oscura, se hubiera tomado la molestia de buscarla, pedirle

perdón por algo que ningún otro de su estatus habría considerado motivo de disculpa y, lo más asombroso de todo, invitarla a un baile.

Invitarla a ella, que no era nadie.

E invitarla personalmente, presentándose ante ella.

Aquello era extraño y difícil de explicar.

Sin embargo, por aquel día prefería pensar que era posible.

¿Acaso su amiga Lizzy, que tampoco era nadie en el mundo de la alta sociedad, no había conseguido casarse con todo un marqués?

¿Por qué iba a ser descabellado que a ella le ocurriese lo mismo con un Duque, uno que era, además, el mejor marido de Lizzy?

Sí, por esta vez iba a tener esperanza e iba a salir bien.

Capítulo 17:

Ackerly Cameron había invitado a Moon dejándose llevar por un impulso de esos que le estaban aconteciendo desde que había conocido a la joven.

En el camino de vuelta a su palacio, había perdido también unos cuantos minutos intentando desentrañar por qué estaba teniendo un comportamiento tan extraño en él. Desde su reacción extemporánea y maleducada cuando tiró el jarrón, pasando por su obsesión inexplicable por volver a verla y pedirle perdón y terminando con su invitación al baile. A una desconocida. A una joven sin familia ni origen noble. Todo era raro e inexplicable . Todo era impropio de él.

Sin embargo, en el caso de Ackerly, las dudas y el desconcierto duraron menos que en el caso de Moon. De repente, unas calles más allá del refugio de mujeres, cuando habían pasado menos de cinco minutos desde que ella le había dicho que si a su invitación, tuvo claro que lo que había hecho estaba bien.

Todo encajaba. No había sido impulsivo de manera alocada, sino que sus instintos le habían hecho tomar una decisión acertada. Moon Smith tenía que formar parte de su vida. Ese era su destino y no solo no tenía que luchar contra él, sino abrazarlo gustoso.

Moon Smith iba a formar parte de su vida.

Iba a convertirse en alguien importante para él. Necesaria.

Más aún: Iba a compartir su vida con ella.

En cuanto lo tuvo claro, una alegría nueva y chispeante le recorrió entero.

Estaba deseando volver a verla.

Estaba deseando empezar su nueva vida con ella.

Capítulo 18:

—Todo está en orden, mylord. Los primeros carruajes están a punto de llegar.

Ackerly estaba terminando de colocarse el pañuelo de seda al cuello cuando su mayordomo, Lewis, había golpeado su puerta , con la mezcla de suavidad, discreción y profesionalidad con la que lo hacía siempre y, tras su permiso para entrar, le había anunciado aquello.

No era la primera vez que escuchaba aquellas palabras, que sonaban siempre igual, a modo de preludio de lo que iba a venir, era la tercera. Exactamente el número de veces que había tenido que encargarse él de la organización de aquel baile.

Como siempre, había dejado todo en manos de sus criados, la mayoría de ellos, incluido Lewis, ya estaban sirviendo en su palacio en la época en la que su madre aún vivía.

A Ackerly todo aquel alboroto y tener que ocuparse de qué comida y bebidas servir y a qué músicos contratar no le hacía ni una gracia. No le había hecho nunca.

Él era de la opinión de que un Duque no debía ocuparse de aquellas cosas. Él se ocupaba de preparar las sesiones de la cámara de los Lores, de gestionar sus propiedades, en Londres y en la campiña inglesa, de acudir a cacerías e incluso organizarlas, pero..., ¿bailes? Si, de acuerdo, no le importaba acudir a ellos, formaba parte de las obligaciones de un Duque, pero no organizarlos.

La organización, según él , debía recaer siempre sobre los hombros de una mujer, sobre los hombros de la señora del palacio.

El problema para él había sido que su madre había fallecido demasiado pronto, antes de

que él se planteara tener una esposa.

Y el problema se había agudizado por ser el baile de su palacio uno de los más importantes del año, uno que todos esperaban y que nadie hubiera entendido que se hubiera suspendido, tal y como había barajado en un principio, hasta que a él le hubiera dado la gana de casarse.

Había sido precisamente su amigo Nicholas quien le había quitado aquella idea de la cabeza:

—Ni se te ocurra no organizar el baile —le había dicho un día en el club, cuando él le había compartido aquella idea, poco después de la muerte de su madre.

—No es no organizarlo, es posponerlo hasta que tenga una esposa que pueda encargarse de ello como hacía mi madre.

Su amigo había soltado una carcajada antes de responder:

—No vas a esperar diez años a volver a organizarlo, Acky, tienes que seguir haciéndolo tú.

Nicholas había mencionado los diez años, porque era el plazo que se habían puesto ambos para casarse.

El plazo mínimo.

Ambos habían firmado un pacto no escrito que decía que disfrutarían de la vida y exprimirían su jugo antes de comprometerse con una mujer para siempre.

Nicholas tenía razón, aquel baile era más que un baile, era todo un acontecimiento que ningún noble se perdía y al que a veces acudían hasta los reyes. Dejar de organizarlo le podía traer consecuencias negativas, podía perder influencia entre algunos nobles con los que tenía tratos de negocio. Al fin y al cabo, los bailes no eran solo bailes, sino que en ellos se cerraban alianzas, matrimoniales y de negocios.

Pero fue la última frase que le soltó Nick la que le terminó de convencer:

—Yo estoy soltero, igual que tu, y pienso mantenerme así hasta la fecha del pacto, como mínimo, y organizaría el baile sin dudarlo. Además, no tienes por qué hacerlo tú, para eso tienes

a tus criados.

Le había tomado la palabra y enseguida se había dado cuenta de que su amigo tenía razón y de que podía confiar en sus empleados.

Lewis llevaba todo el peso de las comunicaciones con el exterior: a quién enviar las invitaciones, a quién contratar... Y miss Hunter, el ama de llaves, gestionaba toda la organización interna: cómo disponer los muebles y las viandas en el gran salón de baile, qué adornos y flores utilizar, con qué uniformes vestir a los criados y así hasta que nada, absolutamente nada, quedaba fuera de control.

Los dos años anteriores todo había salido a la perfección. Los empleados le habían demostrado que eran eficientes y nada ni nadie le perturbaba hasta que las dos frases de Lewis eran pronunciadas: “Todo está en orden, mylord, los primeros carruajes están a punto de llegar”. A él solo le había tocado hacer de anfitrión encantador, recibiendo a todo el mundo y bailando con todas las mujeres que quisieran bailar con él: lo que se esperaba de un anfitrión como debe ser.

Había sido fácil y había agradecido la insistencia de su amigo en convencerle: merecía la pena.

Pero ese tercer año había habido una sombra que había empañado un poco la preparación del baile en su mente: el matrimonio por sorpresa de su amigo. La traición al pacto de ambos.

Por suerte, todo había cambiado en el último momento con la aparición de aquella joven misteriosa en su vida: Moon Smith, y los nuevos planes que esperaba llevar a cabo.

Debía ir con cuidado, lentamente, para no asustarla o alejarla de él, pero ese día iba a ser el primero en el que iba a intentar que ella entrara en su vida.

Ackerly, con una sonrisa plena, se miró en el espejo para darse un vistazo antes de bajar al gran salón a recibir a sus primeros invitados.

Se vio magnífico.

Llevaba un traje de color verde muy oscuro que hacía que su pelo, espeso, ligeramente ondulado y de un rojo vivo, destacara. Su rostro, de formas angulosas, era agraciado, y sus ojos

tenían una luz especial, un poco picara.

Su cuerpo también era muy llamativo, Muy alto, con los hombros anchos y la cintura estrecha. Era más fuerte que la media de los hombres que le rodeaban, pero no por un exceso de peso, sino porque sus músculos estaban más desarrollados de manera natural. Daba un aspecto entre fiero y protector que hacía que todas las mujeres lo desearan.

Y él lo sabía y lo había utilizado hasta entonces.

Pero aquel día solo lo iba a utilizar con una persona, con Moon Smith. Y no para un flirteo inocente, o para una velada de sexo esporádico, no, él la quería entera, para él.

Y solo para él.

Dándose un último vistazo satisfecho, salió de su cuarto sonriendo y convencido de que todo iba a salir como deseaba.

Capítulo 19:

El gran salón donde se iba a celebrar el baile estaba espectacular. Siempre lo estaba, pero esta vez le dio la sensación a Ackerly de que lo estaba aún más. Lewin y miss Hunter se habían esmerado especialmente y tanto el color elegido para tapar con telas los muebles de diario, un dorado brillante, como la cantidad de luces que habían añadido, más de las habituales, le daban al lugar un aspecto de palacio real.

El baile que su madre había organizado anualmente y que él había heredado, siempre había tenido ese halo de baile especial, precisamente porque la fallecida duquesa se había esmerado mucho en que lo fuera. No en vano, aquel baile había sido el proyecto de su vida. Ackerly pensaba a veces que se había tratado de un proyecto que había sido más importante que su propio hijo.

Por tanto, todos los criados estaban preparados para atender de la manera más excelente posible. ¿Por qué esta vez a Ackerly le daba la sensación de que, aunque pareciera imposible, todo estaba mejor organizado?

La respuesta había que buscarla en su propia ilusión, en las ganas que tenía de que todo saliera perfecto. Era su mirada la que había cambiado.

Hasta entonces, aquel baile había sido tan solo una obligación, aquel día estaba siendo algo deseado.

Por eso también su actitud a la hora de recibir a los invitados estaba siendo diferente, respetuosa, elegante y regia, como siempre, pero también más cálida. Varios invitados, después del saludo oficial, al alejarse de él, lo estaban comentando.

—Este joven es cada día más encantador — le comentó una anciana duquesa a su

acompañante, en voz demasiado alta, ya que había perdido mucho oído y, por tanto, haciendo que sus palabras resonaran en todo el salón.

Pero también hubo otros comentarios divertidos, como el de dos jovencitas en edad casadera, que, retiradas en una esquina del salón, vigilaban el besamanos sin quitarle ojo a él:

—Está cada día más guapo —le comentó una y, rauda, la otra, le respondió:

—Eso es imposible.

Acabando ambas con una carcajada contagiosa que también se extendió por todo el salón.

Ackerly, ajeno a lo que se comentaba, seguía concentrado en el besamanos, sacando su mejor versión de él, pero con un ojo en la puerta de entrada, ya que esperaba con ansia la aparición de Moon.

Ella iba a venir con Nicholas y Lizzy y Nicholas no era precisamente la persona más puntual del mundo. Aunque Lizzy, que sí lo era, estaba cambiando a su marido, Ackerly sospechaba que respecto a la puntualidad no había nada que hacer e iban a ser de los últimos en traspasar la puerta de entrada del salón de baile.

Sus presunciones se quedaron cortas, porque Ackerly, Lizzy y Moon fueron los últimos en entrar, a pocos minutos de que la orquesta diera inicio al baile y cuando Ackerly, que siempre mantenía la calma, había empezado a perder los nervios.

Eso sí, en cuanto divisó sus figuras entrando por la puerta, volvió a sentir aquella corriente de energía alegre y de paz que le había recorrido cuando había decidido que Moon entrara en su vida.

Y solo tuvo ojos para ella.

No se fijó en el ceño fruncido de Lizzy y la cara de culpabilidad de Nicholas, producto ambas del enfado que habían tenido un momento antes precisamente por la mala costumbre de Nicholas de llegar tarde.

Solo se fijó en Moon.

Estaba espectacular. Llevaba un vestido de seda de color amarillo intenso que hacía que

su piel oscura destacara aún más. Era un vestido de formas muy sencillas y limpias: un escote redondo, mangas cortas en forma de farol, el cuerpo ajustado marcando sus curvas, la cintura estrecha y una falda amplia, en forma de campana, pero la tela era de excelente calidad y no hacía falta nada más para hacerla destacar.

El color de su piel, el color de su vestido, su cuerpo espijado, flexible y femenino, y su forma felina de moverse, hicieron que todos los ojos se centraran en ella, Hicieron que pareciera la reina del baile.

Su reina.

Si, eso fue lo que pensó Ackerly, que aquella chica estaba hecha para él, y para ser presentada en aquel baile.

Por eso, cuando los tres se acercaron a saludarle, Ackerly, después de saludar afectuosamente a Nicholas y Lizzy, que ya empezaban a relajarse y, al parecer, a dejar atrás su pequeño desencuentro, no tuvo ningún reparo en centrarse en Moon.

No tuvo ningún reparo en saludarle más afectuosamente que al resto. Ni en decirle en alto, de forma que los que estaban cerca lo oyeron perfectamente:

—Hoy solo voy a bailar contigo.

Capítulo 20:

En ese momento la orquesta, como si él lo hubiera organizado así adrede, comenzó a tocar la primera pieza y él, sin duda, rodeó con su brazo la cintura de Moon y se puso a bailar.

Normalmente el inicio del primer baile era más formal. La primera pieza se escuchaba solo, sin baile, era como la nota de salida para avisar a todos de que aquello había empezado. Luego, mientras esa pieza sonaba sin bailarines, se ponían en el centro las parejas que iban a bailar y, cuando acababa esa primera pieza y empezaba la segunda, al unísono, todos daban comienzo al baile.

Ackerly, con su gesto, había roto aquel protocolo, por eso, mientras ellos danzaban en el centro solos, un murmullo de sorpresa se extendió por toda la sala.

De sorpresa porque se había roto el protocolo, pero también porque nadie sabía quién era aquella chica. Y, finalmente, por la chica en sí, ya que tenía un color de piel insólito entre la alta sociedad.

Pero el desconcierto duró poco, al menos de manera pública,

Si algo bueno se puede decir de la nobleza es que saben mostrar su educación cuidada en toda ocasión, incluso en la más extraña.

Esta vez así ocurrió. Tras el desconcierto inicial, el murmullo se fue apagando y, finalmente, cuando la pieza acabó, el resto de bailarines se situó en el centro, como correspondía, y empezaron a bailar todos al unísono, al ritmo la música y haciendo que Ackerly y Moon se diluyeran entre el resto de bailarines.

El baile transcurrió así, sin mayores sobresaltos, y tan solo con la curiosidad de que Ackerly cumplió lo dicho al inicio: solo bailó con Moon.

A partir de la tercera pieza todas las chicas que habían suspirado por conseguir un baile con él se rindieron a la evidencia y desistieron de conseguirlo.

El resto de adultos tuvo claro que aquella chica era especial para Ackerly y que se estaba cociendo algo entre ellos, quizá un compromiso cercano, pero, como tenían excelente educación, siguieron comportándose como si todo fuera normal y dieron por supuesto que tarde o temprano se enterarían de qué había entre aquellos dos.

Entre todos los asistentes había una en particular que disfrutó del acontecimiento, ya que, aunque había entrado con el ceño fruncido, en cuanto su amiga había empezado a bailar con Acky, su expresión y su humor cambiaron: era Lizzy.

Capítulo 21:

Moon llevaba varios días viviendo en estado de asombro. Ni en sus sueños más atrevidos habría imaginado que pudiera ser protagonista de una historia de amor. Se había preparado para el baile con una ilusión como no había sentido nunca antes. Lizzy, que también estaba muy contenta con la noticia de que iba a acompañarles al baile, se había volcado en ella.

—Tienes que venir a dormir a mi palacio dos días antes, para que podamos preparar tu ropa y tu peinado —le había dicho, entusiasmada, cuando se había enterado de la noticia.

Y ella se había dejado llevar por ese entusiasmo también.

Ackerly Cameron había conseguido algo impensable unas semanas atrás, que Moon bajara las defensas que mantenía siempre en alto y que poco a poco apareciera su verdadero ser: una joven soñadora, dulce y deseosa de amar y ser amada.

Había pasado los dos días en el palacio de Lizzy entre risas y preparativos, viviendo una realidad nueva y maravillosa para ella.

Los temas de conversación no habían sido un monólogo continuado de Lizzy sobre temas políticos y de justicia social, como había sido hasta entonces en su relación. Su mejor amiga también había cambiado y ahora le interesaban aspectos más femeninos, como la elección de telas para vestidos o cuáles eran los perfumes más fragantes y delicados.

Bueno, lo cierto era que Lizzy continuaba siendo Lizzy y su carácter indomable y sus intereses surgían por doquier. Le había obligado a Nicholas a cambiar los uniformes de los criados por otros menos envarados y más cómodos, y también había cambiado sus horarios de

trabajo para que tuvieran los merecidos descansos y para que todos pudieran disfrutar de sus familias y aficiones.

Aquello era anómalo entre la alta sociedad, pero Nicholas había aceptado porque amaba a su mujer por encima de todas las cosas.

Ahora bien, no solo le había cambiado ella a él, quizá el cambio más llamativo había sido al revés. Y la señal más evidente era cómo están reaccionando ante el baile al que iba a ir Moon:

—Tienes que probar con esta tela.

Moon no daba crédito al principio, al ver cómo Lizzy se dedicaba a aconsejarle sobre algo que anteriormente le habría producido rechazo, pero se dejó llevar y, al final, hasta se atermió con un color, el amarillo intenso, que jamás se había atrevido a imaginar siquiera sobre su piel.

Todos los preparativos y la excitación de Lizzy y su obsesión con que fuera bien vestida eran por una razón: por la posibilidad de que Ackerly estuviera interesado en Moon, la posibilidad de que quisiera casarse con ella, como Nicholas lo había hecho con Lizzy. Pero en los dos días que compartieron bajo el mismo techo ni una de las dos lo mencionó explícitamente, sobrevolaba en el aire, pero ninguna quiso mencionarlo.

Para Lizzy era impensable hablar abiertamente de aquel interés por el matrimonio, cuando toda su vida había despotricado en contra. Estaba ilusionada, se veía, pero no iba a reconocerlo.

Y la para Moon.... Moon, internamente, había abierto la puerta a esa posibilidad. Cuando estaba en soledad, por la noche en su habitación, o por la mañana recién despertada, por primera vez en su vida se dejaba llevar y se imaginaba siendo la esposa de Ackerly. Pero en compañía no se atrevía a decirlo, así que Lizzy y ella pasaron dos días alegres y divertidos, manteniendo la estrecha amistad que habían tenido siempre, pero comportándose de manera diferente a la habitual.

Finalmente, llegó la noche del baile y Moon llegó al palacio del Duque de Milburn

nerviosa y radiante con una no menos nerviosa Lizzy escoltándola a un lado. Por suerte Nicholas, que era el único de los tres que estaba acostumbrado a esos eventos, fue quien mantuvo la calma y las llevó a ambas al interior, aunque fuera tarde, con la tranquilidad y saber estar acostumbrados.

Y luego todo se desarrolló vertiginosamente y de la mejor manera posible para Moon.

Ackerly la vio nada más atravesar la puerta de entrada, al igual que ella le había visto a él, y se la quedó mirando con una intensidad que la dejó sin aliento.

Por un momento pensó que no podría dar un paso más, ya que su cuerpo entero empezó a temblar, pero no de miedo, sino de emoción.

Como tenía a Nicholas agarrándola del brazo por un lado y a Lizzy por el otro, pudo continuar la marcha, pero fue acercándose sin poder quitar la mirada de la mirada de Ackerly, que seguía fija en ella.

Luego vino el saludo de rigor, que comenzó con Nicholas y Lizzy, muy afectuoso el primero, como correspondía a su mejor amigo, más frío el segundo, estaba claro que aún quedaba tiempo para que la desconfianza entre Ackerly y Lizzy se diluyera. Pero en cuanto acabó de saludar a ambos, Ackerly volvió a fijarse en ella y la intensidad de su mirada, a tan poca distancia hizo que le temblaran las piernas de nuevo.

De emoción.

De deseo.

No tuvo tiempo de preocuparse por cómo iba a reaccionar, él tomó el mando, le dijo una frase que resonó en todo su cuerpo como música delectas: “Hoy solo voy a bailar contigo” y, sin darle tiempo a reaccionar, la agarró por la cintura y comenzaron ambos a dar vueltas por la pista al son de la música, como si fueran una sola persona.

Y Moon pensó que nunca había sido tan feliz y que todos los sufrimientos de su vida habían merecido la pena si el objetivo había sido llegar a ese momento y ese lugar.

Capítulo 22:

Se equivocó, se dio cuenta enseguida.

Aquel no había sido el mejor momento de su vida, sino el inicio tan solo, ya que las cosas no hicieron más que mejorar y mejorar, haciendo que su corazón se ensanchara y las mariposas que aleteaban en su estómago tomaran posesión de todo su ser, llenándola de paz, alegría y amor.

La primera pieza de baile la hicieron en silencio, dejándose llevar por lo que sentían, porque Moon tampoco tuvo dudas de que Ackerly estaba sintiendo lo mismo que ella o algo muy parecido. Sus ojos también brillaban mientras la miraba y la forma en que se acoplaba a ella y a la música era mágica. Sí, no había duda de que él estaba viviendo algo excepcional, como ella.

Pero la primera pieza acabó y, en vez de acabarse la magia, no hizo más que acrecentarse.

—Me alegro de que hayas venido Moon, estaba esperándote, solo a ti.

La voz grave y un poco ronca de él fue lo primero que rompió el silencio que les había envuelto. Él aprovechó que estaban bailando un minué tranquilo y sosegado, rodeados ya por otras parejas, y se lo dijo justo antes de separarse al ritmo del baile, para dar una vuelta sobre sí mismos y cruzarse con otra pareja de baile. Cuando, siguiendo los pasos, volvieron a estar frente a frente, ella ya se había recuperado de la impresión de oírle aquello y fue capaz de contestarle:

—Yo me alegro de haber venido.

Y sonrió y, de nuevo, pareció una luna llena alumbrando la noche.

Capítulo 23:

—¿Salimos a dar un paseo?

Ackerly llevaba un rato hablándole mientras bailaban. Sin perder el ritmo de la música, sin perder ni una gota la coordinación que llevaban, sin perder esa sensación de ser una sola persona fluyendo a través de la pista de baile, Ackerly había conseguido mantener una conversación con ella.

Una en la que él había dirigido los temas, con su voz grave y aterciopelada, y ella se había limitado a contestar con monosílabos y miradas de admiración y felicidad:

“Estas preciosa, Moon”, “Ese color te hace brillar, como la luna en la noche”, “Me alegro de haberte conocido”, eran las frases que le había ido soltando, entre minués y vals, frases que ella había respondido con escuetos “gracias”, yo también” y muchos “síes”.

Ahora, Moon ya no era una joven extraña y misteriosa, era la jovencita que siempre había sido, una joven que quería decir sí.

Pero cuando llevaban más de seis piezas seguidas bailando y se habían convertido en la comidilla del baile, Ackerly le había soltado aquella última frase, acercándose aún más a su oído, de modo que su aliento cálido y suave le había producido cosquillas, no solo en el propio oído, sino en el cuello.

Y en su cuerpo entero:

—Si, me encantaría.

Había respondido ella, con la frase más larga que había sido capaz de soltar desde que estaba entre sus brazos.

Y entonces los músicos habían parado de tocar y habían anunciado un breve descanso de quince minutos antes de volver a hacerlo.

Estaba claro que Ackerly conocía perfectamente el programa del baile y por eso su propuesta había llegado en el momento adecuado.

También supo reaccionar adecuadamente al revuelo que se montó a su alrededor, cuando los músicos hicieron su anuncio, con todo el mundo moviéndose a su alrededor, unos queriendo ir a las toilettes, otros al jardín y muchos otros reunidos alrededor de la gran mesa con viandas, colocada en un extremo del salón y servida con pulcritud y profesionalidad extrema por los sirvientes de Ackerly.

Moon se sintió un poco desorientada con tanto ajeteo a su alrededor, pero Ackerly consiguió tranquilizarla con un solo gesto. Se mantuvo a su lado, recto, sin moverse, como si fuera un soldado protegiéndola, aunque en actitud relajada, una actitud que mostraba que él era el dueño del lugar y sabía lo que hacía:

—Vamos a esperar un poco a que se sitúe todo el mundo y te llevaré a una parte preciosa del jardín que solo conozco yo.

Le había dicho con un susurro, haciendo que ella se pegara un poco más a él, como buscando el refugio que sentía junto a él siempre.

—Maravilloso baile, amigo ¿Venís a tomar un ponche con nosotros?

La voz de Nicholas había roto ese momento íntimo, pero Ackerly supo responder adecuadamente:

—Seguro, tomaremos ese ponche, pero ahora voy a dar un pequeño paseo con Moon por el jardín, necesitamos un poco de aire puro. Luego nos uniremos a vosotros.

Nicholas alzó una ceja en señal de sorpresa, pero sin pronunciar nada en alto.

Lizzy, cosa extraña en ella, tampoco pronunció palabra, Eso sí, adornó su encantador rostro con una sonrisa preciosa. Y pícara. Y divertida. Y al pasar junto a Moon, cuando ya se dirigía con su marido a la zona donde servían el ponche, le apretó fugazmente la mano, dándole a entender que sabía lo que estaba ocurriendo y que estaba contenta por ello.

—No me puedo creer lo que está pasando.

Le dijo a su marido cuando ya se habían alejado unos pasos y la pareja no les podía escuchar.

—Sí, es sorprendente... —le respondió Nicholas, dando a entender que le había entendido perfectamente, pero con un tono menos entusiasta, que anunciaba lo que dijo a continuación —y, de hecho, no me lo creo —soltó , de manera más grave.

Lizzy se paró en seco y miró a su marido con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

—Que puede que nos esté pareciendo algo que no es...

—Nicholas, ¿por qué tienes que aguar la fiesta? Moon se ha enamorado de Ackerly y Ackerly de Moon y esto va acabar como ha acabado lo nuestro, de la mejor manera posible.

Y, aunque en un principio se había puesto seria por el jarro frío que acababa de soltar Nicholas, al decir lo último, se puso de puntillas y lo besó suavemente en los labios.

Porque lo que les había pasado a ellos dos era lo mejor posible. Lo más maravilloso.

—Me gustaría que fuera así, Lizzy, no sabes cuánto, pero hay algo que no encaja.

—Oh, no seas aguafiestas...—empezó ella, con gesto mohíno, pero luego, preocupada por lo que su marido estuviera viendo y a ella se le estuviera escapando, le preguntó —Venga, cuéntame qué te da miedo.

—Tú crees que Ackerly se ha enamorado de Moon y va a pedirle matrimonio.

—Si, claro, lo veo yo y lo ve todo el mundo: solo ha bailado con ella y ahora van a dar un paseo solos por el jardín...

—Está claro que él está interesado en ella, pero eso no quiere decir que vaya a casarse con ella.

Lizzy se quedó un momento en silencio y luego, con sus ojos echaban fuego, soltó:

—¿Quieres decir que quiere abusar de mi amiga? ¿que quiere deshonorarla?

—No Lizzy, no creo eso. Ackerly es un caballero, no va deshonorando jovencitas por ahí. Estoy seguro de que sus intenciones son buenas, pero no termino de ver claro que sean

intenciones matrimoniales.

—No sé qué otras intenciones buenas puede tener y tampoco sé por qué te niegas a que pueda ser lo más evidente: el matrimonio.

Ackerly obvió la primera parte de lo que acababa de decir Lizzy y le contestó a la segunda:

—Es extraño que un hombre que se ha negado a casarse con jóvenes bellas y de buena posición, que es famoso por defender que aún le faltan diez años para sentar la cabeza y que lleva amoscado conmigo desde que me casé contigo, precisamente por haberme casado, es extraño, repito, que él vaya ahora de cabeza hacia un matrimonio imprevisto y rápido con alguien como Moon. No niego que le gusta, pero casarse así... es extraño en Ackerly.

—Oh, vamos Nicholas, es igual que tu, Y tu lo hiciste conmigo. ¿Cómo puedes dudar de algo que has vivido tú mismo? Simplemente ha encontrado su mitad, como ocurrió con nosotros y cuando eso sucede, lo que parecía imposible o una locura se hace realidad.

—A nosotros nos costó darnos cuenta, hubo muchas disputas antes. Y que algo excepcional suceda una vez es señal de lo difícil que es que vuelva a ocurrir. Es excepcional. Somos excepcionales.

Al decir esto, se agachó y la besó, con más pasión que un momento antes. Y cuando se separaron decidió zanjar el asunto lo mejor posible:

—Pero puede que tengas razón Lizzy ¿Por qué no?

—Si, yo siempre tengo razón Nicholas, ya lo sabes.

Terminó ella y soltó una carcajada a la que se unió el, antes de volver a fundirse en un beso.

Capítulo 24:

Ackerly y Moon, eran ajenos a la conversación que estaban teniendo sus amigos y estaban los dos concentrados uno en el otro únicamente.

Moon ya no tenía dudas sobre sus sentimientos y sus deseos: se había enamorado de aquel Duque grande y había recuperado la esperanza y la Moon que había estado agazapada en su interior toda su vida.

Y, lo mejor de todo: ya no tenía miedo a ser abandonada, algo que Ackerly le hacía confiar.

Algo no, sino la forma de mirarla: nadie la había mirado así jamás en la vida. Era el mismo tipo de mirada que le estaba dirigiendo ella a él, una mirada de admiración, felicidad y paz, todo a la vez, una mirada que decía que que todo estaba bien, que estaban en el lugar que tenían que estar, con la persona que tenían que estar. Una mirada antigua y nueva al mismo tiempo: la mirada del amor.

—Cerca está el parterre de las rosas, James, el jardinero, se esmera mucho en él, dicen que es una de las rosaledas más bonitas de Londres.

Era la primera vez que hablaba desde que habían salido al jardín y sus palabras acariciaron a Moon como si lo hubiera hecho con sus dedos.

—El olor es maravilloso —dijo ella, sin poder evitar que una nota de emoción alterara un poco su voz.

—Si vamos hacia el interior, el olor se intensifica. Hay un templete con asientos, estaremos más tranquilos.

Ackerly señaló un pequeño camino que pasaba desapercibido y que se adentraba hacia la

rosaleda. Efectivamente, daba la sensación de que por allí no había nadie.

Hasta ese momento habían paseado por la zona del jardín más cercana a la salida del gran salón, con bastante gente a su alrededor. Como hacía una noche de temperatura agradable, una parte de los invitados, la mayoría parejas como ellos, habían salido al jardín y paseaban cerca de ellos.

Moon se había sentido en todo momento la única persona del mundo junto a Ackerly, pero lo cierto era que no habían estado solos en ningún momento. Lo que él le acababa de proponer cambiaba las cosas: si dentro de la rosaleda iban a estar solos, la situación iba a ser más comprometida.

Pero no tuvo ni una duda, confiaba en él:

—Sí, me gustaría ver la rosaleda por dentro.

Le contestó, emocionada.

Efectivamente, en cuanto se internaron por el pequeño camino, quedó claro que iban a estar solos. Muchas parejas habrían ansiado encontrar un lugar privado y encantador como aquel, pero como la entrada estaba muy disimulada, nadie se percataba de lo que había al otro lado.

Y lo que había era una rosaleda maravillosa que llegó a Moon a través de la luz de la luna y de la fragancia maravillosa que producían los cientos de rosas que los rodeaban.

—Mira, ahí está.

Habían atravesado los primeros rosales en silencio, dejándose acunar por lo que estaban sintiendo, hasta que Ackerly rompió de nuevo el silencio señalando un punto.

La única luz que los alumbraba era la de la luna, que estaba llena, pero era suficiente para ver lo que él había señalado. Efectivamente, allí había un templete, con pequeñas columnas de hierro trabajadas elegantemente en forma de zarcillos de hiedra y coronado por un tejadillo redondo de madera. El templete estaba elevado ligeramente en el terreno, para acceder a él había que subir tres escalones que rodeaban la pequeña construcción.

Todo el templete estaba adorado también por hiedra real, que desde el tejado dejaba caer ramas que abrazaban las columnas y ocupaban parte del espacio libre de acceso, como una

cortina no muy tupida de verdor.

Era naturaleza libre, pero aquello no había brotado de manera descontrolada, se notaba que detrás estaba la mano de un jardinero experto que había sabido crear la atmósfera perfecta entre el orden y lo salvaje.

El lugar, en medio de la rosaleda, invitaba a acceder a él, y es lo que hicieron ambos. Subieron los escalones agarrados del brazo, como habían hecho todo el paseo y cuando llegaron arriba Moon se llevó otra sorpresa.

Tal y como le había dicho Ackerly, en el lugar había una zona para sentarse, pero no era como ella la había imaginado. No se trataba de un banco de forja y madera, como la construcción, sino de mullidos cojines, gruesos, rellenos de suavísimo plumón y con unas telas de colores diferentes, donde abundaba el rojo vivo y el azulpavo real, algún amarillo y dos o tres verdes brillantes. Cojines mullidos que no estaban sobre ningún mueble, sino sobre el suelo.

Bueno, para ser exactos, sobre la alfombra de estilo persa que cubría todo el suelo del templete.

Fue la primera vez que Moon vaciló desde que había empezado a bailar con Ackerly. Se paró en seco y lo miró, interrogante. Aquello parecía más un lecho que un inocente espacio de relajación al aire libre.

—Sí, es extraño, pero es muy cómodo y estaremos bien —empezó Ackerly a contestar la pregunta que ella no había formulado en alto pero él había leído en sus ojos —no lo decoré yo, sino mi madre.

—¿Tu madre? —respondió Moon, asombrada y empezando a relajarse. Si toda una Duquesa respetable había decorado aquel lugar así, no podía ser algo indecoroso.

—Mi madre era una persona muy tradicional, pero también era curiosa y le gustaba mucho la decoración. De niña había tenido una nanny que provenía de Persia. Ella le había contado cuentos en los que las personas se sentaban en el suelo y le hablaba de las maravillosas alfombras persas y las ricas telas con brocados y terciopelos. Su rigidez y saber estar perfectamente ingleses chocaban un poco con aquellos sueños de niña, pero cuando se casó con

mi padre y se hizo la dueña de este magnífico palacio, dejó de lado sus reticencias y decidió que quería un espacio en su casa para recrear esas atmósferas que había escuchado de niña. Por supuesto, no iba a hacerlo dentro del palacio, donde todo tenía que ser y estar como convenía en el palacio de un duque, por eso lo reservó para el exterior. Un lugar a la vista de todo el mundo. Un lugar que nadie iba a ver escandaloso precisamente por eso, porque era público. De hecho, lo he usado muchísimo de niño, era mi lugar favorito, donde venía jugar, donde alguna vez mi madre me contaba cuentos y a donde vengo hoy en día cuando quiero descansar y no pensar en nada que me preocupe.

Monn se tranquilizó del todo. Aquella explicación tenía lógica. Por un momento pensó que le habría gustado conocer a la Duquesa fallecida, que había sido capaz de crear un lugar tan especial y alejado de las convenciones sociales, aunque si era cierto que en público había sido tan rígida y apegada a hacer las cosas como deben ser, seguramente no la habría recibido bien, siendo ella una mujer pobre y con orígenes deshonrosos. Era curioso que alguien pudiera ser tan innovador y, al mismo tiempo, tan tradicional.

Seguramente Ackerly habría heredado de alguna manera aquellas características de su madre, y por eso había sido capaz de fijarse en ella, pese a ser todo un Duque para quien debería haber sido invisible.

En aquel momento, Ackerly cortó aquellos pensamientos con una nueva invitación:

—Vamos a sentarnos.

La voz de Ackerly sonó diferente esta vez, grave, como era, pero también con un deje final ronco. Un tono que hizo que las mariposas que habitaban en el interior de Moon desde que se había agarrado a su brazo, comenzasen a danzar y agitarse aún más. Una sensación nueva para ella, deliciosa, pero también un poco inquietante.

Ackerly había señalado a la zona más recogida del templete, una zona donde el espacio que en el resto del templete estaba abierto, se encontraba protegida con una celosía de madera circular. Ahí no caían las ramas de hiedra, sino que estaba lleno de cojines, en más cantidad que en el resto de la pequeña estancia, era un lugar que invitaba a sentarse sobre aquellos cojines y

relajarse. Seguramente era el lugar en el que Ackerly se relajaba y dejaba de pensar en sus preocupaciones, tal y como le había contado.

También era un lugar al que una dama de buena familia no se acercaría con ningún caballero si estaban a solas. A pesar de provenir de un entorno en el que aquellas normas sociales sólo provocarían carcajadas, ella no era como su madre y sus compañeras en el puerto y conocía perfectamente lo que estaba bien y lo que era preferido evitar, pero Ackerly le daba confianza. Hasta ese momento se había comportado como un caballero y estaba segura de que así iba a continuar.

Se soltó de su brazo y en su lugar se agarraron los dos de la mano, en un gesto más íntimo, pero también totalmente natural. Cuando llegaron a la zona de los cojines, Ackerly le ayudó a agacharse y acomodarse y se sentó a su lado:

—Así no — le dijo él, señalando las piernas de ella que, aunque estaban bajo la falda del vestido, se adivinaban colocadas de forma lateral, un poco dobladas y pegada una a la otra, haciendo que su postura fuera un poco extraña y quedara más ladeada que sentada.

En su lugar, Ackerly le estaba invitando a sentarse como estaba sentado él, con los muslos abiertos y las pantorrillas cruzadas una sobre la otra, en una posición que ella había visto en grabados que representaban a personas que vivían en oriente.

Una posición en la que la parte más íntima de las personas quedaba expuesta, aunque fuera tapada por la tela de las ropas.

Se puso roja como la grana. Para empezar, por el mismo Ackerly, que sentando en esa posición seguía siendo igual de atractivo e imponente, pero también mostraba el abultamiento en el centro de su pantalón.

Un abultamiento evidente.

Él estaba relajado y quedaba claro que no estaba en esa postura para provocar en ella la turbación que estaba sintiendo, pero ella no era capaz de relajarse. Era todo, era estar con él a solas, en aquel lugar maravilloso y tranquilo, sobre aquellos cojines que parecían nubes de algodón, con el suave aire cálido acariciánolos, la fragancia de las rosas llenando su espíritu, el

canto lejano de algún pájaro nocturno... y aquel abultamiento.

Para quitar de su mente aquellos pensamientos perturbadores, decidió hacerle caso a Ackerly y acomodarse ella también de igual manera. Al fin y al cabo, tenía una falda enorme y, al contrario de lo que había ocurrido con él, ella no dejaría adivinar nada de sus formas bajo la falda.

Lo hizo y descubrió sorprendida dos cosas: una, que era una postura mucho más cómoda que la anterior, se sintió más conectada a la tierra y, al mismo tiempo, más relajada y libre, pero, por otro lado, a pesar de las capas de ropa, se sintió mucho más expuesta.

De hecho, más que expuesta, lo que sintió por primera vez, de manera evidente, fue una parte de su cuerpo a la que no le había prestado nunca atención: su sexo.

Al abrir la piernas de aquella manera, entre su sexo y el exterior ya no había ninguna barrera dentro de su cuerpo. Y no solo eso, sino que al estar sentada frente a Ackerly, aquello hacía que sus sexos, de alguna manera, estuvieran conectados.

Moon sintió, de hecho, esa conexión como si fuera algo físico. Notó una corriente de energía cálida, casi ardiente, que los conectaba a ambos casi como si estuvieran tocándose.

Y tuvo impulso de hacer dos cosas, contradictorias:

Cerrar de golpe sus piernas, y alejarse de aquella corriente y de Ackerly.

Acercarse a él más y hacer que el contacto fuera real y físico. Cuerpo contra cuerpo, sexo contra sexo.

No hizo ni una de las dos cosas. La segunda habría sido la que su madre habría hecho, la primera, la que habría hecho la Moon que había sido hasta hace unos días, una Moon opuesta a su madre de manera intensa.

En su lugar, tomó la tercera vía, la de la nueva Moon. Se quedó como estaba, aguantando aquella energía, sin caer en ella, y diciéndose a sí misma que estaba con Ackerly y nada malo iba a pasar.

Confirmando que aquella idea no era solo un deseo sino una realidad, Ackerly empezó a hablar de nuevo, con la calma y seguridad con la que lo hacía siempre y dejando traslucir tan

solo la cadencia un poco ronca de su voz que había aparecido al llegar al templete:

—Moon, me gustaría saber más de ti, quién eres. De mi todo se sabe, soy el hijo de una familia noble que no hace más que seguir el llamado de la labor que debe continuar por los siglos de los siglos: ser un lord y un Duque como se debe ser. Mi vida no tiene misterio, hasta se puede seguir en las gacetas que se publican: mi nacimiento, mi presentación en sociedad, la muerte de mis padres, mi primera sesión en la cámara de los lores, todo ha sido publicado en gacetas y periódicos y todo ha sido “como debe ser”, pero también muy aburrido. Tu, sin embargo... ¿quién eres Moon? —dijo, inclinándose un poco hacia ella con curiosidad sincera.

Monn respiró hondo. Nunca había hablado con nadie de su pasado y, por muy bien que estuviera junto a Ackerly y por mucho que confiara en él, no estaba segura de querer contarle su sórdida niñez.

Tenía miedo.

De alejarlo de ella.

Tenía miedo.

de abrir la puerta a la desesperación y la desesperanza de nuevo.

—Tuve una niñez dura, sin padre y con una madre que lo mejor que hacía era estar ausente. Logré escapar de ella gracias a Mary Cooper y el refugio y, desde entonces, he sido feliz y me he sentido protegida.

Consiguió contarle todo sin contarle nada y se quedó satisfecha, ya que había conseguido mantener la puerta cerrada, no estaba sufriendo.

Pero Ackerly, que había asentido mientras ella hablaba, aún quería saber algo más, y le hizo una pregunta.

La pregunta:

—¿Dónde vivías?

—En el puerto.

Contestó sin pensar, de manera automática, pero inmediatamente se arrepintió. En realidad, le había dado a Ackerly suficientes pistas para que adivinara el horror de su vida y la

profesión de su madre : hija sin padre, madre ausente la mayor parte del tiempo y empeoramiento de la situación cuando estaba presente. Ackerly no había preguntado por el lugar en el que vivía como podía preguntar cualquier otra cosa, no, iba en busca de una confirmación y Moon se la acababa de dar.

“En el puerto”, le había dicho, y él había confirmado sus sospechas:

En el lugar en el que vivían los niños sin padre porque sus madre ausentes eran prostitutas.

Y Ackerly, muy serio de golpe , tan solo dijo, ya sin tono ronco en su voz.

—Entiendo.

Y de repente, para Moon, desapareció la luz.

Capítulo 25:

Empezó a respirar con dificultad, agitada, llevando sus pulmones hasta el límite pero sintiendo al mismo tiempo que se ahogaba.

La puerta del abismo se había abierto, de par en par, y al otro lado había aparecido su vida pasada, como si fuera presente y también, y mucho peor, la posibilidad de perder a Ackerly.

De repente, era como si fuera de nuevo una niña pequeña abandonada y maltratada. De repente, era como si su vida en el refugio hubiera sido un sueño y no fuera una mujer adulta protegida, con una vida decente. Como si no tuviera a Mary y a Lizzy y a Judith, como si siguiera sola, pasando hambre y frío.

Pero, sobre todo, de repente era la pérdida de la esperanza de nuevo. Y la pérdida de Ackerly, que se había convertido en su oasis, en su refugio, en su destino.

Todo eso le estaba provocando un colapso mental y emocional. Llevaba toda su vida disimulando, aguantando, haciéndose fuerte, pero ahora no podía.

Sin embargo, cuando parecía que su mundo se derrumbaba sin remedio, ocurrió algo inesperado que le devolvió al paraíso.

—No me importa de donde vienes, Moon, me importa quién eres, y eres mi luz.

¿Aquello estaba ocurriendo de verdad? Moon, aún afectada por lo que acababa de sucederle, se sentía incapaz de asimilar el mensaje maravilloso que Ackerly acababa de transmitirle. Solo fue capaz de decir su nombre el alto, pero con voz muy suave, como un susurro, como una plegaria:

—Ackerly.

Y él entendió que las palabras no eran suficientes, que Moon necesitaba algo más para

salir del estado en el que estaba. Entonces Ackerly se levantó, dio los dos pasos que le separaban de ella, se volvió a agachar y mirándola de una manera como no le había mirado nadie, le dijo:

—¿Puedo?

Y abrió sus brazos.

Moon entendió lo que estaba ocurriendo, Ackerly le había pedido permiso para abrazarla.

Nadie la había abrazado jamás. Era algo difícil de entender, pero era la realidad, así que al principio no fue capaz de responder.

Por eso Ackerly repitió su pregunta “¿puedo?” con una sonrisa de cariño, y ella sí pudo, al menos, asentir.

Y entonces se hizo la luz.

Capítulo 26:

No era cierto que no la hubieran abrazado nunca. Suponía que en su nacimiento alguien la había cogido entre sus brazos, la prostituta que había ayudado a su madre a traerla al mundo, seguramente.

De niña también recordaba a un marinero retirado y alcohólico que frecuentaba a su madre, un hombre que había sentido compasión por ella y la había recogido del suelo cuando se había caído alguna vez.

También Mary la había abrazado el día que la había recibido en el hogar. Y con Judith y Lizzy había compartido algunos abrazos de amistad. Pero en todos esos casos se había tratado de abrazos rápidos y fugaces, amables y con cariño, pero nunca el abrazo que calma y acoge. El abrazo que es hogar y puerto seguro.

Y eso fue precisamente lo que sintió cuando se dejó estrechar por Ackerly.

Sintió que llegaba al hogar. A su hogar. Y que nunca le iba a pasar nada malo mientras estuviera allí. Y que siempre podría volver.

Sintió que su alma se llenaba de luz. Una luz suave e intensa al mismo tiempo. Una luz cálida. Como la que produce una hoguera en una chimenea.

Y notó los brazos fuertes de Ackerly bajo su traje de paño exclusivo. Unos brazos musculados pero al mismo tiempo mullidos y acogedores.

Y su olor.

¿Qué podía decir de su olor? que era maravilloso. Le recordaba al olor del pequeño bosquecillo cerca del barrio en el que había vivido, al que se escapaba de niña para buscar paz. Ackerly olía a madera noble, a aire limpio, a brisa de otoño, a nieve recién caída. Ackerly olía a

vida y a paz.

Poco a poco fue recuperando la respiración, sus pulmones aceptaron el aire, que entraba cálido gracias al cuerpo de Ackerly, su corazón se fue calmando, hasta que sus latidos se hicieron regulares y calmos. Hasta que sintió que se acompasaban a los de él.

Estaban sentados sobre aquellos cojines mullidos, uno en brazos del otro, sin hablar, rodeados del aire cálido de la noche y el canto de algunos pájaros nocturnos, y era el paraíso.

Permanecieron así, abrazados, un tiempo indefinido que a Moon le pareció una vida entera o un segundo tan solo. Porque el tiempo entre los brazos de Ackerly desaparecía y se convertía en una eternidad. Pero poco a poco iniciaron un movimiento nuevo. Lo hicieron los dos a la vez, sin soltar ni una palabra, pero sabiendo ambos lo que iban a hacer. Deseando hacerlo.

Sabiendo que era lo que había que hacer.

Moon apartó ligeramente su rostro del pecho de Ackerly, donde lo había tenido pegado hasta entonces y lo hizo para levantarlo y mirar a Ackerly. Fijó sus ojos de color miel en los ojos grises de él y la sensación maravillosa que le había envuelto desde que se había acurrucado entre sus brazos, aumentó, aunque pareciera imposible.

La mirada de él era tan cálida como su abrazo, era también su hogar y supo que todo lo que iba a venir a continuación iba a estar bien.

Así que hizo un pequeño movimiento ascendente, irguiéndose ligeramente para que su rostro se acercara al de él. Y él hizo el movimiento contrario y bajó un poco su rostro y sus labios estuvieron a punto de encontrarse.

Pero aún no.

Aún había que esperar a que él hiciera algo más.

subió su mano derecha, mientras mantenía el brazo izquierdo rodeándole la cintura, la acercó a su rostro y lo acarició. Con cuidado, con suavidad, pero también con detalle. Le pasó los dedos suavemente por la línea de la mandíbula, los pómulos, que eran altos y definidos, la frente, las mejillas, la nariz...y, finalmente, detuvo sus dedos índice y corazón en sus labios, que eran

llenos y gruesos. Mullidos.

Moon sintió la caricia sutil como un soplo de aire tibio y cerró los ojos, emocionada. Aquello, que aparentemente era una caricia casi inocente, le había encendido entera. sintió como una descarga eléctrica que pasó desde la punta de los dedos de él hasta todas las partes de su cuerpo,

Y suspiró.

Y entreabrió los labios, para que él los pudiera acariciar mejor.

Y él lo hizo. Recorrió los labios de ella con la misma delicadeza con la que había recorrido su rostro. Y ella se sintió desmayar, pero de felicidad. Volvía a tener la respiración agitada, pero ya no era una sensación angustiante, al contrario, era una agitación feliz.

Era tan intenso que necesitaba tener los ojos cerrados para poder manejar la situación. Y también para concentrarse tan solo en lo que sentía a través del tacto. Pero él no parecía estar de acuerdo.

De repente Moon sintió su aliento cálido junto a su oreja derecha, y la voz de él, suave y ronca de nuevo, le dijo:

—Abre los ojos.

Era una orden, tenía, de hecho, un punto autoritario en su voz, pero ella no lo sintió como una imposición, sino que supo que era una urgencia que tenía él. Y le hizo caso.

Y volvió a fundirse en los ojos de él, pero también en sus labios.

Se besaron, al unísono, y el mundo se convirtió en el paraíso.

Capítulo 27:

El beso al principio fue suave, como había sido todo el contacto físico que habían tenido hasta ese momento. Sus labios entraron en contacto como algo natural, como un afluente tranquilo incorporándose a un río más tranquilo aún, pero después de empezar a besarse, la corriente se empezó a volver más turbulenta, no como un remolino inesperado y peligroso, sino como una fuerza de la naturaleza, imparable y hermosa al mismo tiempo.

Mientras sus besos se empezaban a convertir en más urgentes e intensos, Moon sintió dentro de sí una energía nueva que la recorría de arriba abajo. Por un momento se sintió mar, el único mar que había conocido: el mar que había visto en los acantilados de Dover una vez que Mary le había pedido que le acompañara a hacer unas gestiones. Había ocurrido tres años atrás y aún guardaba en su retina y en su memoria la impresión que había sentido ante aquella masa de agua enorme, misteriosa y mágica.

Eso era lo que estaba notando dentro de sí mientras besaba y era besada por Ackerly, la misma energía que las olas chocando contra los blancos acantilados, la misma fuerza que hacía que el agua se convirtiera en espuela blanca y brillante de gotas iridiscentes.

Ante los acantilados se había quedado muda de admiración y asombro y solo había podido dejarse llevar por aquella sensación poderosa, y eso era lo mismo que le estaba ocurriendo ahora.

Ackerly era su hogar, pero también la entrada a sensaciones incontrolables y misteriosas, quizá peligrosas también, como el mar de Dover..., pero no le importaba, iba a dejarse llevar y disfrutar del momento. Bueno, no es que no le importara, sino que no podía hacer otra cosa: Ackerly era su lugar en el mundo, como refugio cálido en una noche de invierno o como mar

embravecido.

Por eso, a sus besos apasionados les unió sus manos que, en principio rodearon el cuello de él, para acercarlo aún más, pero luego, imitando el gesto de él, rodearon su cintura e hicieron que sus cuerpos se pegaran aún más, estando tan solo separados por las ropas que llevaban.

Sentir los músculos del torso de Ackerly sobre su propio pecho y su estómago le encendió aún más.

Estaba excitada.

Esa verdad apareció en su mente como algo indudable, como una certeza, aunque no sabía qué era exactamente lo que estaba sintiendo, supo ponerle nombre: estaba excitada. Le estaba ocurriendo aquello de lo que había oído hablar entre susurros a algunas chicas jóvenes del refugio, lo que había leído a hurtadillas en algún libro de la librería de Judith: estaba sintiendo el gozo de unirse con el cuerpo de un hombre.

Y era maravilloso.

Los labios de él soltaron en ese momento la presa de los labios de ella para empezar a recorrer, de forma suave y delicada, todo su rostro con besos, como había hecho poco antes con sus dedos. Al tenerlos libres, a Moon se le escapó un suspiro, casi gemido, que hizo sonreír a Ackerly.

Todo era suave y excitante y Moon no había pensado nunca que el contacto con la piel de otra persona pudiera producir tanto placer. Era maravilloso. Era mágico. Y quería más. Por eso, se pegó más aún a él, dificultando que él pudiera seguir besándole el rostro.

Pero a Ackerly no pareció importarle, al contrario, se dedicó a otra parte de su cuerpo: a su cuello. Y Moon descubrió que lo que había sentido hasta entonces no era nada, que se podía sentir más deseo de lo imaginable, que estar pegada a Ackerly no era suficiente, que necesitaba más, tenerlo dentro, que lo que había escuchado a las chicas o había leído en aquel libro no llegaba a explicar lo que estaba sintiendo ni en una décima parte, que....

Y de repente se quedó paralizada.

Había recordado algo.

La primera vez que había escuchado hablar del gozo cuando dos cuerpos se encuentran no había sido entre susurros en el refugio o en las páginas de un libro.

No.

La primera vez había sido mucho antes, en su casa en el puerto, cuando su madre y sus amigas, todas prostitutas, hablaban de su oficio.

Muchas veces, la mayoría, hablaban de malos tratos y dolor y abusos, pero alguna vez se escapaba algún suspiro y risas ahogadas, porque todas, alguna vez, habían disfrutado del acto que normalmente solo les producía dolor.

Todas.

Y recordar aquello, de repente, le hizo perder la magia.

Paró sus gemidos y suspiros, se separó un poco de Ackerly y cuando él la miró, extrañado, le sostuvo la mirada con aprensión. Tenía miedo de ser como su madre. Estaba a punto de perder su virginidad con un hombre al que acababa de conocer. ¿Se estaba comportando como su madre?

Pero una vez más, el agua volvió a su cauce. Ackerly no solo le había hecho sentir más felicidad y placer que nunca en su vida, sino que parecía leerle la mente, porque sin dejar de acariciarle el pelo con suavidad, le dijo:

—Tranquila Moon, no lo vamos a hacer aquí. Lo haremos bien. Lo haremos sobre un lecho. Con todo el tiempo del mundo. Con calma. Con cuidado. Y después de que tú misma lo pidas, porque lo deseas. Porque no puedes más.

—Y después de casarnos.

Capítulo 28:

Lo había soltado sin pensar, tranquilizada con las palabras de él, sabiendo que no se había equivocado, que Ackerly era un caballero, que lo que estaban haciendo no tenía nada que ver con lo que había hecho su madre toda su vida: vender su cuerpo y su dignidad. No, lo que le había ocurrido a ella con Ackerly había seguido el curso natural cuando dos personas se enamoraban y, finalmente, se casaban.

Como había ocurrido con su amiga Lizzy y con Nicholas.

Sin embargo,...

Sin embargo algo se torció.

Del todo.

La sonrisa que Ackerly había mantenido mientras le decía que no se preocupara, desapareció de su rostro. En su lugar, Ackerly le estaba mirando con el ceño fruncido. También había dejado de acariciarle el pelo, había bajado aquella mano, que ahora descansaba en uno de los cojines, y también había dejado de sujetarla por la cintura con el otro brazo.

De hecho, se había separado totalmente de ella y la miraba de hito en hito.

Moon no entendía qué había pasado, y lo miraba también, extrañada y con el corazón un poco encogido. Y entonces él le dio la pista de lo que había pasado.

—¿Casarnos?

Moon respiró un poco agitada antes de hacer la pregunta que más temía:

—¿No estabas hablando de casarnos?

—¿Cómo voy a hablar de casarnos? Soy un Duque y tú no eres nadie. Solo podemos ser amantes. Quería hacerte mi amante especial, fija. Mi única amante, pero, ¿casarnos?, ¿estás loca?

Capítulo 29:

Seguían en el templete, a lo lejos sonaba la música de la orquesta, que debía llevar un tiempo tocando de nuevo, aunque ella había estado tan metida entre los brazos de Ackerly que solo ahora se daba cuenta.

La música era maravillosa, un minué que conocía, delicado como una canción de Navidad. El aire seguía siendo cálido y el lugar, el templete adornado como un habitáculo oriental, seguía siendo sugerente y misterioso a la vez que excitante.

Pero ella ya no era la misma ni estaba sintiendo lo mismo. Ya no estaba en su hogar, sino en un lugar inhóspito. Más inhóspito aún que el lugar en el que había nacido y vivido de niña. Una vez más, quien debía haberle cuidado, la había abandonado.

Ackerly seguía allí, a escasos centímetros de donde se encontraba. Aún percibía su aroma y la calidez que su cuerpo emanaba, pero ya no era quien ella había creído que era. Ackerly ya no era su refugio, sino la persona que la había dañado.

Un daño inesperado e irreparable.

No quería casarse con ella, no había querido nunca, tan solo había querido convertirla en su amante. Hacer de ella una versión de la otra persona que tanto daño le había hecho.

Convertirla en su madre.

Y desde que había escuchado sus palabras, duras, con aquel final hiriente y sin compasión, “¿estás loca?”, se había quedado paralizada.

Como un animal acosado a la luz de las antorchas.

No podía moverse, tan solo podía respirar, de nuevo con dificultad, como ahogándose, solo que ahora no existía el consuelo de los brazos de Ackerly que, quieto, la seguía mirando con

dureza.

Finalmente puedo solar unas palabras:

—Me quiero ir.

Sonaron ahogadas, lejanas, como pronunciadas con mucho esfuerzo.

Sí, era lo que deseaba hacer, pero lo cierto es que solo tenía fuerzas para decirlo, no estaba siendo capaz de mover un solo músculo. Así que se limitó a repetirlas, no una vez, sino de continuo, a ver si así conseguía exorcizar lo que la mantenían paralizada y era capaz de hacer lo que decía:

—Me quiero ir, me quiero ir, me quiero ir...

No consiguió moverse, pero si mover a la otra parte implicada.

Ackerly, después de soltar un suspiro exasperado se levantó, recolocó sus ropas con rapidez y, sin mirarla ni decirle nada, salió del templete, erguido, noble y señorial.

Dejándola sola.

Capítulo 30:

Estaba enfadado, muy enfadado. Y quizá lo que más le había molestado era que no había podido dar rienda suelta a aquel enfado como le hubiera gustado. Cogiendo su pura sangre y saliendo a cabalgar o con una sesión de esgrima con su instructor o, mejor aún, yendo al club de caballeros a beber con algún amigo y a despotricar de las mujeres.

En general.

No, no había podido hacer nada de aquello porque era el anfitrión de la fiesta. Así que cuando había vuelto del templete, aunque bullía de rabia por dentro, había tenido que disimular y sonreír y saludar como si nada hubiera ocurrido.

No había vuelto a bailar con Moon, por supuesto y aquello había levantado algún murmullo y muchos cotilleos, pero tampoco era nada extraño. Lo extraño había sido lo anterior, el tiempo que había bailado con ella en exclusiva.

La gente gente fue extrayendo sus propias conclusiones, pero enseguida apartaron el asunto de sus mentes y se centraron en nuevas parejas.

Y las jóvenes casaderas renovaron sus intentos de bailar con él, algo que solo algunas privilegiadas consiguieron.

Ackerly se fue calmando a medida que pasaba la noche, pero no se le fue el enfado del todo.

Había visto por el rabillo del ojo que Moon se había reincorporado al baile diez minutos después de que él la hubiera dejado en el templete. La había visto hablar fugazmente con Lizzy y luego no la había visto más.

Suponía que después del berrinche se había marchado a aquel refugio absurdo lleno de

mujeres absurdas.

Porque absurdo era pensar que todo un Duque iba a casarse con ella, una desconocida sin familia ni prestigio.

Como absurdo era que una joven como ella, Lizzy Turner, lo hubiera conseguido, casándose con su amigo Nick.

Todo era una rueda absurda de despropósitos que, esperaba, iban a acabar en ese momento.

No le quedaría más remedio que volver a ver a Lizzy, ya que se había casado con su mejor amigo, pero tenía la esperanza de no volver a ver a Moon.

Nunca más.

Cuando pensó esto, un dolor como una puñalada le atravesó el estómago y sintió que se hacía de noche a su alrededor.

Fue un instante nada más, así que pensó que no era más que la rabia que sentía por lo que había ocurrido.

Capítulo 31:

—¿Otro baile?

Nicholas y Ackerly estaban sentados ante uno de los grandes ventanales

Habían pasado dos semanas desde el desastre del baile que él había organizado y se le había instalado en el ánimo una tristeza extraña, nueva para él, pero suponía que era por el disgusto al comprobar que había sido un ingenuo.

Moon le había impactado como ninguna mujer lo había hecho antes, por eso se le había ocurrido hacerla su amante. Una amante especial, única. Una amante con alojamiento propio y todos los gastos pagados por él. Incluso una amante a la que se podía llevar a algunos actos sociales, los menos formales.

Pero una esposa, no.

Eso nunca.

Saber que eso había sido a lo que había aspirado ella le había dado mucha rabia, porque él no era Nicholas y tenía muy claro cuál era la posición de cada uno en la sociedad.

Podía desear a Moon con toda su alma y todo su cuerpo, Podía querer pasar con ella todas las horas del día, podía, incluso, enamorarse de ella, pero jamás iba a ser su esposa.

¡Qué absurdo!

¡Qué tontería!

No se arrepentía, por tanto, de cómo la había tratado, y estaba seguro de haber tomado la decisión correcta al alejarla de su vida, pero aquella tristeza que le envolvía desde el desencuentro le estaba resultando especialmente molesta.

Por eso había aceptado encantado la invitación de su amigo aquel día, para entretenerse,

para olvidar.

Llevaban ya media hora juntos y habían hablado de temas diversos, como la caza y la política o los negocios y, aunque la tristeza no había desaparecido, si se había atenuado un poco.

De lo que no habían hablado era de Moon. Ni de Lizzy.

Respecto a la primera, Ackerly suponía que Nick estaría intrigado, pero era demasiado discreto como para preguntarle algo que, estaba claro, no le apetecía contar.

Y respecto a Lizzy, ambos sabían también que era mejor no nombrarla excepto cuando era estrictamente necesario. Era el único tema que les podía llevar a un desencuentro intenso, algo que los dos querían evitar.

Habían estado, por tanto, tranquilos, pero entonces Nick le había hablado de un baile.

Uno que Lizzy se había empeñado en organizar.

Tan solo unas semanas después del de celebración de su matrimonio

Por eso su primera reacción había sido de asombro, un asombro que su amigo trató de paliar dándole más explicaciones:

—Sí, Lizzy quiere iniciar una tradición nueva, quiere organizar un baile anual de celebración del año nuevo.

Ackerly parpadeó, pero no dijo nada más.

Ese era otro de los hechos absurdos que le habían ocurrido últimamente. Lizzy no estaba organizando un baile detrás de otro porque sí. O porque había perdido el juicio. Seguramente había una motivación oculta detrás. Pero no iba a indagar más. Con Lizzy estaban en terreno pantanoso, así que le contestó lo único que podía decirle:

—Sí, claro que iré, Nickolas.

No preguntó, pero dio por hecho que Moon no aparecería. Tal y como habían acabado, la joven no volvería a aparecer por un baile de esas características, por muy amiga de Lizzy que fuera.

Y dio un sorbo largo al whisky que sostenía en su mano, deseando que el líquido ambarino terminara de borrar la tristeza que seguía teniendo pegada

Capítulo 32:

Mientras Ackerly apuraba su whisky con su mejor amigo, hablando ya de otras cosas, Moon estaba ajena a lo que tramaba su amiga Lizzy.

El baile en el palacio de Ackerly había terminado abruptamente para ella. Cuando había conseguido moverse por fin y salir del templete, había sacado las fuerzas suficientes para entrar en el salón del baile, acercarse a Lizzy y decirle que se encontraba indispuesta y quería irse.

Lizzy, que era insistente y cabezota, era también muy inteligente y se dio cuenta de que ocurría algo que ella no podía controlar y que iba a empeorar las cosas si insistía. Así que asintió, abrazó a su amiga, intentando transmitirle el cariño que sintió que necesitaba y la acompañó a la salida, donde puso a su disposición el carruaje que les había llevado.

—¿Y vosotros cómo vais a volver? —dijo tan solo Moon, sobrepasada por la situación, pero también preocupada por su amiga.

—No te preocupes, el cochero volverá en nuestra busca en cuanto te deje en el refugio. Además, aún vamos a estar un buen rato acompañando a Ackerly.

Moon no pudo evitar hacer una mueca de disgusto cuando escuchó el nombre del hombre que acababa de hacerle daño, pero no dijo nada. Y Lizzy tampoco.

Habían pasado dos semanas y había visto a Lizzy dos veces, ya que su amiga visitaba el refugio una vez a la semana para encontrarse con sus amigas y con Mary, pero en ninguna de las dos ocasiones le había hablado de Ackerly.

Ni mencionarlo.

Moon sabía que Lizzy estaría intrigada, al fin y al cabo, ella había forzado su encuentro con Ackerly al invitarla a ir al baile con ella. Era muy raro que se rindiera de aquella manera,

pero Moon decidió no darle vueltas a quello. Bastante tenía con gestionar su tristeza, que no la había abandonado desde que había ocurrido todo.

Pero la tranquilidad externa duró tan solo esas dos semanas. La siguiente visita de Lizzy acabó con ella:

—Voy a celebrar un baile en mi palacio y quiero que vengáis todas.

Estaban reunidas en el despacho de Mary, Lizzy, Judith y Moon, alrededor de unas pastas y un chocolate, cuando Lizzy soltó aquello.

Mary fue la primera en responder, un poco sorprendida:

—Bueno, Lizzy, no sé, la celebración de tu boda era una cita obligada, pero no sé si es adecuado que vayamos a todos los bailes que organices. Tú ahora tienes una vida pública con muchos compromisos, pero nosotros queremos seguir manteniendo el anonimato.

Lizzy no cambió su expresión risueña, seguramente había esperado aquella respuesta e iba preparada:

—Por supuesto no os voy a invitar a todos los bailes a los que deba a sacudir yo, tranquilas, pero este baile es especial. Tengo intención de celebrarlo todos los años . Así que será el único baile al que os invitaré y en el que me gustaría que estuvierais.

Terminó de hablar poniendo una carita dulce que no casaba en lo que era ella. Estaba claro que intentaba manipular a Mary, y lo consiguió:

—Bien , de acuerdo, yo iré — dijo, dejando claro que era una decisión personal y que, manteniendo su filosofía de vida, dejaba al resto de chicas elegir por su cuenta:

—Yo también —respondió Judith enseguida.

Y se hizo un silencio.

Fueron unos segundos tan solo, pero se les hicieron eternos hasta que Moon respondió:

—Yo no.

Capítulo 33:

Lizzy también había ido preparada para aquello, porque, sonriendo, le dijo:

—Claro, Moon, puedes hacer lo que quieras, pero a mi me gustaría mucho que vinieras.

Además, no va a venir nadie que te moleste.

Era un mensaje para ella, un mensaje que veladamente le estaba diciendo que Ackerly no iba a ir. Así lo entendió al menos Moon y entonces decidió cambiar de opinión:

—Vale, Lizzy, iré.

Se quedó tranquila, porque sabía que Lizzy no le había engañado.

Capítulo 34:

Por desgracia, Lizzy si le estaba engañando, pero no se dio cuenta hasta que ya era demasiado tarde.

Una semana después de que Mary, Judith y ella aceptaran acudir al baile organizado por Lizzy, las tres mujeres entraban por la puerta principal del palacio de Lizzy agarradas del brazo y en animada charla.

Mary, por su labor institucional como gestora de un refugio de mujeres devotas —la tapadera que utilizaba para que nadie supiera lo que era realmente el refugio —tenía que acudir alguna vez a eventos a los que acudían nobles, pero ni Judith ni Moon estaban acostumbradas a hacerlo. Habían acudido a la celebración del matrimonio de Lizzy y Moon, al baile organizado por Ackerly, esa era toda su experiencia.

Las dos experiencias de Moon no podían haber sido peores, desde el barullo que se había organizado con la caída del jarrón, hasta el momento en el que Ackerly le había roto el corazón, pero no estaba arrepentida de haberle dicho que sí a Lizzy.

Por alguna razón, esta vez iba a ser diferente, estaba convencida. Además, iba con Mary y Judith escoltándola y eso le daba mucha seguridad.

Nada más atravesar la puerta principal, las sensaciones positivas se incrementaron.

Conocía el lugar, pero Lizzy esta vez se había esmerado y tenía todo decorado con profusión de flores blancas y dulces doradas, una ambientación muy diferente a la oscura que había predominado el día de la celebración del matrimonio. El cambio era debido a que ya se empezaban a notar los cambios decorativos que estaba imponiendo Lizzy en un palacio que, cuando ella había entrado, aún mantenía la decoración de la antigua Duquesa. Pero Moon pensó

que Lizzy también se había esmerado en decorar todo de manera muy diferente a la anterior fiesta, para que ella se sintiera a gusto y nada le recordara al suceso del jarrón, que era lo que había abierto la puerta a todos los desastres ocurridos después.

Moon suponía que Lizzy había adivinado que había habido un desencuentro que había acabado de raíz con cualquier ilusión de casamiento, pero no habían hablado de lo ocurrido con Ackerly y no lo iban a hacer nunca, Lizzy estaba respetando su silencio.

Y no solo eso, sino que había organizado aquel baile tan diferente a los anteriores y sin invitar a Ackerly, una manera de cuidarla que le emocionaba.

Así que entre Judith y Mary y sabiendo lo que Lizzy había hecho por ella, se sintió mucho menos desgraciada.

Aún arrastraba la tristeza por haber perdido a Ackerly, de aquella manera tan humillante además. Le echaba de menos y lo odiaba al mismo tiempo, dos sentimientos difíciles de gestionar a la vez. El baile, en contra de lo que había pensado en un primer momento, le estaba sirviendo para entretenerse y, también, para darse cuenta de que no estaba sola, de que por muy mal que lo hubiera pasado en su infancia y por muy abandonada y humillada que se hubiera sentido con Ackerly, su vida había cambiado y nunca iba a estar sola, tenía a sus amigas.

Por eso, entró algo más animada, pero en cuanto vio la nueva decoración y la luminosidad, su espíritu se alegró aún más: iba a ser una buena noche.

Al principio las tres se dedicaron a admirar el lugar, con discreción, pero también con curiosidad. Habían visto a Lizzy y Nicholas en el centro del salón, recibiendo a los invitados de uno en uno, como se estipulaba. No querían que su amiga se sintiera presionada y ellas mismas no tenían prisa, así que fueron paseando por el lugar con paso lento.

Ninguna de las tres le daba importancia a las ropas de vestir, pero ese día se habían esmerado un poco más y lucían las tres sus mejores galas: Moon y Judith un vestido que a cada una les había regalado Lizzy unos días atrás, y Mary otro vestido que ninguna le había visto hasta entonces. Sencillo, pero de un color azul noche que hacía que sus rasgos destacaran más. Estaba muy guapa. Estaban muy guapas las tres.

—Venid un momento, quiero presentaros a unos amigos.

La voz alegre y enérgica de Lizzy les llamó la atención a las tres. Se había acercado a ellas y ahora las estaba dirigiendo hacia la zona en la que estaba Nicholas junto a un pequeño grupo de personas:

—Ya hemos terminado con todos los saludos. Ahora quiero presentaros al círculo más íntimo de Nicholas y luego daremos comienzo al baile. He pensado que cada una de vosotras vais a bailar el primer baile con uno de los amigos de Nicholas. Se lo hemos dicho y están de acuerdo.

Mary carraspeó y Judith abrió los ojos como platos, pero ninguna protestó, aunque aquello no entraba en sus planes. Pero no era el día ni el momento para llevarle la contraria a Lizzy, así que lo aceptaron en silencio y, cuando Lizzy les presentó a Roderick Burns, Conde de Astley, que iba a bailar con Judith y a Byron McFinning, Duque de Clifford, que había sido el elegido para bailar con Mary, ambas lo aceptaron resignadas.

Moon tampoco protestó, pero porque se había quedado sin palabras. La persona que Lizzy había elegido para bailar con ella era Ackerly.

Lizzy le había mentido y, teniendo en cuenta la mirada que estaba poniendo Ackerly, a él también.

Capítulo 35:

Para todo el que los estaba mirando, quedó claro que estaba pasando algo.

Desagradable.

La tensión cortaba el aire como un cuchillo y ambos tenían la mirada fijada uno en el otro, una mirada dura .

Pero ninguno de los dos dijo nada. Al igual que habían hecho Judith y Mary, no querían estropear un día tan importante. No podían montar un escándalo. Así que, en cuanto la música empezó a sonar, tuvieron que aceptar la situación y ponerse a bailar, al igual que hicieron Mary y Judith y sus acompañantes y los propios Lizzy y Nicholas.

—¡Disfrutad! —les dijo Lizzy guiñándole un ojo a cada uno, antes de desaparecer de su vista mientras daba vueltas entre los brazos de Nicholas.

Aquello era una provocación en toda regla. Es más, era la prueba de que Lizzy lo había orquestado todo. Les había mentado, a ambos y, finalmente, lo había organizado de tal manera que, si se negaban a bailar juntos, con la música ya sonando, iba a ser un escándalo.

Pero aquella palabra final “Disfrutad”, era ya una burla.

En cualquier caso, Lizzy había acertado con sus planes, porque no habían protestado ni le habían respondido airados, sino que se pusieron a bailar y se juntaron en el centro de la pista con las otras parejas.

Eso sí, sin mirarse a la cara y en silencio absoluto, haciendo que en vez de un baile pareciera que estaban en un funeral.

Sin embargo, la música dulce que sonaba de fondo y el ambiente cálido hicieron que, al final, uno de los dos hablara.

Fue Ackerly:

—Lizzy es horrible

—Estoy de acuerdo

Seguramente Ackerly, por muy enfadado que estuviera, no pensaba eso. Tampoco Moon, que apreciaba a su amiga a pesar de aquellos momentos, pero era una forma de soltar la tensión y la frustración por volver a verse, cuando ni uno de los dos quería volver a hacerlo. Un enemigo común que les ayudaba a no enfrentar que estaban de nuevo juntos.

Y funcionó.

La rápida respuesta de Moon, en el mismo tono enérgico que había utilizado él, hizo que una corriente de simpatía se generara entre ellos.

De repente, toda la tensión se diluyó, como un azucarillo en agua y volvió lo que había habido siempre, lo que se mantenía intacto bajo la capa de desencuentros: una enorme atracción. Algo más: la perfección cuando estaban juntos.

No iban a volver a la situación anterior antes del desastre, por supuesto que no, lo que había ocurrido era muy grave para ambos y, además, seguían convencidos, ella, de que jamás sería su amante, y él, de que jamás se casaría con ella, pero si obviaban aquello, estar uno en brazos del otro era la perfección.

Y, sin hablarlo, decidieron que podían disfrutar de ello sin culpa y sin más aspiraciones.

—No fui un caballero contigo, mi comportamiento fue impropio de un Duque, Moon y tengo que rogarte que me disculpes, una vez más.

La suavidad y calidez de danzar al ritmo de la música habían sacado de nuevo al Duque de Milburn, dueño de sí, pero también de una educación exquisita.

—Quizá mi actitud te dio a entender algo que no era.

Soltó entonces ella, en el mismo intento de suavizar la relación entre ambos, asumiendo una culpa en la que no creía, pero agradecida de que él hubiera dado el primer paso.

—No, no fue tu responsabilidad, Moon. Lo que pasó es que ambos teníamos ideas diferentes sobre nuestro futuro juntos. Diferentes e incompatibles, pero eso no tiene que ser

impedimento para que mantengamos una relación cordial.

A Moon escuchar la expresión “nuestro futuro juntos” le atravesó como un puñal, pero aguantó sin desmoronarse. Ackerly tenía razón, tenían amigos comunes y se iban a encontrar más veces, tenían que buscar la manera de sobrellevar esos momentos sin tener que huír de ellos, o mostrándoles a los demás lo disgustados que estaban. Aunque fuera para que Lizzy dejara de entrometerse en sus vidas.

Y fue esto último el argumento que utilizó para mostrarse de acuerdo con él y zanjar el asunto:

—Sí, tenemos que mantener una relación cordial, e ir ambos a una en esto, para que “nuestra horrible Lizzy” deje de manipular nuestras vidas a su antojo.

Había humor en lo que acababa de decir, empezando por llamar “nuestra” a Lizzy, una manera de quitar hierro a lo que su entrometida amiga estaba intentando hacer con ellos. Una manera de aceptar que ella, al menos, la quería.

Y Ackerly entendió el tono y el mensaje y, no solo eso, sino que le hizo gracia.

Soltó una carcajada y echó la cabeza hacia atrás ligeramente mientras lo hacía, con tan mala fortuna que, una vez más, volvió a mover algo de su sitio.

Esta vez no fue un jarrón, sino el vaso de whisky que un Barón, conocido por su afición a beber alcohol, sostenía en su mano mientras observaba el baile. El vaso estaba hasta arriba y, por el golpe, se derramó entero, pero no sobre el suelo, sino sobre el vestido de Moon.

Por suerte, esta vez nadie reaccionó como el día del jarrón. Para empezar, el Barón, que ya debía estar más que achispado, ni siquiera se dio cuenta de lo que había ocurrido y se mantuvo impasible, mirando al infinito, con el vaso vacío en la mano.

Ackerly y Moon se habían parado en seco cuando el líquido se había derramado sobre Moon, pero, mirándose, se mandaron un mensaje sin hablar, uno en el que estaban de acuerdo: no iban a hacer ningún aspaviento, no querían volver a ser el centro de atención para nadie. Así que se alejaron del Barón bailando y mientras continuaban bailando miraron como había quedado el vestido:

—Bueno, no es para tanto, se secará enseguida —dijo Moon, en un intento de quitarle hierro a lo ocurrido.

Pero lo cierto era que sí era para tanto.

Desde la zona de la pechera, hasta la falda en la parte delantera, el vestido de Moon estaba cubierto de Whisky. Era cierto que el tipo de tela que era y el sutil dibujo que la adornaba, hacían que la mancha no se distinguiera y que cualquier que no lo supiera, no se diera cuenta de que la falda estaba manchada. Pero lo estaba. Y en poco tiempo el olor del whisky iba a ser distinguible por todo aquel que se acercara a Moon a menos de tres metros.

O menos de cinco.

Había que hacer algo y, cómo no, fue Ackerly quien tomó el mando.

—Moon, hay que lavar la mancha. No se va a notar la humedad, es cierto, pero el olor sí. Acompáñame, sé a dónde ir.

El olor ya impregnaba todo el vestido, era absurdo negarlo. Si lo limpiaba bien, en cinco minutos o menos estarían de vuelta en el baile sin que nadie se diera cuenta de nada. Así que asintió y se dejó llevar.

Capítulo 36:

Salieron con cuidado de no llamar la atención y cuando atravesaron la puerta de entrada al gran salón, Ackerly giró hacia la derecha, hacia la zona que se internaba a través de un pequeño pasillo. Moon se dejó llevar confiada, hasta que llegaron a una puerta que Ackerly abrió con seguridad.

Al otro lado de la puerta había una habitación pequeña pero encantadora, con una ventana a través de la que entraba la luz cálida de la entrada del palacio y un papel piuntado de delicadas flores sobre un fondo amarillo crema. Una palangana con agua en medio y un tocador con un asiento forrado de terciopelo dejaban claro que se trataba de una pequeña toilette.

—Aquí estaremos tranquilos mientras te limpias el vestido. Hay toallas para secarlo también —dijo Ackerly, señalando una pequeña torre de toallas mullidas en un extremo del tocador.

Todo era perfecto para poder acabar con el pequeño imprevisto y la actitud de Ackerly había sido y estaba siendo impecable, pero, de repente, el ambiente en el pequeño habitáculo cambió.

Volvían a estar solos y cerca uno del otro.

Además, la puerta que Ackerly había dejado entreabierta, pero sin cerrar, de repente, se cerró. Lo hizo con mucha suavidad, seguramente impulsada por alguna leve corriente, pero el sonido al cerrarse fue inconfundible.

Y aquello hizo que el ambiente se hiciera aún más denso. Más íntimo:

—Sí, voy a limpiarme para volver lo antes posible.

Esta vez fue Moon la que se puso en acción, Con la voz un poco nerviosa y también

precipitadamente se alejó de Ackerly y se acercó al tocador, cogió una de las toallas más pequeñas la empapó en el agua de la palangana y empezó a limpiarse.

Ackerly se mantuvo sin moverse mirandola a unos dos metros de ella, pero al cabo de treinta segundos en los que solo se oía la toalla frotando contra la tela del vestido, Ackerly se acercó a ella, cogió otra toalla y le dijo:

—Deja que te ayude, acabaremos antes.

—No hace falta.

Él se había acercado y le había hablado con amabilidad, ella le había contestado igual, pero más brusca. Estaba preocupada. Estaban los dos solos en una habitación y eso no era bueno. El baile y hacer un frente común contra Lizzy les había servido para sobrellevar el encuentro, pero ahora que estaban solos de nuevo, los fantasmas de Moon estaban volviendo a aparecer: sentía que la atracción hacia Ackerly volvía, con más fuerza aún que el día del templete. Y, al mismo tiempo, el rechazo por lo ocurrido se hizo más presente.

Por eso acababa de rechazar su ofrecimiento, no quería tenerlo tan cerca. Sobre todo, quería terminar de una vez y volver al salón. Y bailar con cualquier otro, o no bailar.

Pero Ackerly parecía estar más tranquilo que ella o, al menos, tener las cosas más claras:

—Yo también quiero irme lo antes posible, Moon, y continuar cada uno por nuestro lado. Pero si me dejas que te ayude, acabaremos el doble de rápido y podremos volver. Además —empezó y se quedó en silencio un momento, con expresión de preocupación —no es bueno que estemos aquí los dos solos, si viene alguien y nos encuentra puede ser comprometido.

—No estamos haciendo nada malo.

Soltó ella , como un resorte.

—Por supuesto que no —respondió él, igual —pero no va a ser eso lo que va a pensar quien nos encuentre. Un hombre y una mujer solos en un habitáculo como este no es lo más adecuado. Me he equivocado al traerte aquí...

La última parte la soltó como para él mismo, con tono de preocupación y, aunque Moon estaba de acuerdo con él, le molestó. Volvía a sentir la mezcla de animadversión y atracción

hacia él, volvía a necesitar estar entre sus brazos y también volvían las ganas de darle un bofetón...

Lo mejor era salir de allí cuanto antes y separarse, con un poco de suerte, Lizzy les dejaría en paz. Y, si no, volvería a irse sintiéndose indispuesta. En cualquier caso, el olor del whisky era ya insoportable, así que para poder hacer todo aquello, tenía que acabar con la limpieza.

Y él tenía razón, necesitaba su ayuda:

—De acuerdo, ayúdame, acabemos cuanto antes.

Se sentó sobre el taburete y se dedicó con ganas y energía a la mancha que ocupaba la zona de la pechera, dejando la falda para él.

Ackerly asintió y se dispuso a la limpieza de la fada como si fuera un profesional de esos menesteres.

Para ello, después de empapar bien la toalla en agua y un poco de perfume que también había en el tocador, se arrodilló junto a ella y se puso a limpiar las manchas de la falda.

Cada uno mantuvo la compostura, concentrado en lo que estaba haciendo sin mirar siquiera al otro, pero lo cierto es que estaban muy juntos. Se olían mutuamente y notaban el calor del cuerpo del otro.

Por suerte, la empresa de eliminar todo rastro de whisky les estaba ayudando a controlar la mezcla de sensaciones que les embargaba y enseguida estuvieron a punto de terminar.

Pero justo cuando estaban frotando los últimos restos, la puerta se abrió de golpe y se escuchó un grito ahogado seguido de una expresión que ninguno de los dos hubiera querido escuchar:

—¡¡Qué escándalo!!!

Capítulo 37:

El grito y la expresión los había soltado una duquesa que era, además, la tía de Nicholas, hermana de su madre. Era conocida por su pasión por el chismorreó. Y también por su influencia, ya que su marido era uno de los nobles más influyentes del reino.

Era difícil encontrar una persona más inconveniente para que hubiera abierto la puerta.

Además, ellos no lo sabían, pero el tocador estaba colocado justo frente a la puerta dando una visión realmente escandalosa de lo que estaba ocurriendo. Equivocada, pero escandalosa.

Como Ackerly estaba de rodillas con la cabeza inclinada hacia la falda y con una de sus manos ocultas por su cuerpo, a la indiscreta duquesa le había parecido que la mano de él estaba en una parte del cuerpo de ella, una parte de las que no se atrevía a pronunciar su nombre. Y la cabeza... la cabeza daba la sensación de estar apoyada en los pechos de ella.

Es decir, tal y como había gritado: un escándalo.

Nada de eso estaba ocurriendo, pero la mujer no iba a ver otra cosa, por mucho que ellos se empeñaran en convencerla de lo contrario, ella ya se había hecho una idea de la situación y eso era lo que iba a quedar grabado en su memoria.

Y lo que iba a contar a todo el que quisiera oírla.

Lo cierto, para ser justos con ella, era que no había sido buena idea encerrarse los dos solos allí, tal y como Ackerly había murmurado en alto.

En cualquier caso lo intentaron, Intentaron explicarle a la mujer que no había pasado nada más allá de un momento de limpieza .

Pero la mujer no les escuchaba, algo que tampoco era de extrañar, ya que sus gritos

habían atraído a más personas: eran Nicholas, Lizzy, Judith y Mary, todos con expresión de asombro e incredulidad. La Duquesa, antes de que ellos pudieran explicarse, se dedicó a contarles lo que ella creía haber visto, causando una gran turbación en todos.

Bueno, en todos no. Lizzy se mantuvo tranquila y con su voz enérgica soltó una frase que sonó como un juez dando una sentencia grave.

—Ackerly, tienes que casarte con Moon.

Capítulo 38:

A continuación se organizó un buen revuelo. La única que se mantuvo callada fue la Duquesa.

Lo que acababa de ocurrir ante sus ojos era una deriva de los acontecimientos que no se le había pasado por la mente. Una deriva que no le hacía mucha gracia, ya que a ella lo que le gustaba era el escándalo y las habladurías y no los finales felices que cortaban en seco esas habladurías, que era lo que acababa de proponer Lizzy.

Pero lo cierto fue que ella fue la única a la que aquello le pareció un final feliz. Para empezar, los dos protagonistas principales se mostraron en total desacuerdo:

—No ha ocurrido nada, ¡esto es absurdo! —habló primero Ackerly, mirando con dureza a Lizzy. Pero ella no se dejó amilanar.

—Eso lo dices tú, pero no es lo que ha visto la señora Duquesa ¿no es así, señora Duquesa? —dijo Lizzy

La mujer intentó recobrar la voz, ya que aquello le iba a dar la oportunidad de malmeter de nuevo, pero entonces la voz de Moon se escuchó clara y todos se giraron hacia ella:

—Así no, Lizzy, así no quiero casarme, por favor, entiéndelo.

Era una mezcla de súplica y firmeza. Quería que su amiga entendiera que obligar a Ackerly a casarse con ella era lo peor que podía ocurrirle: ¿qué futuro le esperaba si iba a unir su destino a alguien que no quería estar con ella?

De repente, a otra voz se escuchó, una voz que vino a apoyar la negativa de Moon:

—Lizzy, no vayas en contra del espíritu del refugio, recuerda, nosotras defendemos la libertad de cada una de las nuestras, que decida Moon —dijo Mary.

Lizzy se revolvió un poco, con el ceño fruncido, antes de contestar:

—Por supuesto que no voy a obligar a Moon, pero sí creo que es lo mejor para ella. Por cierto, ella hizo lo mismo con Nicholas y conmigo, ella también ayudó a que yo acabara con él. Y no pudo acertar más.

Aquello era un golpe bajo, pero era cierto, Moon le había permitido a Nicholas acercarse a Lizzy en un momento en el que, si no hubiera sido por su intervención, no habrían acabado juntos. Su intervención había sido decisiva y en aquella ocasión, Moon había utilizado la misma expresión que acababa de utilizar Lizzy: “es lo mejor para ella”.

Moon parpadeó. Agradece la ayuda de Mary y la alusión a su independencia, pero también se dio cuenta de que Lizzy podía tener razón...

Antes de que esa idea tomara forma totalmente en su mente, acabó por intervenir Nicholas, y aquello fue definitivo:

—Acky —empezó, mirando con cariño a su amigo, como si estuvieran solos, como si no hubiera varios pares de ojos mirándolos —Sabes que nunca te pediría que hicieras nada que fuera a ser perjudicial para ti, así que te pido que me escuches hasta el final, aunque no te guste al principio lo que estés oyendo.

—¡Suéltalo!

Para qué andarse con rodeos, los dos hombres se miraron frente a frente y el resto se calló, mirándolos, de hito en hito:

—No tengo la menor duda de que has sido un caballero y, haya ocurrido lo que haya ocurrido entre vosotros en este lugar, no ha sido nada indecoroso ni ha puesto en cuestión el honor de Moon.

—Así es —respondió Ackerly, con seguridad y un tono aliviado. Pero Nicholas continuó hablando.

—Aún así, soy de la opinión, como Lizzy, de que debéis casaros. Y sin demora, hoy mismo si es posible —. Ackerly apretó los puños y la mandíbula, pero su amigo le había pedido que esperara hasta el final, aunque no le gustara lo que estaba escuchando, así que se mantuvo

callado hasta que Nicholas continuó —.Ya se ha corrido por todo el salón la noticia de lo que ha pasado aquí. Mejor dicho, lo que corre de boca en boca ya no tendrá nada que ver con lo que ha pasado aquí. Estará tergiversado y exagerado. Como he dicho, Ackerly, eres todo un caballero y estoy seguro de que no vas a querer ser el causante de que una mujer honesta y formal acabe con su reputación por los suelos.Y sólo hay una forma de evitarlo, casándote con ella.

Se hizo un silencio sepulcral. Lo que acababa de decir Nicholas era cierto, todos lo sabían. Sin embargo, una vez más, Mary tomó la palabra:

—No es necesario que Moon se case para ser respetada. Vive en el refugio y ese será siempre su hogar. El sitio en el que nadie va a pensar que ella está deshonrada, haya hecho lo que haya hecho siendo una mujer libre, como es.

Fue una intervención preciosa que Moon agradeció y que emocionó a Lizzy y a Judith. Pero dentro de Moon había ocurrido algo extraño, difícil de explicar incluso para ella misma y que le hizo decir, para asombro de todos:

—Preferiría casarme.

Ackerly, influenciado por lo que acababa de escucharle a su amigo, no tuvo más remedio que terminar con las siguientes palabras:

—De acuerdo, hagámoslo.

Capítulo 39:

Lo bueno de una fiesta como la que había organizado Lizzy era que había todo tipo de personas invitadas que podían solucionar cualquier imprevisto casi en cualquier ámbito: Había abogados, necesarios en el hipotético caso de que se diera una disputa en el que fueran necesarios, había varios médicos, indispensables en casos de desvanecimientos e indisposiciones, que eran relativamente habituales y, lo más importante ese día, había también un pastor. El pastor que solía officiar en momentos especiales en la capilla del palacio de Nicholas.

Porque también había una capilla.

Una vez que Moon y Ackerly decidieron, ante el asombro de todos, que iban a casarse, Nicholas y Lizzy tomaron las riendas del asunto. Hablaron con el pastor discretamente y él se avino de muy buena voluntad a officiar una ceremonia rápida.

Con Lizzy, Nicholas, Judith y Mary de testigos, media hora después de haber surgido el escándalo, Moon y Ackerly estaban casados.

Y dos horas después, ya como marido y mujer, estaba cada uno en sus habitaciones del palacio de Ackerly, habitaciones contiguas, como se estipulaba entre los matrimonios de la alta sociedad.

Capítulo 40:

Moon había decidido cambiar su vida en un segundo. Durante su infancia y juventud había estado abandonada, pero había manejado su vida, siempre había hecho lo que quería, dentro de las circunstancias. Pero, desde que había conocido a Ackerly, había dejado de tener esa sensación de control. Y no era algo que tuviera que ver con él, sino con ella. Cuando estaba junto a él, acababa comportándose de manera imprevisible.

Por eso había acabado entre sus brazos en el templete el día de la celebración del matrimonio de Nicholas y Lizzy. por eso, a pesar de que sabía que tenía que alejarse de él, había consentido bailar con él ese día y por eso se había alejado de la pista de baile y se había encerrado en el pequeño tocador.

Todo eran actitudes impensables en la Moon anterior a conocerle, pero la más impensable e imprevisible, la más difícil de entender era la que acababa de ocurrir.

Había accedido a casarse con él.

Peor aún, había sido su respuesta a la pregunta de Mary la que había precipitado la boda. Había estado en su mano el evitarla y, sin embargo, ella la había forzado.

Era cierto que Ackerly había respondido como un caballero y había aceptado la boda sin rechistar, pero también era cierto que solo unos minutos antes había dicho que no deseaba hacerlo. Y que no lo haría.

¿Por qué había aceptado ella acabar casada con una persona que no la amaba?

En cualquier otro momento esa pregunta le habría perseguido y hecho sentir culpable, sin embargo, sentada en la habitación del que iba a ser su nuevo hogar, no estaba sintiendo nada

de eso. Al contrario, se sentía feliz.

Sí, feliz.

Porque había dicho que sí para salvar su vida de alguna manera: Jamás habría podido mirarse de nuevo en un espejo si hubiera acabado convirtiéndose en una versión de su madre. A pesar de lo que había dicho Mary, a pesar de que en el refugio habría sido respetada como siempre y nada de lo ocurrido habría afectado a las personas que la querían, no habría ocurrido lo mismo con la imagen que tenía de ella misma.

Por eso había dicho que sí, por eso había aceptado aquel matrimonio sin amor: porque prefería eso a ser un reflejo, aunque fuera pálido, de una mujer deshonrada como había sido su madre.

Necesitaba saber que ella era una mujer decente.

Capítulo 41:

Sentada en el que iba a ser su lecho de por vida, rodeada de un papel pintado en rayas de colores pastel, sobre una colcha primorosa bordada en flores y mientras esperaba a que su marido entrara a cumplir con el deber de la noche de bodas, Moon se atrevió a decirse a sí misma la verdad.

No, no estaba feliz por haber escapado del destino de su madre. Ella no era como ella, ni siquiera estaba deshonrada.

Podría haber vivido en el refugio toda la vida, arropada por Mary y Charlas Mckay, con la compañía de sus amigas.

No, no había provocado el matrimonio por eso, sino porque en realidad, sí era un matrimonio por amor.

Estaba enamorada de Ackerly y la única manera de conseguirlo era así. Ella no había forzado el matrimonio, pero cuando se lo habían ofrecido, no había sido capaz de decir que no.

Capítulo 42:

No había nada en este mundo que deseara más, que necesitara más, que volver a estar entre sus brazos.

Capítulo 43:

¿Por qué había aceptado sin rechistar?

Sí, era cierto que el discurso de Nicholas sobre su caballerosidad le había llegado a lo más hondo, pero también era cierto que no había pasado nada irreparable. La Duquesa había querido ver algo que no había ocurrido y él era lo suficientemente poderoso como para haberle acallado con la verdad.

Sin embargo, había bastado muy poco para que acabara aceptando lo que unos minutos antes estaba seguro de que no quería hacer.

Y ahí estaba, en su habitación, a punto de traspasar la puerta que lo separaba de Moon.

De su esposa.

Y sin saber por qué había aceptado esa situación.

Capítulo 44:

Los pensamientos y los sentimientos nos agitan y nos perturban, podemos pasar noches sin dormir dándole vueltas a nuestros actos incomprensibles, podemos perder el apetito por las preocupaciones, el miedo o la ansiedad, pero cuando la vida se presenta con toda su fuerza, todo eso se diluye y sólo hacemos una cosa: vivir.

Y eso es lo que les ocurrió a Moon y a Ackerly cuando él atravesó el umbral de la puerta que los separaba para cumplir su deber conyugal.

Capítulo 45:

De hecho, ni siquiera existió un deber conyugal, sino una fuerza incontrolable que los empujó uno hacia el otro y que los convirtió en uno.

Lo que siempre había sido.

Capítulo 46:

Pero vayamos poco a poco, porque la fuerza arrolladora existió, pero no se apoderó de ellos inmediatamente.

Efectivamente, Ackerly dejó de lado sus preocupaciones y la incompreensión ante lo que había ocurrido y abrió la puerta que le separaba de Moon dispuesto a cumplir con su obligación, pero en cuanto lo hizo, en cuanto la vio al otro lado, sentada sobre la cama, se olvidó de todo: de la obligación, de la boda no deseada y de los planes de vida echados a perder.

Solo vio lo que había visto el día que tiró el jarrón y el día que su mano rozó la de ella: una joven misteriosa que le atraía como un imán.

Y sintió que necesitaba abrazarla y dejarse llevar por ese sentimiento y supo que ella estaba sintiendo lo mismo.

Y dejó de pensar. Y dejó de preocuparse.

Solo eran ellos dos, un hombre y una mujer, sintiendo la fuerza que existe desde el inicio de los tiempos. La fuerza que no se puede acallar ni evitar.

El caballero que era hizo que no se dejara llevar por aquella corriente inmediatamente. Dio un par de pasos que, gracias a sus largas piernas, le situaron a pocos centímetros de ella. Al estar él de pie y ella sentada sobre la cama, la situación parecía un poco amenazante para Moon. Ackerly se dio cuenta y decidió sentarse junto a ella. Pero no lo hizo sin preguntar antes:

—¿Puedo sentarme a tu lado?

Durante la boda apenas habían hablado entre ellos, lo mismo que cuando habían llegado al palacio de Ackerly. Él se había limitado a presentarle a los asombrados criados, que no daban crédito a que su señor hubiera salido hacía un baile y hubiera vuelto casado. Finalmente había

dejado sobre los hombros de Miss Hunter, el ama de llaves, la labor de enseñarle a Moon todo el palacio, algo que la mujer hizo de manera encantadora, aunque no consiguió quitarse del todo la cara de susto que se le había quedado al saber que había una nueva Duquesa en el palacio.

Por eso, aquella pregunta “¿puedo sentarme a tu lado?” sonó casi como música celestial en los oídos de Moon. Ackerly se dirigía a ella, lo hacía con cuidado y con un fondo de cariño que le emocionó.

Igual las cosas iban a ir mejor de lo imaginado. Igual Ackerly había empezado a aceptar aquel matrimonio forzado. Igual empezaba a sentir lo mismo que sentía ella...

Estas ideas, sobre todo la última, eran lo que deseaba, pero no se atrevía a creer del todo. Aún así, la pregunta de Ackerly parecía abrir esa puerta, por eso le contestó, emocionada:

—Sí, por supuesto.

No cabía otra respuesta.

Porque era su palacio

Porque ella era su esposa.

Pero también porque era lo que ella deseaba.

Ackerly se sentó, dejando unos centímetros de separación, manteniendo el respeto y el cuidado que estaba utilizando desde que había entrado en la habitación. Se quedaron así unos segundos, escuchándose respirar y también notando el calor que emanaba del cuerpo del otro.

En ese momento, para ambos, la atracción que los impulsaba a unirse y hacerse uno se volvió casi incontrolable, pero aún no se movieron.

—Sabes que no quería casarme.

La frase sonó casi como un disparo. La había soltado Ackerly y, aunque mantuvo el tono amable, a Moon le sonó como un reproche duro que echaba por tierra sus esperanzas.

—Lo siento.... —le dijo, dejando el final de la frase en suspenso, sin saber muy bien qué decir, sintiéndose culpable de la situación en la que estaban y también abandonando toda esperanza.

Pero lo que vino a continuación le sorprendió.

—No tienes la culpa, Moon, han sido las circunstancias. Ninguno de los dos lo ha manejado bien. Yo no quería casarme, es cierto, pero ahora estamos casados y debemos afrontar nuestro matrimonio de la mejor manera posible.

—Sí... —volvió a decir Moon, con cautela.

—Los matrimonios hacen el amor, pero yo no quiero forzarte a hacer nada que no quieras, así que esperaré a que me des tu aprobación.

Había dicho “hacer el amor” “el amor”...

Moon levantó su mirada y la enfrentó a la mirada de él. Y lo que vio no hizo más que acelerar aún más su corazón.

Los ojos brises de Ackerly eran como un océano insondable, uno en el que quería zambullirse sin pensar.

Y él debió de sentir lo mismo cuando se fundió en la mirada ámbar misteriosa de ella, porque, con calma y sin prisa, pero sin dudarlo un segundo, fue acercando su rostro al de ella.

Y ella hizo lo mismo.

Y se fundieron en un beso que no fue el primero, pero que lo pareció.

Porque era el primero de una vida juntos.

Capítulo 47:

Lo que vino a continuación fue el paraíso. Y lo fue para los dos.

Moon se dejó llevar por lo que sentía y se dejó llevar por la maravillosa sensación de estar en el lugar en el que quería estar. En el que debía estar.

En su lugar.

Con su persona.

Pero supo intuitivamente que a él le estaba sucediendo lo mismo.

Lo supo, pero también se lo escuchó decir. Porque entre besos y caricias, entre abrazos y gemidos, Ackerly la llamó por su nombre muchas veces: Moon, Moon, le dijo.

Moon.

En susurros.

En el oído.

Con la voz tomada por el deseo.

Entre beso y beso.

Con la voz tomada por el placer.

Se lo dijo desde el principio. Cuando empezó a besarla con cuidado, en el rostro, en los labios, en el cuello.

Pero también cuando beso sus pezones, más adelante, después de haberlos descubierto con cuidado, después de que sus dedos juguetones y sabios los pellizcaran para sacar un placer infinito de ella.

Y se lo dijo antes de besar su centro de placer. Aquel que ella no sabía que existía hasta el momento en el que él había posado sus labios. Aquel que luego él lamió con su lengua

juguetera , cálida y húmeda. Y aquel que dejó palpitante y agonizante, necesitado de más cuidados.

Necesitado de más caricias.

Pero no sólo la llamó por su nombre.

Hacia el final. Cuando ella ya no podía más y necesitó que él entrara en ella, que la llenara del todo, cuando se frotó con su piel desnuda contra la de él, cuantos se sintió consumir por un fuego cálido y dulce, pero exigente, Ackerly dejó de llamarla Moon y le llamó...

Mi Moon

Mi Moon cuando la penetró poco a poco.

Mi Moon cuando empezó a moverse sobre ella, con cuidado, haciendo que cada subida y bajada, lo que había sido un dolor, se convirtiera poco a poco en cosquillas. Y en placer.

Un placer inmenso.

Mi Moon cuando ella agonizó en el orgasmo.

Mi Moon, cuando él se derramó en ella con el mismo placer.

Capítulo 48:

Lo ocurrido aquella noche se repitió el resto de noches durante más de un mes. se repitió y, al mismo tiempo, fue diferente cada una de ellas.

Cuando el sol se ocultaba y la luna y las estrellas hacían su aparición, cuando ambos se retiraban a sus habitaciones, aquella fuerza que los empujaba a hacerse uno, volvía a aparecer. Y Ackerly cruzaba el umbral y ella lo estaba esperando al otro lado.

Y unían sus cuerpos y sus almas, como aquella primera vez, pero cada vez siendo más intenso y placentero.

Cada vez diferente.

Aprendieron no sólo a reconocer sus cuerpos, sino los lugares mágicos que hacían que el placer fuera mayor. Y no solo lo aprendió Ackerly, que era experto en el amor, sino Moon también.

Ackerly se convirtió en su maestro, pero, de alguna manera la convirtió en maestra también.

Al principio, la primera semana, hicieron el amor como lo habían hecho la primera vez, con Ackerly colocándose encima de ella, colocando sus labios en su clítoris, o encajando su miembro viril en el receptáculo de ella.

Había sido maravilloso ser poseída así. Lo deseaba.

Le gustaba que él mandara, que él fuera el dueño de su placer, que lo administrara. Que, a veces, le hiciera agonizar, dándole menos de lo que necesitaba...pero solo un rato, el suficiente para que ella muriera de deseo, el suficiente para que cuando finalmente posara sus labios hasta el final o para que la penetrara hasta el final, el placer experimentado fuera

insoponible y delicioso al mismo tiempo.

Pero poco a poco ella fue necesitando moverse más, ser activa, darle a él lo mismo que él le daba a ella

Y, una vez más, Ackerly se dio cuenta de lo que ella necesitaba y le enseñó que podían cambiar la postura y ser ella quien se ponía encima y él quien, bajo ella, disfrutaba siendo amado.

A Moon le gustó esa postura, como le había gustado la anterior, le gustaba todo lo que compartía con Ackerly en aquel lecho mullido y cálido.

Por eso, ya no era solo él quien le hacía alargar el placer hasta lo indecible parándose cuando ella necesitaba más movimiento. Ella también había descubierto como hacer sufrir de placer a Ackerly.

En aquella postura en la que se sentía una diosa, mientras ascendía y descendía sobre el miembro erecto de él, descubrió que detenerse en lo más alto, con el casi fuera de ella, era una tortura deliciosa.

Para ambos.

Pero el placer en ella era aún más intenso, ya que era ella quien decidía cuándo continuar.

Y descubrió que le gustaba ese poder y escuchar las súplicas de él, ronco de deseo, pidiéndole, por favor, que continuara. Y descubrió que no había placer más maravilloso que finalmente dejarse caer, despacio, llenándose entera de él y de sus gemidos.

Y descubrió que los orgasmos así eran maravillosos .

Pero, por desgracia, eso era lo único bueno que había traído su matrimonio. El resto de su vida se fue convirtiendo poco a poco en un infierno.

Capítulo 49:

El resto era todo lo que no fuera amarse y retozar sobre la cama.

En el dormitorio, por la noche, se convertían en los amantes más apasionados. Las palabras, medidas, eran todas de amor, y el nombre de ambos era susurrado y gemido por el otro.

Ackerly era dulce y cuidadoso con ella. Apasionado. Protector.

Amante.

Era su amante, en todo el significado de la palabra.

Era quien le daba el placer más intenso.

Pero también sentía su amor.

Amor.

Los primeros días Moon quiso creer que esto era así, pero las señales estaban desde el principio.

Podían pasar toda la noche amándose, podían dormitar entre sus brazos, abrazados, entre orgasmo y orgasmo, pero en algún momento llegaba el final, normalmente cuando los primeros rayos del sol hacían su aparición. Y en ese momento, siempre, siempre, sin excepción, Ackerly salía del lecho y la dejaba sola.

A veces lo hacía cuando ella estaba aún despierta. Se separaba con delicadeza de sus brazos, se ponía la bata de seda con la que había entrado en su habitación, la única vestimenta que llevaba, y salía por la puerta que comunicaba con su habitación.

El sonido de la puerta al cerrarse se había convertido en el sonido más duro del día.

Otras veces ella se dormía entre los efluvios del placer y cuando se despertaba él ya no estaba a su lado.

En cualquiera de los dos casos, lo que se extendía ante ella era un páramo frío e inhóspito.

Y el frío y el hielo continuaban durante todo el día , porque Ackerly desaparecía de su vista.

Capítulo 50:

Aquel contraste entre la noche y el día fue haciéndose cada vez más difícil de soportar para Moon.

No podía más.

No podía ser más feliz entre los brazos de Ackerly, no podía necesitar más seguir siendo su esposa, yacer en el lecho con él, pero la otra parte de su vida había empezado a crear un agujero en su ser. Uno que cada vez era más grande, de tal forma que la parte nocturna empezó a perder intensidad y a palidecer ante lo que sufría el resto del día.

Estaba tan mal, que dejó de visitar a sus amigas y a Mary, buscando siempre excusas de última hora para no aparecer en los encuentros que planeaban.

Si seguía así, iba a convertirse de nuevo en la Moon de alma triste que había sido en la vida con su madre.

No podía hacerse eso a sí misma, por mucho que amara a Ackerly.

Hasta que un día, un mes después de la boda, se le ocurrió la solución.

Cuando Ackerly yacía con ella, cuando la amaba y era amado, era el hombre más maravilloso y dulce del mundo. Tenía que haber una explicación al contraste entre esos momentos y su abandono .

Y se le ocurrió que la solución podría estar en su mano.

Seguro que a Ackerly le ocurría como a ella.

Seguro que quería estar con ella todo el día como estaban por las noches, lo que pasaba era que ella no se lo había pedido, que ella no le estaba mostrando lo mucho que lo necesitaba.

Cuando lo hiciera todo se arreglaría, seguro.

Capítulo 51:

Pasaron tres días iguales a los anteriores, hasta que decidió que era el momento. Era una noche como tantas otras, maravillosa, pero aquella le pareció a Moon que había sido aún más intensa y amorosa.

Ackerly la había amado con una pasión y un cuidado extremos. Habían tenido tres orgasmos cada uno y, tras el tercero, ahora estaban respirando agitados sobre el lecho de sábanas revueltas, aún unidos sus cuerpos.

Y Ackerly inició el movimiento que ella ya sabía qué traía después.

Salió poco a poco de ella y se incorporó en la cama.

No iba a haber un cuarto orgasmo, aquel había sido el último de esa noche, Ackerly estaba a punto de desaparecer hacia su habitación.

Moon se sintió con fuerza, lo abrazó por detrás.

Él se quedó en suspenso, ella notó sus músculos tensos. No se lo esperaba, estaba claro y por eso se había puesto rígido. Pero ella estaba segura de sí misma y sabía que lo que iba a hacer iba a cambiar todo, para bien.

Solo tenía que decirle lo que sentía, nada más, y todo se solucionaría.

Y se lo dijo, mientras besaba su cuello por detrás y le rodeaba con sus brazos:

—Ackerly, no te vayas, quédate a dormir conmigo. Te amo.

Capítulo 52:

—No.

Capítulo 53:

Fue lo mejor que podía haber hecho: caer al fondo del abismo. Más aún de lo que había caído siendo niña.

De niña había sufrido el abandono de su madre, y eso le había hecho encerrarse en sí misma. Lo que le ocurrió con Ackerly fue mucho peor, porque había vivido lo que era ser amada y protegida, y la misma persona que le había llevado al paraíso era quien le abandonaba ahora.

Sin embargo, ella había cambiado y su reacción fue diferente también. No se encerró en sí misma, asumiendo que no podía hacer nada más, sino que decidió defenderse.

Atacar.

Capítulo 54:

No fue un ataque físico, por supuesto, sino una toma de decisiones. Se negaba a volver a ser una mujer apagada y sumisa. Se negaba también a volver al refugio, porque lo consideraba una rendición. Ahora ella era la Duquesa de Milburn y actuaría como tal.

En primer lugar, poniendo en su sitio al Duque.

La oportunidad de hacerlo vino esa misma noche. Ackerly había sido insensible con ella, la había despreciado sin contemplaciones, haciéndole pagar, estaba segura Moon, un matrimonio que él no había elegido

Eso era todo

Un malcriado.

Un privilegiado de cuna, acostumbrado a salirse siempre con la suya.

Pero esta vez no iba a ser así.

Capítulo 55:

—¿Puedo entrar?

Todas las noches desde que se habían casado se había repetido el mismo ritual. Ackerly tocaba suavemente la puerta que separaba las dos habitaciones, la abría inmediatamente, pero se quedaba en la zona de su habitación, hasta que ella, sin duda, le decía:

—Claro que puedes entrar.

Con el rostro iluminado por el deseo y el amor. Maravillada de que un hombre como aquel fuera su marido, aceptando todo lo que él quería....

Pero ya no.

Así que esta vez, cuando él repitió aquella pregunta que hacía por educación, pero de la que no esperaba otra respuesta que la que ella siempre decía, Moon cambió todo. En realidad, no hizo más que repetir la palabra que él había dicho el día anterior.

—No.

Bueno, y después, cerrarle la puerta en las narices.

Capítulo 56:

A Moon le habría encantado ver la cara de Ackerly al otro lado de la puerta, pero se tuvo que conformar con la que le había visto segundos antes de que la puerta le diera en las narices. Y no era una mala imagen. Ackerly no había visto venir su reacción y no había podido evitar mostrar sorpresa. E incredulidad.

Ahora, al otro lado, seguramente estaba contrariado. Y enfadado. Muy enfadado.

Moon suponía que Ackerly se acababa de enfrentar a una de las pocas veces en su vida en la que no se había salido con la suya. En la que alguien le había parado los pies.

Y se alegraba de ser ella quien lo había hecho.

No lo había hecho por educarle, sino por supervivencia, pero pensó que aquello era bueno también.

Ahora bien, lo más importante era que con aquella acción ella había recuperado su confianza en sí misma. Había dejado de ser una mujer sometida a un hombre. Sí, lo amaba, pero no estaba dispuesta a cualquier cosa por conseguir unas migajas de él.

No sabía cómo iban a transcurrir las próximas horas y días. Igual su matrimonio estaba acabado y nunca más iban a dirigirse la palabra.

Igual él pedía separarse de ella.

No le importaba. No había nada peor que lo que había ocurrido antes.

El mes que habían compartido sobre el lecho había sido maravilloso, el mejor mes de su vida. Pero también había sido un infierno, el peor mes de su vida.

Sí, peor que todo el tiempo que había compartido con su madre.

Porque, de alguna manera, se había vendido, como su madre. Ella no se había vendido

por dinero, sino por amor.

Pero no lo había conseguido, solo había conseguido sexo.

Y sí, el sexo había sido un descubrimiento, había sido maravilloso, pero no quería sexo o, mejor dicho, no quería solo sexo, quería también amor.

O tenía ambos o no tendría nada.

Capítulo 57:

Por desgracia, no fue tan sencillo como parecía. En un primer momento, cuando le dió el portazo, se sintió fuerte y poderosa, sintió que por fin controlaba su vida, sintió que estaba haciendo lo que debía hacer y también lo que quería, a pesar de la posibilidad de perder a Ackerly.

Durmió bien esa noche, pero al despertarse ya no estaba tan eufórica. De hecho, la tristeza que le había poseído antes de casarse, el tiempo que estuvo sin verlo, volvió a aparecer. Al principio muy tímidamente. Solo una ligera melancolía un momento, como una nota desafinada aislada en la ejecución de una sinfonía. Pero esa nota se fue alargando, y, para el mediodía del día siguiente, ya la llenaba entera. Una tristeza pegada a ella como la niebla se pegaba al Támesis. Pero lo peor estaba por venir y llegó a la noche.

Tenía claro que sí él volvía a intentar visitarla le iba a volver a decir que no, pero no tuvo ocasión.

Ackerly no volvió.

Ni esa noche ni las diez siguientes.

Y la tristeza se volvió a convertir en un agujero insondable que ocupaba todo su ser.

No hubo gritos ni petición de separación, ni siquiera hubo desprecios, porque Ackerly había desaparecido de su vida, completamente.

No volvió a verlo.

Sabía que a veces estaba en el palacio porque algún criado comentaba delante de ella que “el señor le había dicho tal o cual”, pero se las arreglaba para no coincidir con ella de ninguna manera, algo que ya había hecho durante el mes anterior, solo que esta vez había desaparecido

también de sus noches.

Y por la noche llegaba lo peor.

Enseguida asumió que Ackerly no volvería a su habitación, que con un portazo había tenido suficiente, pero esa nueva realidad hizo que el agujero que la acompañaba de día, se hiciera presente de noche.

Empezó a dormir mal. La cama, por muy caldeada que estuviera la habitación, le parecía siempre fría y tenía pesadillas de las que se despertaba con más tristeza aún.

Necesitaba recuperar la alegría como respirar y una noche se le ocurrió cómo.

Capítulo 58:

Eran más de las doce de la madrugada, aquel día había de nuevo luna llena, como el día en el que había estado allí con Ackerly y, además, a pesar de estar en pleno enero, no hacía demasiado frío. Con una buena prenda de abrigo, se podía dar un paseo por el jardín. Por todas esas razones había decidido hacerlo.

Bueno, por todas esas razones y porque aquel día llevaba más de dos horas dando vueltas sobre la cama sin poder dormir:

—Voy a volver al lugar donde más feliz he sido en mi vida —se había dicho a sí misma en alto, saltando del lecho y poniéndose sobre el camisón de dormir una bata de terciopelo granate y un chal blanco de gruesa lana.

Y en ese momento le pareció la mejor idea del mundo. Pero en cuanto se adentró por el caminito de la rosaleda y divisó el templete al fondo, el sentido común le dijo que igual no lo era. Se dio cuenta de que lo que en su habitación le había parecido un plan perfecto tenía muchas aristas. Para empezar y la más importante, porque quizá no era buena idea recordar un momento feliz cuando estabas empapada en tristeza. En vez de animarse, había peligro de hundirse aún más, al recordar lo que se había tenido y se había perdido. En ese mismo lugar, además.

Sin embargo, a pesar de darse cuenta del peligro, continuó andando. Ya que estaba ahí, llegaría hasta el templete, recordaría todo lo que había ocurrido allí, no solo lo bueno, sino también lo malo y trataría de olvidarlo después.

Cuando llegó al templete los sentimientos fueron más fuertes aún de lo que había imaginado. Estaba igual que lo recordaba, la hiedra, las alfombras y los cojines, faltaba Ackerly, pero, sin él, seguía siendo un lugar especial, mágico y sugerente, un lugar en el que apetecía sentarse y dejarse llevar...

En ese momento recordó algo.

Ackerly le había dicho que él lo visitaba muy a menudo, que había sido su refugio de niño y que seguía siéndolo. Y entonces se dio cuenta de que había sido imprudente ¿y si de repente aparecía? No se le ocurría un lugar peor en el que volver a encontrarse con él.

Su corazón empezó a latir violentamente, pero enseguida una vocecita en su interior le dijo que se tranquilizara: era muy tarde, todo el mundo estaba durmiendo y Ackerly estaría haciendo lo mismo. Solo estaba acompañada por la luna.

Se fue tranquilizando, pero, aun así, decidió volver a la habitación. El paseo no había servido para lo que ella había esperado y, además, corría peligro de entristecerse aún más. Dio un último vistazo al lugar y se dispuso a darse la vuelta, pero en ese momento se escuchó una voz detrás de ella. Una voz que tan solo dijo una palabra.

Un nombre:

—Moon.

Capítulo 59:

No quería darse la vuelta. Sabía quién era el dueño de la voz y no tenía fuerzas para volver a verlo allí, en aquel lugar.

Estaba, de hecho, paralizada.

Pero no hizo falta que se girara, porque él se acercó a ella, por detrás, hasta quedar a escasos centímetros de ella y, cuando ella ya notaba su calor, le susurró:

—Date la vuelta, Moon.

De nuevo su nombre en sus labios, sonando como la música más dulce... Pero ahí estaba otra vez, diciéndole lo que tenía que hacer.

Una vez más la mezcla de sentimientos fue casi insoportable y pensó que sólo había una forma de salir adelante: huyendo. Ahora no tenía puerta para cerrarla en sus narices, pero sí podía marcharse de ahí, sin mirar atrás.

Y se dispuso a hacerlo.

Sólo dió dos pasos y el frío que notó en su espalda, al separarse de él, le señaló lo que iba a venir a continuación: de nuevo iba a echarlo mucho de menos... Pero no podía hacer otra cosa, tenía que alejarse de él.

Sin embargo, la voz de él sonó de nuevo:

—No te vayas, Moon...— y después de un momento de silencio, añadió —por favor.

Se detuvo de golpe. Era la primera vez que él le pedía algo por favor, de hecho, tuvo la intuición de que era la primera vez que él pedía algo por favor.

Y se dio la vuelta, poco a poco.

Y se quedó sin respiración.

¡Qué guapo era!, fue lo primero que pensó. Era el hombre más atractivo que había conocido en su vida y había sido suyo. O ella de él...

Volvió a sentir que le faltaba el aire y volvió a pensar que la única solución era huir.

Pero él pareció darse cuenta de lo que ella estaba pensando, porque antes de que ella diera un paso más, se adelantó de nuevo con sus palabras:

—Vengo todos los días con la esperanza de encontrarte aquí.

Se hizo el silencio, solo roto por el sonido lejano de un pájaro nocturno, hasta que Moon fue capaz de contestar:

—No entiendo...

—Me di cuenta enseguida, he vuelto a comportarme como un canalla contigo.

Moon abrió los ojos, pero esta vez sí supo qué responder:

—Así es.

No dudó, porque era cierto, pero también porque ella había cambiado. Estaba claro que algo había ocurrido con Ackerly durante el mes que llevaba sin verle, parecía que, una vez más, como le acababa de decir, se arrepentía de cómo la había tratado. Pero ella también había cambiado y ya no estaba dispuesta a perdonarle solo con que le pidiera perdón. Tenía claro que quería su amor, no solo su sexo.

Y como si él estuviera escuchando sus pensamientos, su respuesta fueron las palabras más deseadas:

—Te amo, Moon.

Capítulo 60:

—No es suficiente, no me basta.

Capítulo 61:

Si fue suficiente, claro que lo fue, lo que ocurrió fue que Ackerly se tuvo que esmerar mucho en convencer a Moon de que era cierto lo que acababa de decirle.

Ackerly le contó que llevaba un mes como un alma en pena, que el portazo que ella le había dado había sido la señal que le había servido para darse cuenta de que se había portado como un canalla con ella. Que no había nada de lo que se arrepintiera más. Pero que también se había dado cuenta de que no solo la deseaba, aunque la deseaba tanto que casi le costaba respirar cuando pensaba en ella. Había algo que le cortaba la respiración de golpe y era saber que la amaba y que ella podría rechazarle.

Por eso había decidido dejarla tranquila. Por eso había decidido acudir todos los días con la esperanza de que ocurriera un milagro. Y el milagro era lo que acababa de ocurrir: que ella apareciera sin previo aviso en el lugar más maravilloso.

—Déjame que te lo demuestre, Moon.

Le dijo al final.

Pero Moon no quería creerle esta vez. Incluso se rebeló y, por primera vez se mostró enfadada e intransigente.

Él, sin embargo, volvió a insistir, mirándole de aquella manera que hacía que ella se derretiera por dentro.

Entonces ella le contó cómo había sufrido, no solo por su rechazo, sino durante toda su vida

Y él le dijo que la cuidaría siempre. Que dedicaría su vida a hacerle feliz.

Y Moon decidió, una vez más, arriesgarse.

Porque sin riesgo no hay amor.

Epílogo

Ackerly cumplió su palabra y se dedicó en cuerpo y alma a demostrarle a Moon que la amaba. Jamás volvió a dudar de que lo mejor que le había pasado en la vida había sido casarse con ella y así se lo decía a menudo. Se lo decía con palabras y se lo decía con hechos, y donde mejor daba rienda suelta a su amor era en el templete, que se había convertido en su refugio, en su lugar especial, en su lugar de amor.

Aquel lugar era especial para ellos y lo iba a ser siempre. Como especial era el amor que se tenían y no paraba de crecer día a día.

FIN

Querida lectora, espero que hayas disfrutado con la historia de Moon y Ackerly. Es la cuarta novela de la saga “**Damas Indómitas**”. La próxima novela ya en preventa, es “Encuentro en Escocia”.

También tengo que anunciarte que el 16 de mayo voy a sacar una novela corta e independiente. Puedes leer la sinopsis y comprarla en preventa, si te gusta, en el siguiente enlace: “Un Lord para una solterona”

Por otro lado, tengo publicadas tres sagas más: “**Los Cornwall**”, cuya primera novela puedes encontrar aquí: “No necesito un vizconde”. Las Arlington, cuya primera novela es “Duelo de seducción” y la serie “**Solteronas**”, cuya primera novela es “Un marqués para una solterona”

El resto de mis publicaciones y novedades las tienes en mi página personal de Amazon.

Olympia 🍷